

¡¡NI DESMEMBRACION NI MARXISMO!!

Hay que arrinconar definitivamente esas dos catastróficas banderas. Este clamor es ya el deseo unánime de todo el pueblo. Las J. O. N. S. lo recogerán en su Nacional-Sindicalismo patriótico.

La Patria Libre
órgano de las
JONS

Juntas de Ofensiva Nacional - Sindicalista

Precio: 15 cts.

Oficinas: Calle de Amaniel, 12 moderno MADRID

Núm. 1 — Sábado, 23 de febrero 1935 — Año 1

¡Nunca más la propaganda disgregadora!

Los marxistas al ostracismo

Visado por la censura

Llamamiento urgente a todos los camaradas de las J.O.N.S. y a todos los simpatizantes

La Patria Libre.
Textos de Ramiro Ledesma Ramos

La Patria Libre. Semanario editado por Ramiro Ledesma tras su salida de FE de las JONS. El número 1 sale el 16 de febrero de 1935 y el último, el 7, el 30 de marzo del mismo año. Esta revista fue posible gracias a la generosa subvención de Areilza, Sainz Rodríguez y Goicoechea.

ÍNDICE

NUMERO 1. 16 Febrero 1935.

La bandera de la unidad y del vigor de España como Patria grande y justa, necesita todas las colaboraciones, y entre ellas, de primer rango, la asistencia de la masa popular española

Lo nacional: la Patria

Vivimos los españoles una época decisiva. Tenemos a la intemperie lo más profundo, valioso y delicado. Época en que el riesgo y el peligro cerca, no sólo a nosotros y a los utensilios sociales de nuestra vida, es decir, no sólo a nuestras instituciones, a nuestro bienestar, a nuestra cultura, sino a *nuestra propia Patria.*

La revolución de octubre movilizó abiertamente sus fuerzas contra el ser mismo de España como Nación histórica. Entre otras cosas menos importantes, aunque desde luego graves, fue una revolución contra la unidad de España. Ello después de cuatro siglos de unidad y de ser España la primera unidad nacional de la Edad Moderna. Fue vencida la subversión, pero el hecho sólo del litigio armado, el que haya sido posible siquiera, basta para conmover lo más profundo de nuestro ser de españoles y orientar la atención, el esfuerzo y la mirada hacia ese boquete abismal surgido en el costado de la Patria.

[Visado por la censura]

Nosotros ya tenemos [Visado por la censura] la consigna. Hay que sacrificarlo todo a lo nacional. Y a la vez que decimos y proclamamos que *nada nacional nos es ajeno,* manifestamos también el resultado de nuestras pesquisas en pro de una solución a la angustia española de esta época.

Ese resultado a que aludimos es que hay que llevar al pueblo, *a todo* el pueblo, la suprema cuestión de España y de su destino. La bandera de la unidad y de la vigorización de España como gran nación, necesita todas las asistencias, y entre ellas, una de primer rango, la asistencia de la masa popular española.

Nada más fácil, natural y sencillo. Todo consiste en extender y propagar ante *todo* el pueblo la gran verdad de que sus intereses todos, desde el más alto y profundo de tener una gran Patria, hasta el de vivir con un mínimo de paz, pasando por el de atender a las necesidades económicas de cada día, dependen en realidad de que España sea o no un gran pueblo libre, una nación fuerte y justa, un Estado vigoroso y nacional.

Eso queremos, nacionalizar a las grandes masas de españoles, hoy desviadas de la ruta nacional por organizaciones, banderas y consignas enemigas.

La Patria es más necesaria a las capas populares que a los privilegiados. La gran mayoría del pueblo no sabe idioma, no tiene dinero para viajes, no está en contacto, pues, con otros valores culturales ni con otras costumbres que con las de su Patria. No está ligado de un *modo directo* a grupos extranjeros de su propia clase como las minorías privilegiadas.

Hay que dar, pues, en medio de *todo* el pueblo el aldabonazo de *servicio a España,* la consigna nacional, de forma que la hagan suya y la vigoricen con su aliento las más amplias zonas de españoles.

Consideramos esa misión la más urgente, importante y necesaria. Quien la lleve de un modo triunfal a la victoria *tiene derecho a pedirlo todo.*

Nacionalizar a los españoles, a todo el pueblo, ligar su destino con el destino nacional de España. Ese es el camino más inmediato, la tarea más importante.

Nosotros estamos, desde luego, íntegramente adscritos a la realización de eso. Tenemos la seguridad de que sólo así será cortado el proceso de disgregación, será evitado el peligro de bolchevización, y España tendrá garantizada una época de poderío, de riqueza y de gloria.

Nada nacional nos es ajeno, repetimos. Pero parece necesario ser exigentísimo acerca de lo que sea lo nacional, y cuáles son las fuerzas nacionales. *Nacional* será para nosotros todo aquello -

organizaciones, ideas y hombres- que coloque la victoria española por encima de cualesquiera otra. Y que se afane de un modo positivo por el imperio y el triunfo de la causa española.

Repetimos en este primer número nuestra entrega *a lo nacional,* nuestra decisión de considerarlo como el primer ingrediente de cuanto hagamos. Todo lo nacional encontrará aquí resonancia, [Visado por la censura] y todo lo antinacional combate firme y sin tregua.

Sin España, sin la Patria, nada.

Lo sindicalista: el Pan

Dos realidades inmediatas llevan hoy de la mano a los españoles a encararse con el problema de la organización social de nuestra Patria. Una, la conmoción marxista de Asturias. Otra, la crisis de trabajo, el paro obrero y la anormalidad notoria con que se desenvuelve la economía nacional.

Se trata de organizar la vida de la producción y del consumo de modo que todos los españoles útiles y capaces tengan garantizada una subsistencia normal y digna, sin entrar a saco en las economías privadas ni perturbar en el más mínimo grado la producción nacional. Basta con un Estado en línea de rendimiento, un pueblo disciplinado en su propio beneficio y unas organizaciones, unas estructuras sociales vigorosas.

En octubre hicieron crisis las organizaciones obreras de base marxista. Sus sindicatos eran nidos de agitación, trincheras al servicio de los intereses políticos de las burocracias socialistas. Parece que lo más urgente ahora es destruir hasta la más profunda raíz esas madrigueras rojas y presentar a las masas ingenuas y desilusionadas el panorama de una vida sindical a extramuros de la preocupación revolucionaria bolchevique.

Nosotros estamos convencidos de que sólo los Sindicatos nacionales, es decir, los Sindicatos obreros identificados con la ruta nacional de España y, por tanto, constituidos en sus propios defensores, pueden desarrollar entre las masas la atmósfera que se precisa para desplazar definitivamente a las organizaciones marxistas.

El problema de las estructuras sociales está ligado íntimamente a la existencia nacional de España y a la subsistencia material de los españoles. No hay posibilidad de vida económica si se carece de unos instrumentos sociales que representen y disciplinen los factores diversos que intervienen en el proceso económico. Esos instrumentos son los Sindicatos.

El Estado que en nuestro tiempo no advierta y, por tanto, no utilice a los sindicatos como poleas imprescindibles de su acción, es un Estado ficticio, enclenque y sin vigor. España, pues, necesita orientar su vida social hacia el plano de la sindicación de todos cuantos elementos intervengan de algún modo en la producción nacional. Sindicatos nacionales y obligatorios en todas las ramas. Eso queremos.

Los Sindicatos, como células reales de la vida social, son la mejor garantía contra el paro, las crisis y la anarquización de la vida económica.

Nosotros desarrollaremos gran actividad -toda la que nos sea posible- en la tarea de llevar a los españoles la convicción nuestra de que es preciso sustentar la vida de la Patria sobre bases sindicalistas, como paso a las grandes corporaciones reguladoras de toda la economía.

Es nuestra angustia por el vivir diario de los españoles, la preocupación por sus patrimonios, el afán de evitar la ruina de los pequeños industriales y labradores, el exterminio definitivo del hambre y de la miseria, lo que nos conduce a señalar y a insistir en la creación de Sindicatos amparadores, responsables y ligados de modo auténtico a los intereses de *todo* el pueblo que trabaja.

No concebimos el Estado y la sociedad misma sin esas formidables instituciones que son los Sindicatos, así como la necesidad imperiosa de sustraer esos organismos a toda influencia internacional y todo servicio a las grandes encrucijadas revolucionarias del marxismo.

Lo nacional y lo sindicalista, es decir, la Patria y el Pan. Como paso a

Lo nacional-sindicalista: la Justicia

Creemos no tener que esforzarnos en convencer a todos de que sin Justicia la vida es un infierno permanente. Dar a cada uno lo que es suyo, bien, pero la vida de los grandes pueblos exige completar esa frase con algo como lo siguiente:

Dar cada uno a los demás, a la Patria que los representa, el servicio necesario.

Y decimos a todos los españoles: la existencia de España tiene que basarse en dos cultos: el culto a lo nacional, a la Patria, y el culto social, al pueblo. Esa es la síntesis y el nervio del nacional-sindicalismo. Sólo así haremos de España un hogar para todos los españoles y sólo así conseguiremos el orgullo de vivir en un pueblo libre y fuerte.

Lo nacional-sindicalista conduce, pues, a sustentar la vida histórica de nuestra Patria española sobre los más firmes pilares. Hace de todos nosotros soldados activísimos de la grandeza de España, como Patria justa, como bandera noble y eficaz frente a la brutalidad y la explotación de los pueblos extranjeros.

Siglos y siglos de experiencia parece que no han servido todavía para que muchos se den cuenta de que la existencia nacional de España necesita de defensas permanentes y de que hay que estar alertas contra la voracidad de dentaduras enemigas. España ha sido siempre un pueblo de soldados. Sus más grandes empresas, la conquista y colonización de América, por ejemplo, fueron realizadas desplegando virtudes y valores de heroísmo y esfuerzos.

Queremos el imperio de la Justicia. Pero no sólo y concretamente para los españoles, sino también y, sobre todo, para España. Hacer Justicia a España y a su Historia es ponerla hoy con el esfuerzo y el sacrificio de todos los españoles a la altura de sus más grandes horas.

Todo cuanto hay que hacer debe reconocer esa meta como la primera y más alta. Para ello pedimos las demás cosas. Para ello queremos escuelas, sindicatos, economía próspera, soldados, satisfacción popular, riqueza, ciencia. Todo.

El nacional-sindicalismo es por eso, repetimos, la bandera más amplia, profunda y justísima que cabe hoy ofrecer a los españoles. No quedan ni quedarán fuera de ella sino los descastados, los egoístas y los traidores. Los que no necesitan Patria, los que piden Justicia para ellos solos, los que han nacido bajo el signo de la traición y de la vileza.

Nosotros convocamos a todo cuanto hay en la Patria de limpio, esforzado, generoso y noble. Nosotros convocamos, en definitiva, *a todo* el pueblo español para decirle:

Nutre las filas nacional-sindicalistas. Organízate bajo sus banderas para las conquistas de la cultura y del bienestar y para la lucha contra la barbarie, la ruina y la miseria.

Nosotros ofrecemos con las yugadas flechas de las J.O.N.S. el camino de *la Patria, el Pan y la Justicia.*

(«La Patria Libre», nº 1, 16 - Febrero - 1935)

Las J. O. N. S. rompen con F. E. Manifiesto de las J. O. N. S.

A todos los militantes, a los obreros de la Central Nacional Sindicalista y a toda la opinión nacional de España

Camaradas:

Hecha pública nuestra ruptura con Falange Española, nos apresuramos a ampliar las razones y los móviles de una decisión tan importante. Nadie puede olvidar, y menos que nadie nosotros, que las J. O. N. S. descubrieron a los españoles las perspectivas nacional-sindicalistas, notoriamente revolucionarias, como un camino recto hacia la conquista de la Patria justa y grande.

Pues bien, hacía ya algún tiempo que nosotros -fundadores del nacionalsindicalismo- veíamos con angustia que en el seno de la Falange, y debido a los errores y al espíritu desviado de Primo de Rivera, era cada día más difícil laborar con eficacia por el triunfo y la victoria de nuestras ideas de siempre.

Veíamos nosotros, y con nosotros la opinión nacional de España, que el nacional-sindicalismo que decía defender Primo de Rivera era un truco ingenuo, una ficción sin jugo, cuyo sostenimiento por parte nuestra nos convertía en verdaderos cómplices de una farsa contra el auténtico sentido nacional y popular de nuestra doctrina. Correspondía a las J. O. N. S. revolverse contra ese simulacro y a nosotros, como dirigentes jonsistas, el deber, el valor y la decisión de denunciar ante el Partido una situación así y ponerle remedio.

Hemos puesto siempre tal emoción y sinceridad en la propaganda nacionalsindicalista, teníamos y tenemos tal intensa fe en que por esta ruta alcanzarán una meta triunfal los destinos históricos y económicos de España, y disponíamos, en fin, de un bagaje combativo, de una histórica y lenta elaboración de la doctrina, de una actividad laboriosa y espinosa de agitación, que no podrá nadie discutirnos el derecho a vigilar, controlar y dirigir en España la ruta del nacional-sindicalismo revolucionario. No podía todo esto jugarse a una carta de frivolidad vanidosa, como es notorio ocurría estando nuestra bandera de las yugadas flechas nacionalsindicalistas en manos de Primo de Rivera y de sus amigos de Falange Española.

Nuestra posición es firme. Y la asistencia de los grupos de camaradas en quienes permanece arraigada una inquebrantable decisión de triunfo está, asimismo, fuera de toda duda. Las masas universitarias, los obreros de la Central nacional-sindicalista, los grupos veteranos de las J. O. N. S., con sus jerarquías y disciplina de siempre, nos siguen en pleno. Y junto con todo eso la expectación popular en torno a nuestros propósitos, que son hoy la única esperanza de los españoles sin pan y sin justicia, sitúa a las J. O. N. S. delante de un espléndido panorama victorioso.

Renacen las J. O. N. S. en una hora culminante de España. Tenemos plena conciencia del momento, así como de la inmensa responsabilidad y de la gran tarea que corresponde a quienes esgriman hoy ante España una decidida voluntad de salvarse como pueblo grande y libre. Sabemos que ese ejército de salvación necesita estar formado por filas de gran temple. La empresa es gigantesca y de volumen enorme. Por eso las J. O. N. S., en esta etapa nueva y definitiva que comienza, pondrán especial empeño en dirigirse a los sectores sociales donde aniden y residan las reservas más valiosas y profundas de España. Adelantamos aquí la convicción de que es principalmente entre los trabajadores y entre las proletarizadas clases medias donde hay que buscar el aliento y la colaboración activísima que precisamos. En ellas confiamos y a ellas entregamos, en definitiva, nuestro destino y el destino nacional de España.

Las J.O.N.S. reafirman, pues, su fidelidad de siempre al nacional-sindicalismo que ellas y sólo ellas representan. Nos organizaremos de modo sencillo. Habrá en la cúspide de las J.O.N.S. no un jefe, sino un férreo Comité Central, o Junta Nacional, de cinco miembros a cuya disciplina deben estar sometidos sin reservas todos los organismos jonsistas. Modificaremos todos los Estatutos antiguos de las J.O.N.S. en un sentido de agilidad y sencillez. Mientras tanto, los grupos provinciales y locales funcionarán con arreglo a las normas provisionales que los dirigentes respectivos señalen en cada caso. Esta primera etapa, que es de reorganización a la vez que de liberación de las ineptas jerarquías de la F.E., será corta y breve. Pues no hay que olvidar la misión fundamental nuestra, la gran empresa jonsista que nos espera a todos.

(«La Patria Libre», nº 1, 16 - Febrero - 1935)

Las J.O.N.S. y F.E. Con precisión, con serenidad y con entereza

Comenzamos por declarar que el tema no es para nosotros de ninguna manera grato. Por ello mismo lo abordamos hoy con cierta amplitud y volumen, deseosos de dejar dicha tanto la primera como la última palabra. Disponemos de la información mejor y más exacta, y cuanto aquí digamos tiene todas las oficiosidades deseables.

En general, las razones y los móviles que los dirigentes jonsistas han tenido para la ruptura, son de índole pragmática, a la vista de las consecuencias infelices que la unión con Falange Española y

la subordinación a la disciplina de Primo de Rivera han tenido para el nacionalsindicalismo revolucionario. Honradamente lo han confesado así, sin querer destacar otros motivos de muy distinta índole que afectan gravísimamente a los temperamentos y a las conductas. A esa lealtad y nobleza de los jonsistas han contestado Primo de Rivera y sus amigos con una circular calumniosa dirigida al Partido en la que, a sabiendas de su falsedad, se lanzaban sobre nuestros camaradas Ledesma y Sotomayor las injurias más soeces.

Nosotros desmentimos rotundamente esas especies falsas de los calumniadores, y no perdemos la serenidad aun disponiendo, como disponemos, de pruebas e informaciones categóricas que nos convertirían sin disputa alguna de acusados en acusadores implacables. *Bien saben muchos a qué y a quiénes aludimos.*

Situación actual de las J.O.N.S.: Los elementos de Falange Española han pretendido desorientar y confundir al Partido asegurando que las J.O.N.S. no se habían escindido y que la cosa afectaba a unas docenas de expulsiones. En primer lugar, es notoriamente falso que haya habido expulsiones. Los dirigentes jonsistas abandonaron la disciplina de Falange Española por su propia iniciativa, según hicieron público clarísimamente, y afirmar o creer de buena fe lo contrario es sentar plaza de candidez y de tontería.

Y así tenía que ser, porque las J.O.N.S. no habían sido disueltas. Su período de unión o aproximación a Falange Española fue *a los efectos legales una unión táctica,* efectuada con la firma de Ledesma Ramos -hoy ya, claro es, retirada-, Y NADA MAS QUE ESO. En la Dirección General de Seguridad subsistía y subsiste registrada una entidad legal, las J.O.N.S., con sus estatutos, sus directivos, etc.

Por eso ha bastado que los dirigentes jonsistas declaren rotas sus relaciones con F. E. y con Primo de Rivera, para recobrar en el acto, sin más, su carácter independiente y *exclusivo* como tales, verdaderas, auténticas y UNICAS J.O.N.S. No caben, pues, confusiones. La bandera jonsista es nuestra; está recobrada. Y si los elementos de F.E., reconociendo la flacidez y pequeñez de su denominación y de su doctrina falangistas, quieren a la vez acogerse a las nuestras, se lo agradecemos mucho; pero les hacemos la leve observación de que está en nuestra voluntad el concederles el permiso. En nuestra voluntad, repetimos, y para que se nos reconozca, así entenderá, naturalmente, en caso preciso, el Juez de guardia.

Esta es la situación en cuanto afecta a la cuestión legal, a nuestro derecho a esgrimir -precisamente nosotros, y sólo nosotros- la bandera de las J. O. N. S. No se deje engañar, pues, ningún grupo de camaradas. Muy honrados en que se nos copie y se nos pida y se nos implore el pan de nuestra cosecha, pero sin falacias ni menos arrogancias; al contrario, reconociéndose pedigüeños, necesitados y mendigos.

La táctica de las J.O.N.S. con F.E.: Tenemos mucho interés en destacar, y por eso lo repetimos y lo repetiremos, que tras de la escisión conservamos los jonsistas una serenidad de ánimo absoluta. No odiamos a los antiguos camaradas que allí queden. Eso sí, mantendremos una rígida, total y permanente incompatibilidad política con Primo de Rivera. Pero con aquellos camaradas y con el partido falangista, en general, mantendremos las relaciones que ellos quieran. Por nosotros, cordiales y amistosas. Pues tenemos la seguridad de que sus grupos mejores, después de que el transcurso de varias semanas les aclare la visión y vean la falsedad maliciosa con que Primo de Rivera les explicó y presentó la escisión jonsista, vendrán a nuestras filas.

Hemos perdido, naturalmente, toda la confianza en Falange Española. Sabemos que Primo de Rivera, desprovisto en absoluto de capacidad, la convertirá en escombros antes de pocos meses. Pero si, contra nuestra opinión actual, resultase que era capaz de alguna realización positiva, de conseguir algún triunfo, por leve que fuese, contra los elementos antinacionales de España o a favor de nuestros ideales nacional-sindicalistas, tengan todos la seguridad de que los primeros en celebrarlo seríamos nosotros y estas hojas de nuestro periódico las primeras en destacarlo con elogio.

Así somos. Aunque los demás sean de modo diferente y aunque en [Visado por la censura].

Ni sombra, pues, de dificultades aparecen por este lado para el jonsismo revolucionario nuestro. A demostrar todos empuje, actividad y brío. Tienen las J. O. N. S. un porvenir espléndido. Les basta, para irlo consiguiendo, mantenerse fieles a sí mismas, ir y acudir al pueblo, movilizarlo revolucionariamente tras de la Patria, el Pan y la Justicia.

Y a dejar a los demás en paz con su destino a cuestas, que bastante tienen con la tarea de arrastrarlo por los andurriales tristes del fracaso, de la impotencia y de la farsa.

(«La Patria Libre», nº 1, 16 - Febrero - 1935)

Vida jonsista. La reorganización del Partido

Naturalmente, los primeros problemas a que han tenido que dar cara los dirigentes de las J.O.N.S. es a reorganizar los cuadros del Partido.

Tenemos noticia de que ello se efectúa con pleno éxito y rapidez en los lugares donde ya de antiguo el espíritu jonsista- y no sólo de nombre -predominaba en la organización antigua.

Es norma de la Junta Central Ejecutiva dedicar primordialmente su actividad a lograr la extensión inmediata de las J.O.N.S. en tres o cuatro focos vitales de España. Una gran población industrial; un centro estratégico agrario, campesino; una gran ciudad hoy desorbitada de la unidad nacional, y, por último, Madrid, que es, quiérase o no, el centro que más influye en la vida de España.

* * *

Hoy, por falta de espacio, nos limitaremos a señalar el espíritu magnífico con que los jonsistas de Valencia han hecho frente a la primera etapa de la reorganización. Maximiliano Lloret, con Gaspar Bacigalupe, Juan Estrada, Pinedo, P. Cortés, Borrego, Calabuig y varios más, han desplegado tal actividad que en pocos días se desmoronó la organización de F.E. y consiguieron que tanto los camaradas de Valencia como los de todos los pueblos de la región se enterasen de un modo verdadero de lo acontecido en el Partido. Es decir, destruyeron la base calumniosa sobre la que los dirigentes falangistas explicaban la escisión de las J.O.N.S.

Y es más de destacar este hecho triunfal de Valencia, si se tiene en cuenta que semanas antes el mismo Primo de Rivera había nombrado al camarada Lloret para la Secretaría general de toda la región valenciana y a Bacigalupe para la organización sindical en la misma zona. Y que fueron presionados y halagados por el mismo Primo para que no abandonasen su disciplina. Estos dos camaradas, sin embargo, sabiendo a lo que obligaba en aquel momento el carácter de jonsistas, no vacilaron en acogerse a nuestras filas y maniobrar con la rapidez, la eficacia y el éxito que antes dijimos.

* * *

En Madrid, donde inmediatamente fue nombrado un Comité o Junta local de reorganización, bastaron dos o tres días para movilizar tras de las J.O.N.S. a casi todos los antiguos camaradas. No han llegado a ocho o diez los vacilantes, y de ellos tan sólo dos o tres por espíritu verdadero de traidores. Ya los señalaremos a la atención del Partido. Pero en Madrid se ha dado otro magnífico fenómeno. Desde el primer día, el mayor número de adhesiones a las J.O.N.S. era de los antiguos de F.E., los más jóvenes, revolucionarios y resueltos. Hasta el punto de que Primo se vio obligado a disolver todos los organismos de la sección de Madrid y proceder con los pocos que quedaron a una reorganización nueva.

(«La Patria Libre», nº 1, 16 - Febrero - 1935)

¡A extender y propagar las J.O.N.S.!

Las J.O.N.S. son ya unas iniciales populares, tras de las que adivinan las gentes una bandera justa y magnífica. Hay, pues, que extender las J.O.N.S.

Nada es hoy sin duda más sencillo. No hay protocolo difícil que impida el acceso a las J.O.N.S. Nuestras Juntas se ofrecen a todos los españoles limpios y animosos con todas las facilidades.

Somos además una bandera política flexible y amplia. Ello facilita indudablemente la captación de militantes numerosos. Interesa el nacional-sindicalismo de las J.O.N.S. a la inmensa mayoría de los españoles. A los estudiantes, a los trabajadores, a los funcionarios modestos, a los pequeños industriales y comerciantes, a todos los patriotas y a todos los que apetezcan para España horas de paz, de fuerza y de esplendor.

¡¡A fundar, pues, las J.O.N.S. donde todavía no estén funcionando!! Repetimos que ello es fácil y sencillo. Basta que haya en una ciudad de España un grupo pequeño, ¡incluso un solo camarada!, para que se ponga a trabajar activamente.

Según la oportunidad, el clima social y, sobre todo, según el entusiasmo que ese pequeño grupo despliegue, así los resultados jonsistas serán espléndidos o estrechos. Pero aun en este caso último no deben los camaradas de cada grupo local perder la esperanza. Sigan luchando. Piensen que si en su ciudad o en su comarca los resultados son modestos, hay, en cambio, otros puntos de España donde la bandera jonsista arrastra masas ardorosas y que en sus mismas zonas conseguirán algún día el triunfo.

¡¡A CREAR J.O.N.S.!!

¡¡A EXTENDERLAS Y PROPAGARLAS POR TODA ESPAÑA!!

(«La Patria Libre», nº 1, 16 - Febrero - 1935)

¿Qué es el fascismo?

Con gran frecuencia quienes nos movemos en zonas políticas de alguna novedad advertimos que se interpretan nuestras palabras y nuestros conceptos de un modo absolutamente falso y arbitrario. Ese fenómeno aparece en España siempre que, ante cualquier clase de auditorio, se habla, se comenta o se explica el hecho mundial del fascismo.

Noches pasadas, con motivo del homenaje a Giménez Caballero, mi discurso me proporcionó ese mismo aluvión de dificultades. Creía yo que después de varios años de rodar por las mentes españolas el tema político del fascismo, podía ya decirse ante un centenar de españoles cultivados, sin riesgo de parecerles inexacta, esta elemental definición del fenómeno fascista: el fascismo es en su más profundo aspecto el propósito de incorporar a la categoría de soporte o sustentación histórica del Estado Nacional a las capas populares más amplias.

Pues bien, palabras tan claras y evidentes parecieron tan monstruosas al señor Pradera que se ausentó del salón como protesta por haber sido pronunciadas, y originaron también en mi amigo Eugenio Montes la interrupción de que el fascismo era, entonces, como la Revolución francesa.

Intentaré aquí explicar y aclarar brevemente las gestiones más visibles que aparecen ligadas a esos temas. En primer lugar, cuanto existe en la órbita de los fenómenos y de las realizaciones políticas son realidades históricas; es decir, *hechos,* y hay que aceptarlos como tales, gústennos o no, pues pretender desfigurarlos o envolverlos falazmente en finuras conceptuadas y sofisticas lo reputo error infecundo y vano.

(«La Patria Libre», nº 1, 16 - Febrero - 1935)

Matías Montero

El día nueve hizo justamente un año que murió asesinado por los marxistas este joven camarada. Lo recordamos aquí con especial mención porque al fundarse LA CONQUISTA DEL ESTADO, en 1931, la primera carta de adhesión que recibimos, y que conservamos ahora como documento precioso, fue la de Matías Montero, que entonces contaba apenas dieciocho años.

Pertenecía, pues, a los primeros grupos de jóvenes españoles que enarbolaron la bandera nacional y revolucionaria frente a la reacción y frente al marxismo. ¡Honor a su memoria, camaradas!

Siguió las peripecias de las diversas organizaciones que surgieron. Estuvo en las J.O.N. S. Estuvo en F.E., pero podemos asegurar que era un jonsista auténtico, y que en estas horas por que atravesamos, de depuración y de reencuentro de nosotros mismos, estaría aquí, en las filas de las J. O. N. S., sin vacilación alguna.

¡Tu muerte, Matías Montero, es de las que obligan! ¡Y no debía volver el sueño a los ojos ni la sonrisa a los labios de quien no sea capaz de permanecer con honor, capacidad y limpieza en las filas mismas donde tú estuviste!

(«La Patria Libre», nº 1, 16 - Febrero - 1935)

¡Cómo va a triunfar la revolución marxista!

La doctrina marxista es falsa. La táctica marxista es errónea. Los jefes marxistas son traidores

Que lo sepan todos, que lo sepan principalmente los trabajadores, los modestos industriales, los labriegos; todos los españoles, en fin, desasistidos y agobiados por la explotación y la injusticia. *El marxismo no sabe, ni puede, ni debe hacer la revolución.*

Ahí está el ejemplo de octubre: incapacidad, traición y crimen. Las masas laboriosas no deben entregar más su confianza a los marxistas, que escamotean siempre las verdaderas victorias populares y son enemigos públicos y notorios de nuestra Patria española.

Nadie tiene, pues, que perder la esperanza, ni los españoles que pasan hambre y miseria, ni los trabajadores en paro, ni los industriales medio en ruinas, ni los labradores, ni las juventudes con brío, ni los españoles con fervor nacional y grandes ambiciones para la Patria.

Es el papel, la misión y el norte del nacional-sindicalismo jonsista, precisamente ése: dignificar y hacer posible y fecunda la revolución, convirtiéndola en revolución nacional española al servicio de *todo* el pueblo y del imperio y de la grandeza de la Patria. Ensanchar, incorporar las capas populares a la Patria, de modo que sean con alegría su puntal más firme y más profundo, y para ello convertir la Patria en Patria revolucionaria; es decir, socialmente justa, y a la vez ambiciosa, pujante y fuerte.

Pero no hay Patria ambiciosa, pujante y fuerte si no influyen en sus destinos, incorporados a su Estado Nacional, los grupos más valiosos, enérgicos y capaces. Por eso el nacional-sindicalismo pretende para España una movilización popular, de la que se destaquen sus valores más firmes; es decir, sus caudillos, sus jerarquías y sus consignas para todo el pueblo.

(«La Patria Libre», nº 1, 16 - Febrero - 1935)

NUMERO 2. 23 Febrero 1935.

El problema fundamental en la organización de las J.O.N.S. Una entrevista con Ledesma Ramos.

Ante el deseo de muchos camaradas, que preguntan constantemente, por saber los planes existentes en torno a la reorganización de las J.O.N.S., realizamos esta entrevista que hoy publicamos. El interviuvado podía haber escrito un artículo aclarando algunos puntos, pero hubiera sido siempre más incompleto y menos espontáneo que al tener que responder con rapidez a las varias y diferentes preguntas que le hemos formulado.

* * *

-¿Las J.O.N.S. conservarán como movimiento la estructura que han tenido durante su unión con F.E.?

-De ninguna manera. Precisamente las razones de nuestro apartamiento de F.E. obedecen tanto al desbarajuste ideológico y a la incapacidad de mandos como a la desorganización y a la ineficacia interna que allí existe. Por eso las J.O.N.S. se preocupan ahora con toda rapidez de *organizarse*, teniendo en cuenta la infeliz experiencia pasada, con arreglo a *nuevas bases.*

-¿Cómo planteas el problema de esa nueva organización?

-Exactamente así: ¿Qué tipo de organización corresponde a las J.O.N.S., teniendo presente los elementos que aspira a encuadrar, los fines del movimiento y las tareas diarias y permanentes a que ha de dedicarse?

-¿Puesto así el problema, qué solución le dais los actuales dirigentes jonsistas?

-Lo tenemos casi todo resuelto en la denominación misma de nuestro movimiento. Somos JUNTAS de ofensiva **nacional-sindicalista.** Es decir, que nuestro nombre expresa ya la tendencia que tenemos a estructurarnos mediante unos organismos denominados con un vocablo de mucha tradición político-social en la vida española: JUNTAS.

-¿Entonces son las Juntas la clave de la organización jonsista?

-Eso es. En ese término reside la técnica que debe presidir nuestra organización. ¡Fundemos JUNTAS, organismos *vivos* y calientes! Su vitalidad natural logrará la eficacia del movimiento.

-¿Reducirá esta organización, a base de Juntas, el radio de acción del Partido?

-Al contrario. No hay que olvidar que el jonsismo persigue la movilización en torno a sus flechas yugadas, no de minorías, sino de grandes masas de españoles. No queremos un movimiento recortado y ultrafino, sino un movimiento en que alienten los afanes mayoritarios del pueblo español, lo cual no es precisamente democracia liberal y parlamentaria.

Dicho esto, es evidente, y así respondo a la pregunta, que las JUNTAS han de ser utensilios aptos para encuadrar gran número de afiliados y obtener el sentimiento político que España precisa, en grandes masas.

-¿Cuáles son las ventajas y características más señaladas de las JUNTAS?

-Ventaja enorme la espontaneidad y facilidad para su formación. Formadas a base de grupos militantes de residencia próxima, que les dará en las grandes ciudades un sentido estricto de barriada.

¿Características? He aquí algunas: número variable de afiliados, con un comité efectivo y responsable en relación con las Juntas locales respectivas; vida autónoma para desarrollar los fines que le señale el Partido, con cupos obligatorios para los cuerpos de protección; con cierto matiz democrático, es decir, con intervención de la base en las cuestiones concretas que corresponda desarrollar en la vida normal de las JUNTAS.

-¿Tienes confianza en la eficacia de las JUNTAS?

-Sí; espero muchos y magníficos resultados de la puesta en marcha de las JUNTAS. Desde luego, en ellas tiene que residir el secreto de nuestro éxito posible.

Hay, pues, que consignarlas perfectamente y fijar la máxima atención en su funcionamiento.

-¿Plataforma general de las J. O. N. S.?

-Es bien notoria. No estamos situados ni a la derecha ni a la izquierda. Apoyados en las dos formidables columnas nuestras: lo nacional y lo social.

Con optimismo, perseverancia y entereza realizaremos nuestro destino, que es dotar a España de un movimiento poderoso integrado por gentes de todas las clases sociales y coincidentes en la preocupación grandiosa de salvarse, salvando a su Patria al mismo tiempo.

(«La Patria Libre», nº 2, 23 - Febrero - 1935)

Una consigna para todos los jonsistas. En presencia de la ruindad

La salida de nuestro semanario, el éxito y la expectación formidables que le rodean, han puesto al desnudo la moral política de que disponen los dirigentes falangistas. LA PATRIA LIBRE, órgano de las J.O.N.S., podía, lógicamente, causar indignación en los grupos antinacionales, según, desde luego, ha ocurrido, pero esperábamos que otros sectores, por ejemplo, en F.E., sabrían saludarlo con serenidad y justicia.

No ha ocurrido así, y nos interesa mucho señalar ante el Partido las circunstancias en que la hostilidad falangista se ha producido contra nosotros a causa precisamente de la salida y aparición de nuestro periódico.

Prevemos, pues, un recrudecimiento de la campaña insidiosa, calumniosa y vil que ya en los primeros días de la ruptura de las J.O.N.S. con F.E. se desató contra los camaradas dirigentes de nuestro Partido. Prevemos que los jefes falangistas insistirán en su tarea de engañar a sus organizaciones propagando entre la base de F.E. la necesidad de que se nos considere como los enemigos peores. Prevemos que seguirán alimentando allí la atmósfera de odio con la esperanza de que sus afiliados más ingenuos e inexpertos recojan por su cuenta y riesgo las ruines insinuaciones de los jefes.

Y frente a eso, nosotros tenemos necesidad de dirigirnos a todos los jonsistas para decirles:

Las J.O.N.S. no tienen pleito alguno que ventilar con los falangistas. No hay, pues, que recoger sus provocaciones, que nacen, como sabemos, del engaño de que se les hace objeto por sus jefes. Nada hay que hacer contra los afiliados de Falange Española. Aunque sean injustos con las J.O.N.S. y repitan hasta la saciedad los calificativos calumniosos que les dicta la vileza de sus dirigentes.

Nosotros en las J.O.N.S. tenemos que distinguir perfectamente entre los afiliados de F.E.; es decir, entre los militantes de la base del Partido y los diez o doce rufianes que de un modo directo siguen y defienden en los puestos más destacados las orientaciones de Primo de Rivera.

Repetimos la necesidad de hacer esa distinción, pues en los militantes sinceros de F. E. hemos de ver siempre posibles camaradas nuestros, gentes honradas que persiguen un ideal en muchos aspectos destacable con elogio y, en cambio, en esos diez o doce a que nos referimos antes, no hemos de ver sino lo que son: seres residuales a extramuros de toda emoción patriótica y de todo propósito limpio.

Por ningún concepto desarrollarán las J.O.N.S. género alguno de hostilidad contra los falangistas. Tengamos fe en que sabrán librarse de la férula indignante a que hoy se les somete, férula que no es deshonrosa precisamente para ellos, sino para los desaprensivos que utilizan el esfuerzo de unos grupos juveniles y sinceros en la tarea exclusiva de sostener su vanidad enfermiza y sus inconfesables ambiciones.

Pues resulta que Primo y sus amigos juzgan intolerable que los jonsistas abandonásemos la disciplina de F. E. y nos encontramos así ante muy pintorescas contradicciones. De una parte, declararon en su día que habíamos sido expulsados, y si esto hubiese ocurrido, natural era que no

les preocupase nuestra posterior ruta. De otra parte, al hostilizarnos y recordar de modo tan notorio el vacío que allí dejamos, patentizan que fue nuestra en absoluto la iniciativa y que disponemos de un vigor y de una firmeza ante la que pierden totalmente la serenidad.

No perdonan a las J.O.N.S. que les abandonaran. Y sostienen la peregrina teoría de que no disponíamos de libertad para hacerlo. ¿Pero en qué época feudal creen vivir esos señoritos? ¡No faltaba más sino que al entrar en contacto con F. E. se perdiese la libertad de determinación y quedaran los afiliados convertidos en esclavos!

(«La Patria Libre», nº 2, 23 - Febrero - 1935)

¡Ni desmembración ni marxismo!

Hay que arrinconar definitivamente esas dos catastróficas banderas. Este clamor es ya el deseo unánime de todo el pueblo. Las J.O.N.S. lo recogerán en su nacional-sindicalismo patriótico

¡Nunca más la propaganda disgregadora!

Comprendemos que no había de resultar fácil para la situación gobernante liquidar con aplastante eficacia las consecuencias de la subversión separatista. El Gobierno Lerroux-Gil Robles no podía, en efecto, hacer cosa diferente ni distinta de lo que ha hecho en Cataluña.

Ahora bien, sin penetrar en la cuestión concreta de cómo ha resuelto el Gobierno cuanto afecta al régimen transitorio de Cataluña, nos interesa destacar ante los españoles los peligros enormes que traería consigo el que volviese algún día a ser posible levantar de nuevo en Cataluña la bandera desmembradora.

Nos preocupa especialmente esa posibilidad, pues hemos declarado y sostenido siempre que la conservación rígida y absoluta de su unidad es para la España de nuestros días una consigna irrenunciable, cuya pérdida o abandono nos hundiría sin remedio en la mayor vergüenza histórica que puede recaer sobre un pueblo.

La unidad de España es el punto de partida para cualesquiera edificación que se haga desde el plano de lo nacional. Quedan fuera de «lo nacional» todas las concesiones o tibiezas que se tengan en este sentido, pues la unidad es lo único que nos queda a los españoles como solar firme sobre el que asentar de nuevo la reconstrucción de nuestra Patria. Y perdido ese único asidero, ese último germen de grandeza auténtica, ese último gran valor de España, no queda sino la tarea triste y bochornosa de liquidarnos sencillamente como pueblo histórico.

Bien claro quedó desde luego en octubre que no ha de ser nunca fácil a los elementos antinacionales que entonces conspiraron en Cataluña hacer triunfar su traición ni imponer su criminal tendencia a los españoles. Quedó probado, por fortuna, en aquellas fechas que nada podrán nunca contra el firmísimo, voluntarioso y permanente deseo de los españoles de defender a toda costa la unidad de España.

Ahora bien, todos sabemos cómo la perturbación, la agitación y la amenaza política pueden servir para que desde allí, aun a sabiendas de que los ideales disgregadores son de triunfo imposible, sigan especulando siniestra, vergonzosamente, con el fantasma.

Ahí están ya en ese papel Cambó y sus amigos de la Lliga, sustituyendo a Companys y a Dencás en los propósitos de deshispanizar a Cataluña y de destruir allí los gérmenes nacionales apenas aparezcan.

No comprendemos cómo las propagandas de Cambó circulan libremente en el mismo solar de los combates sangrientos de octubre.

No comprendemos cómo se las deja sin réplica eficaz y cómo no se las considera por quien debe incursas en los delitos mismos de campañas contra la Patria.

Nosotros creemos que las jornadas separatistas de octubre tuvieron magnitud suficiente para justificar el que se corten de raíz los rebrotes de aquel espíritu insurreccional.

Pues de la victoria contra los separatistas hay que deducir más amplias eficacias que el de un triunfo transitorio y fugaz. Hay por lo menos que extraer de esa victoria el aniquilamiento de toda aspiración separatista durante otros dos siglos, como en realidad aconteció con otra victoria análoga a principios del siglo XVIII.

Con toda firmeza, expresamos nuestra opinión de que se consideren las propagandas separatistas como las merecedoras de los castigos más altos y a sus inspiradores y realizadores como los enemigos más destacados y públicos del pueblo.

Pues el pueblo, todo el pueblo de España, pide y proclama el mantenimiento inconmovible de la unidad nacional, en la que con magnífico instinto patriótico percibe la mejor garantía de su propia prosperidad, seguridad y grandeza.

Los marxistas, al ostracismo

Después de la subversión roja de octubre, después de la actuación revolucionaria desencadenada por los marxistas españoles, hay algo en que está de acuerdo toda España, desde las capas privilegiadas de la burguesía hasta las mismas masas populares movilizadas por aquéllos, pasando por el gran sector medio del país. Ese algo es lo siguiente:

Los dirigentes marxistas, los cuadros todos del Partido Socialista, se han hecho merecedores del ostracismo perpetuo, aparte las sentencias y condenas de orden legal a que los tribunales los sometan. El pueblo, todo el pueblo, reclama para ellos una de índole moral y sin sombra de indulto: el ostracismo político y más riguroso.

Las jornadas de octubre en Asturias y en otros puntos, el plan general de la solución, la estrategia desarrollada, los repliegues concertados, todo, en fin, de lo que hicieron y de cómo lo hicieron nos permite afirmar lo siguiente:

Se trataba de una subversión a base de especular con todo lo más turbio, antinacional y aventurero que había sobre el país entonces.

Fue artificiosa y falsa, sin reclamación urgente y angustiosa por parte de la base popular. Sus fines políticos estrictos no podían justificar la violencia de las consignas ni la movilización sangrienta de las multitudes ingenuas.

No era una revolución en beneficio sincero y auténtico del pueblo, sino una acometida de los cuadros burocráticos marxistas para el disfrute de un Poder cuyas ventajas percibieron meses atrás.

Repetimos la necesidad de que el ostracismo de los marxistas y de todo cuanto se relaciona con sus doctrinas, de las cuales, después de todo, son ellos una pura consecuencia, sea absoluto e inapelable.

Lo pedimos en nombre de la Patria española, contra cuyos más firmes valores iban los disparos rojos, y lo pedimos también en nombre de los intereses de «todo» el pueblo, que fue realmente burlado y escarnecido por la revolución marxista, cosa que ya llegará el momento de aclarar, explicar y demostrar cumplidamente.

El ostracismo marxista, la imposibilidad que deben hallar esos elementos para reorganizarse después de los hechos acontecidos, plantea, sin embargo, un problema de fuerte alcance, y es éste: es posible, en efecto, conseguir el ostracismo político de los dirigentes marxistas de toda clase, es posible por repulsa nacional y justa el apartarlos de toda actividad que suponga reorganización de su antigua fuerza, pero lo que no resulta, sin duda, posible ni tampoco fecundo y eficaz para España es el ostracismo de sus antiguas masas, de toda aquella opinión ingenua y mordazmente ilusionada por ellos.

Hay, pues, que ofrendar a esas multitudes, a esas masas laboriosas, un refugio y una bandera que pueda conseguir de nuevo en ellas una renovación del entusiasmo y del vigor. Ostracismo, sí, para los dirigentes y para la doctrina. Ostracismo implacable, riguroso y absoluto, pero bandera nacional, cobijo nacional para las multitudes de salvación posible; es decir, para aquellas que hayan extraído de la lección roja de octubre la sabiduría suficiente y la rectificación imperiosa.

Nosotros decimos a estas últimas: fijaos en el nacional-sindicalismo de las J.O.N.S., ved nuestra bandera nacional y social al aire, leed sus consignas, estudiad sus metas y venid con nosotros sin perder minuto.

(«La Patria Libre», nº 2, 23 - Febrero - 1935)

¿Luchas de clases?

Es sabido cómo la técnica de agitación marxista divide a todos los hombres en dos clases: supuestos oprimidos o explotados y supuestos opresores y explotadores. Y llevada tal consigna a un plano real y diario, de lucha económica y social, el marxismo localiza y destaca para que se despedacen estas dos clases únicas: patronos contra obreros, obreros contra patronos.

Nosotros sabemos, y es uno de los motivos críticos fundamentales en que fundamos nuestra posición antimarxista, que el enemigo social de los obreros no es generalmente el patrono, sino que hay otro linaje de poder económico y político al que debe señalársele como enemigo, y no sólo de los obreros, sino de los obreros y patronos juntamente: el gran capital especulador y financiero.

Por eso, ante la lucha de clases tal como la conciben criminal y erróneamente los marxistas, nosotros presentamos otro cuadro de rivalidades sociales. Si hay luchas de clases, éstas son para nosotros las clases:

Capaces contra ineptos.

Laboriosos contra vagos.

Generosos contra ramplones.

Animosos contra cobardes.

Patriotas contra descastados.

Y todos los españoles contra los grandes especuladores y prestamistas.

Pues ahí aparecen las soluciones deseables:

Que a los españoles ineptos los sustituyan los españoles capaces.

Que los españoles laboriosos imperen sobre los vagos.

Que los españoles con capacidad de sacrificio y alma limpia preponderen frente a los egoístas y ramplones.

Que los españoles animosos y viriles no permitan el imperio de los más cobardes y encogidos.

Y que los españoles patriotas impongan su ley a los descastados y traidores.

(«La Patria Libre», nº 2, 23 - Febrero - 1935)

La situación mundial y la presencia de España

Parece que la política internacional de un pueblo es el mejor barómetro para juzgar de su vigor y su grandeza. Pues eso es lo que da carácter y rango de gran potencia: intervenir en la marcha del mundo, influir en el juego de sus intereses materiales y en el rumbo de la cultura mundial.

No está eso al alcance de todos. Hay pueblos que, aun prósperos, pacíficos y satisfechos en su vida interior, en su gobierno de fronteras adscrito, no pueden aspirar, sin embargo, a la categoría de impulsores mundiales, al papel magnífico de guías y timoneles de la humanidad.

España no está hoy a esa altura. Y, sin embargo, lo ha estado alguna vez. Tiempos ha habido en que el mundo giraba en torno nuestro, y que talentos españoles, soldados españoles y hombres de gobierno de España tenían en su mano el poder mundial.

Y con el poder mundial, todas estas otras cosas que son consecuencias naturales de él; un gran arte, un comercio poderoso, un pueblo fuerte, una fe en los destinos de la Patria, una riqueza, un bienestar, un porvenir sin angustias, una tarea alegre y gloriosa cada día.

Parece evidente que todo eso se nos ha escapado a España y a los españoles. Habrá que preguntarse por qué boquete tremendo de España se nos ha marchado todo eso, y qué ideales, qué personas o qué errores son los culpables de esa gran catástrofe. Habrá, por lo menos, que darse cuenta de ella, reconcentrarse y disponerse a saltar sobre las dificultades y las trabas que hoy todavía nos atenacen.

Así, con ese espíritu, abordamos nosotros la tarea de examinar la situación actual del mundo. Y también la de hostigar, empujar y hacer cumplir a España y a todos los españoles los deberes que les corresponden en esta hora.

Las bases del actual equilibrio

Fue de tal volumen la contienda mundial de 1914-1918, que todavía sus consecuencias constituyen y nutren el orden del día en toda Europa. Los pueblos y los gobiernos han hecho y hacen quizá todavía hoy frente a los problemas internacionales, con mentalidad de hombres que han visto, vivido o padecido de cerca las jornadas de la Gran guerra.

Ese detalle ha conducido quizá a cierta desorbitación o exageración con que se localizaban unas cuestiones y se esfumaban otras, y también al aire falso, ficticio, de tramoya, con que se querían ignorar las más de ellas.

Todo el largo hito de conferencia del desarme, todas las reuniones innumerables de Ginebra, todas las trapisondas para mantener *statu quos* artificiosos, todos los esfuerzos por llevar la política mundial a un plano abogadesco, ramplón y falso, todo eso, que caracteriza el período de postguerra, y en el que muchos querían aprisionar eternamente las relaciones internacionales, parece que se esfuma, que se quebranta para dar paso a horas mundiales, muy diversas, en cuyos umbrales estamos ya quizá.

Hace ya meses que se advierte en la política europea un fenómeno nuevo: los hechos y las conversaciones y los acuerdos que más preocupan, y a los que se adscribe más importancia, tienen lugar, no en el areópago ginebrino, sino en ciudades representativas de un espíritu muy diferente al de Ginebra.

Ahí esta, por ejemplo, Roma. El foco diplomático que ha logrado centrar Mussolini en Roma, y que culminó en sus últimos acuerdos con el ministro francés Laval, tiene en opinión nuestra una importancia enorme, sobre todo como síntoma de que se inicia una etapa nueva en las relaciones internacionales.

Esos síntomas parecen indicar que vuelven a circular por el mundo, con desnudez, sin sonrojo y sin necesidad de ocultaciones tácticas al estilo de Ginebra, los diversos espíritus nacionales, las diversas grandes Patrias, con sus intereses, sus culturas, sus rivalidades y sus apetencias propias.

Se encuentra, pues, Europa, asentada de nuevo sobre las columnas históricas de siempre, es decir, sobre los espíritus nacionales en pie de sus cinco o seis grandes potencias.

Alemania e Italia hicieron su revolución nacional, y ahí están, mostrando con el vigor que les es posible su propio carácter de pueblos que siguen sus propias leyes, y muy poco dispuestos a renunciar a nada que suponga merma de sus atributos nacionales.

Rusia, con su régimen nacional-comunista, con moral de guerra, archiarmada, en pleno experimento de gigantescas subversiones sociales, no es ya, desde luego, el país revolucionario que

conspira cada día por la revolución mundial, pero está a punto, alerta no sólo al panorama que la rodea, sino también al rumbo de su vida interna. Pues la Rusia bolchevique puede tener algún día necesidad de la guerra para cubrir posibles cataclismos interiores. Rusia tomará más fácilmente las armas en un caso de esa índole que para contestar incitaciones belicosas del exterior.

Inglaterra y Francia son, cada una a su modo, las defensoras del orden mundial vigente. Las vallas contra las que las inquietudes revisionistas van surgiendo. Parece que en la medida en que vayan haciendo concesiones prudentes, aplazarán los cambios radicales que ya se prevén en el futuro de Europa. Son las dos naciones que conservan su imperio, y en muchos aspectos, más aún después de la Gran guerra, las dominadoras y rectoras de la política internacional. Mussolini, desde Roma, sin salir de Roma, y es más, haciendo que tomen el tren hasta Roma, Laval hoy, Macdonald ayer, trata con habilidad y talento de remover ese doble granito franco-inglés.

Austria, entre peripecias revolucionarias y patriotismos forzados, es uno de los puntos más dramáticos de Europa. Allí convergen de hecho la atención de las potencias, y allí puede muy bien tener que alzarse algún día el escenario trágico. La mutilación del imperio austro-húngaro va a constituir, quizá, la consecuencia más desdichada de Versalles, y su mantenimiento el posible eslabón histórico que una la posible futura gran guerra con la contienda de 1914-18.

Alemania se debate entre las dificultades naturales de un país vencido, hechas aún más complejas en un régimen de exaltación nacional alemana, como acontece bajo el signo de la victoria nazi. Hasta el plebiscito del Sarre, la diplomacia y la política internacional de Alemania constituían quizá repliegues desconcertantes. Así, su tratado con Polonia y el *statu quo* del pasillo de Dantzig. Así, sus vacilaciones, y hasta su abandono -desde luego, transitorio- de la política de penetración en Austria a raíz del momento oportuno y decisivo de julio de 1934, tras del golpe nazi que costó la vida a Dollfus. Pero puede también fácilmente preverse que Alemania, preparada una primera etapa de reencuentro de sí misma, desborde con su vitalidad y su empuje la limitación que hoy acepta forzada.

Italia destacó su presencia, durante esos hechos, movilizando incluso, como se recordará, dos divisiones hacia la frontera austríaca, dispuestas a penetrar en su territorio en defensa de la independencia (?) de esa pobre mutilación que es la Austria.

Y conviene insistir en esa rápida señal de alerta que dio Italia entonces, porque junto con la actividad diplomática a que hicimos alusión antes, así como a la madurez evidente de su régimen interior fascista, convierten de hecho a Italia en el país que parece más dispuesto a intentar apoderarse de algún modo del timón europeo.

Y doblemente importante para nosotros, para España, pues es Italia en muchos sentidos nación vecina, situada en la otra acera mediterránea, a todo lo largo de ella, y recientemente, según los acuerdos Mussolini-Laval, inició un plan de nuevo equilibrio en ese mar, y que, comenzado sin la presencia de España, es para nosotros motivo explicable de preocupación grave.

Y en este punto, nosotros decimos y preguntamos a los españoles:

¿No es llegada la hora de que España mire y perciba los campamentos europeos?

¿No es ya de todo punto imprescindible que España entre en la realidad europea?

¿No es ya hora de una política internacional firme para España?

Porque eso queremos. Pertenecemos nosotros al sector de españoles que no se resigna fácilmente a un destino manso de España. Y al requerir una política internacional vigorosa no se nos ocurre poner en primer término la que a nosotros nos pareciese mejor, sino simplemente alguna, la que sea, con la condición única de que se caracterice por su firmeza y por su acierto, y ello entre las varias políticas internacionales posibles.

Deseamos como nadie servir esa necesaria situación internacional de España. Ofrézcanos este gobierno u otro cualquiera que le sustituya eso que pedimos. Y nos tendrá a su lado en ese aspecto con todas nuestras fuerzas, pues así entendemos nosotros el deber para cuantas cosas afecten al perfil internacional de España.

Parece sumamente respetable y hasta emocionante este clamor nuestro por una línea internacional segura, que fuese norte unánime de todos los españoles, pues son fáciles de prever momentos en que España, quiera o no, a voluntad o empujada por el acontecer europeo, necesite decidirse por una ruta internacional.

Y no sólo por su situación, sino por obligación ajena a la geografía y más bien cercana a la ambición lícita y a los imperativos mismos de mantener su riqueza y su independencia.

En un trance así, es evidentemente lógica la pesquisa al objeto de determinar qué voracidades enemigas nos acechan o si quizá vivimos rodeados de arcangélicas naciones, que no desean sino nuestra prosperidad, nuestra pujanza y nuestro triunfo.

A muchos nos atosiga, por el contrario, la sospecha de que es inocentísimo jugar hoy en Europa a los arcángeles. Y también que los españoles debemos estar muy alertas a fenómenos interiores que pudieran ser vinculados a voluntades de fuera.

Así, por ejemplo, el proceso de descomposición de la unidad, la etapa desmembradora, trae consigo sospechas terribles, en cuanto que su triunfo en España convertiría la península en zona balcanizada, con provecho evidentísimo de alguien y seguro y definitivo arrinconamiento de España como poder europeo.

Recordamos episódicamente aquí la campaña que hace unos dos años se hizo para que el Estado español se desprendiese de la fortaleza de Montjuich en beneficio del Ayuntamiento de Barcelona.

Los motivos que se invocaban eran tan desacordes e inferiores en rango al hecho enorme de desmantelar alegremente un gran puerto mediterráneo como Barcelona, que no se encontraban razones normales y claras para tal campaña. Y, sin embargo, se hizo, y hasta hallaba buen ambiente en peligrosísimas zonas oficiales de entonces.

España ofrece bocados espléndidos a algunas dentaduras europeas. Y los españoles, todos los españoles, tenemos el deber de defenderlos con dientes y uñas. España da cara al Mediterráneo, que vuelve a ser cada día más, por el creciente poder diplomático y nacional de Italia, el mar que centra la movilización europea.

Y España tiene todas estas cosas. Factores de primerísima línea en el juego del Mediterráneo: las Baleares, Marruecos, el nacionalismo separatista de Cataluña, la entrada de Gibraltar, los puertos levantinos y todo su comercio de exportación frutera. La realidad de una marcha de Europa hacia el Africa, continente aún enigmático, etc.

Hay también un imperialismo extranjero en nuestra economía. Demasiadas minas, demasiadas grandes compañías, demasiadas empresas y enlaces financieros, todo ello sin justificación suficiente en una etapa de desarrollo industrial, ni de riquezas nuevas a la vista.

Únase la deficientísima vibración de carácter nacional y patriótico. Y ello nos ofrecerá un panorama no muy adecuado para fiar sin más en la preparación actual de nuestras defensas.

Por eso, nosotros, las J.O.N.S., ante este problema como ante otros, decimos con rotundidad:

No más situaciones endebles. No más encerrar los problemas en los despachos e intentar resolverlos sólo con la ayuda de minorías ya ensayadas.

Queremos llevar al aire libre, a los españoles, a *todo* el pueblo, la preocupación fundamental de la Patria, es decir, su destino internacional, su situación en Europa.

Pues en realidad *todo* el pueblo sufrirá en su día las consecuencias de los posibles errores. Aun sin participación en ellos, aun habiéndolos podido evitar con su intervención justa a tiempo.

Cuando se dice que en España no tiene el pueblo patriotismo se dice una verdad si se alude a las manifestaciones externas del mismo, pero aun de esto no es culpable, no hay patriotismo sin preocupación ante otras patrias de otros. Llévense a *todo* el pueblo las palpitaciones internacionales, muéstresele el panorama que ofrecen otros pueblos en torno nuestro, y su respuesta será rápida, magnífica y espléndida.

No agotamos el tema. Al contrario, hoy sólo nos acercamos a él. Pero proseguiremos largamente, porque es mucho lo que tenemos que decir.

(«La Patria Libre», nº 2, 23 - Febrero - 1935)

Imperialismo

No es una forma política que cualquier pueblo pueda adoptar libremente, como sucede con la democracia o con el liberalismo. El imperialismo no es una teoría creada por unos cuantos pensadores. ¡Que intenten ser imperialistas Andorra o Suiza! No pasarán del intento, no llegará a la realidad su imperialismo.

El imperialismo es una necesidad. Es algo natural. Es sencillamente *la influencia* que, sin artificio ni intención, *se deriva de la fuerza, de la vitalidad, de la cultura y de la riqueza de un pueblo.*

Esta expansión e influencia de un pueblo por su fortaleza, cultura y riqueza, se produce lo mismo en una república que en una monarquía, en un régimen liberal, o en uno autocrático.

Hora es ya de ir fijando conceptos y acabar con la estupidez e ignorancia de los que se pronuncian contra el imperialismo, cual si fuera producto de los partidejos políticos. Si España no es imperialista, no es porque la cerrilidad de unos cuantos retrógrados, decimonónicos, liberales y radicales demócratas, se hayan opuesto, sino porque desgraciadamente España no es hoy un pueblo fuerte, poderoso y próspero como por su Historia, sus medios naturales y su posición geográfica la corresponden.

Una España grande será imperialista, porque su influencia cultural, económica y militar, se dejaría sentir en todo el mundo. Si hay algún español que se oponga a la grandeza y poderío de España, a su consideración y prestigio en el mundo, debe de ser fusilado por traidor.

Hay una tiranía de las palabras con la que hay que acabar, porque es fruto de la ignorancia o de la mala fe. El día que de España se afirme que es «imperialista», tengamos presente que serán los días felices en los que España esté en el apogeo de su fortaleza, vitalidad, cultura y riqueza.

(«La Patria Libre», nº 2, 23 - Febrero - 1935)

La masonería tiene en nosotros un enemigo

La masonería huye siempre de la luz, y también de los taquígrafos. El otro día se la provocó en pleno Parlamento. Y la masonería -representada fuertemente en algunas minorías- tuvo la habilidad y el acierto de callar. En su falta de exteriorización reside su enorme eficacia. Hay mucha gente que no cree más que en lo que tiene delante de sus ojos. Y deja de valorar actuaciones sigilosas que producen efectos a pesar de no llamar la atención de los ingenuos.

La masonería, en su doble aspecto de *secreta y exótica,* es perjudicial para los intereses nacionales y para la seguridad de la paz y del orden público.

Sin creer en las ridiculeces que se cuentan de los inofensivos ritos masónicos, no dudamos -precisamente por enfocarla con seriedad- en atribuir una importancia relevante a la masonería, cuya actuación política -es la única que nos interesa- ha sido siempre llevada con suma habilidad, produciendo los efectos apetecidos por los masones, efectos de importancia en la Historia de España, y de enorme peligrosidad para los elementos nacionales. En la pérdida de nuestras colonias, en todas las revoluciones y cambios de régimen, en las diversas campañas de propaganda antiespañola en el extranjero, se ha visto clara la mano de la masonería.

No solamente hay que reparar en lo que ella hace de un modo directo -que acaso no sea mucho en cantidad-, sino en lo que ella influencia y determina indirectamente. He ahí, por ejemplo, la Institución Libre de Enseñanza, controladora absoluta del mundo pedagógico español, y por consiguiente de la formación intelectual de millares de españoles. He ahí, por ejemplo, en sus tiempos de vitalidad, la F.U.E., elemento de ataque, un día, contra la Dictadura fundada -¡oh

habilidad masónica!- con la benevolencia del Dictador y con la ayuda de su hijo. Y así otros muchos casos significativos.

Y con relación al presente, se conocen ya algunos de los ambiciosos objetivos de la masonería. Por de pronto -aunque sea accidentalmente-, ha embarcado en su propia nave al que parecía su más terrible y constante enemigo: el jesuitismo representado políticamente en la persona del señor Gil Robles. A la vez que trata de recobrar su control sobre la juventud universitaria (que contra lo masónico se había rebelado en una reacción de fecundo patriotismo), metiéndose en los campamentos nacionales disfrazada de autoritarismo y españolismo académicos, relamidos e impotentes; disfrazada de fascismo degenerado halagando la vanidad -como en tiempos hizo la F.U.E.- de los estudiantes, diciendo que se alisten en un «nacionalismo selecto, intelectual, para minorías escogidas, que dará un nuevo *estilo* a las masas españolas en la realización de su destino universal». Como también intenta una campaña internacional contra la España política de hoy, movilizando todas las fuerzas internacionales que llaman de «izquierdas».

Estamos alerta. La masonería tiene estudiados planes de gran envergadura, cuya realización es indispensable paralizar. Pero a la masonería sólo se la puede aniquilar desde el Poder, y utilizando todos los resortes poderosos del Estado. Con un discurso, como ha intentado valientemente el diputado señor Cano López, no se consigue ni que los españoles nos enteremos siquiera de las modestas acusaciones que en su intervención parlamentaria haya podido hacer contra la masonería, porque la censura lo ha impedido.

La masonería sigue, pues, actuando con las manos libres, porque su clandestinidad se lo permite y los Gobiernos se lo toleran. Procuremos defendernos contra ella como podamos. Este periódico intenta ser uno de los más firmes baluartes antimasónicos. LA PATRIA LIBRE es incompatible con la acción constante de la masonería al servicio de la opresión extranjera.

(«La Patria Libre», nº 2, 23 - Febrero - 1935)

El problema del trigo y la movilización de los agrarios

No se comprende fácilmente la existencia en España de eso que se llama problema del trigo, materia cuya producción es, sin grandes desniveles, pareja al consumo nacional. Por eso el problema aquí tiene poquísimo que ver con esas grandes crisis por que atraviesan desde hace años los grandes países exportadores, como Estados Unidos y Argentina. Crisis que se resumían en una explicación sencilla: aumento de la producción, caída vertiginosa de los precios, cantidades fabulosas de trigo sin comprador posible.

¿Qué pasa con el trigo en España? Repetimos que no son fácilmente visibles los miasmas perturbadores de nuestro mercado triguero. Los agricultores que constituyen el frente triguero sostienen desde luego una posición lícita, pidiendo se activen procedimientos de simpática audacia frente a la lentitud y la obstinación del ministro.

Pero ya se han movilizado también esos llamados agrarios. Esos residuos de la política más vieja, decrépita y opaca que España ha conocido. Y sin más, lanzan su petición: que el Estado utilice 500 millones en la compra de trigo. ¡Magnífico! ¿Qué catástrofe comercial, qué variaciones en las exportaciones, qué fenómenos nuevos en la producción y venta del trigo justifican esa apelación a las finanzas del Estado?

Se comprende esa política en los Estados Unidos, que además de tener basada su economía en la movilización de medios financieros muy poderosos, tenía que hacer frente a una catástrofe similar a la del algodón. Roosevelt empleó en la tarea de contener la baja de los precios del algodón y del trigo centenares de millones de dólares. Pero la proposición o deseo mostrado por los agrarios de que el Estado español inicie una política similar respecto al trigo, lo creemos desorbitado y en absoluto improcedente.

Parecen muy otras las atenciones que requieren los campos españoles y concretamente todo cuanto se refiere a la producción cerealista. Los llamados agrarios se atrincheran en un espíritu de clase que más bien perturba y perjudica a los labradores. Claro que bien sabemos su finalidad última. Que no es librar al campo de la ruina ni de la vida miserable y trabajosa, sino poner en pie de nuevo las viejas oligarquías caciquiles, aún supervivientes en gran parte de Castilla, y de ello son muestra los más señalados capitostes de la minoría agraria.

(«La Patria Libre», nº 2, 23 - Febrero - 1935)

El drama de los partidos demo-liberales. Sin modernidad y sin juventudes

Es una realidad -para nosotros confirmadora de nuestra ruta- la inexistencia absoluta de juventudes demoliberales, o como en la terminología corriente y general se las denomina: «republicanas».

Sin entrar a discutir su cantidad y calidad, es un hecho que, al socaire del triunfo del nuevo régimen, todos los partidos «auténticamente» republicanos lograron formar cuadros juveniles. Constantemente se oía hablar de la Juventud de Acción Republicana, Juventud Radical-Socialista, etc., etc.

Pero estas juventudes privadas en absoluto de un espíritu nacional, y aún más, de un afán de justicia social; agrupadas en tomo a unos principios vanos, sin contenido hispánico, «Liberté-Egalité-Fraternité»; alimentadas exclusivamente con elementos negativos de odio a la Patria, al rico (sin amor al humilde), a la tradición espiritual de nuestro pueblo (sin tolerancia religiosa), al Ejército (sin amor a la paz verdadera), al propietario agrícola (sin querer permitir el acceso del obrero a la pequeña propiedad), sin miras de una redención social de las masas proletarias, resultaron monstruosamente aniquiladoras, jacobinas e infecundas.

Sólo un afán positivo se pudo advertir en las juventudes republicanas demoliberales: el afán de «enchufarse», de ganar dinero a costa del contribuyente, de medrar sin esfuerzo en los cargos políticos estatales. El que podía considerarse «líder» de las juventudes revolucionarias, de las juventudes republicanas, *Sbert,* sin talla de conductor, fue el que comenzó dando mal ejemplo, desentendiéndose de encauzar el movimiento juvenil revolucionario hacia metas ambiciosas, heroicas y nacionales dentro de la República, y dedicándose, por el contrario, a servir el separatismo catalán a cambio de un acta y de un puesto en el Tribunal de Garantías.

Las juventudes republicanas se han esfumado. No existen. Este debe ser el hecho más significativo y desolador para los dirigentes de los partidos que se llamaban «avanzados» -hoy verdaderamente retrógrados y trasnochados-, es decir, de los partidos liberales republicanos. La juventud, sin haber dejado sus afanes renovadores radicales, toma hoy otros rumbos más modernos y actuales. La juventud plena de idealismo y de espíritu de sacrificio, busca nuevas estructuras económicas, sociales y políticas, más justas de la sociedad, dentro de las realidades nacionales y en consonancia con los problemas del momento presente, y no como algunos, que intentan hacer política hoy, pensando como los honrados politicastros de hace cien años.

(«La Patria Libre», nº 2, 23 - Febrero - 1935)

Orientación y defensa de los jóvenes españoles

Existe una gran masa de españoles que, con admirable constancia, dedican lo mejor de su juventud al estudio, almacenando conocimientos que les permitan, con ciertas posibilidades de éxito, salir airosos en alguna oposición.

Año tras año, el estudiante opositor se esfuerza por superarse, confiando que algún día verá figurar su nombre en la lista de los elegidos. Mientras tanto, todos los sacrificios le parecen pocos. Muchos de ellos trasladan su residencia, desde cualquier remoto confín de provincias, a Madrid. Compran sin regatear los más absurdos y variados textos impuestos por las Academias que se titulan «especializadas», la mayoría de las cuales no son sino antros de explotación y, a veces, centros inmorales.

Adquieren a peso de oro toda esa serie de documentos, inútiles en su mayoría, que el Estado les exige... ¡En fin! Todo el mundo los explota sin piedad. Como si fueran potentados que estudiasen por el placer o la vanidad de adquirir cultura, se les impone mil formalidades a cada cual más cara.

Después de tanto sacrificio, de tanta traba legal, cuando por méritos y por dinero pudiera considerarse que habían adquirido el derecho de ser tratados con respeto, resulta que el Estado los desconoce como clase y les impone las más absurdas normas, compuestas al azar, sin unidad de criterio, variando continuamente los textos y las condiciones de examen.

Pues bien. ¡Nosotros estamos dispuestos a levantar la bandera de liberación del estudiante opositor!

Crearemos una Federación Nacional donde serán acogidos todos los opositores, sin distinción de ideas o confesiones, pues es preciso tener presente que la Federación deberá ocuparse estrictamente de mejorar la condición profesional de los opositores, sin que en momento alguno pueda orientarse hacia fines políticos o confesionales.

Nuestro plan es bien sencillo. Consiste en crear tantas Asociaciones de opositores como especialidades hay, y como lazo de unión de todas ellas estará la Federación, con carácter Nacional.

Cada Asociación tendrá su Directiva, nombrada por la Asamblea, y se ocupará exclusivamente de estudiar sus propios problemas que serán resueltos por la Federación, secundada ésta por todas las Asociaciones.

No creemos prematuro anticipar que de la unión de los opositores se obtendrán frutos magníficos. Por de pronto, el reconocimiento de los opositores como clase, lo que lógicamente habrá de producir un tratamiento más respetuoso por parte de los Poderes públicos.

La Federación podrá luchar ventajosamente con todos los embaucadores del opositor y seguramente conseguirá garantizar la imparcialidad de los exámenes, pues solicitará del Ministerio correspondiente el nombramiento de un representante en cada Tribunal de examen.

La Federación velará siempre por el interés de los opositores e impedirá que el favoritismo político robe sus posibles plazas introduciendo de matute en el escalafón a los temporeros.

Luchará incansablemente hasta imposibilitar esos Concursos-oposiciones que, la mayoría de las veces, no son sino repugnantes contubernios hechos para favorecer a determinados paniaguados.

Hará imposible toda injusticia y no cejará hasta conseguir que la obtención de un empleo público sea un hecho meritorio y no un favor o una venta.

(«La Patria Libre», nº 2, 23 - Febrero - 1935)

NUMERO 3. 2 Marzo 1935.

Obreros parados y capitales parados. Las J. O. N. S. denuncian esas dos plagas de la economía española.

El paro de los obreros es forzoso. El paro de los capitales es voluntario. Pedimos su movilización obligatoria

El paro forzoso es evitable

Hay en España un manojo de problemas cuyas características son en absoluto diferentes de las que ofrecen los mismos problemas en otros países. Así la tremenda realidad social del paro. Coincidimos, en efecto, con los demás pueblos en tener grandes masas de parados, pero así como en esos otros puntos el paro es consecuencia rigurosa de crisis industriales, de sobreproducción y de descenso vertical del consumo, aquí en España las causas son muy otras.

Lo primero que se advierte examinando la realidad económica y social de España es que aquí no hay sólo y sin más un paro obrero numeroso. Hay también y en la misma o superior medida un paro de capitales, un estancamiento y paralización de grandes y poderosos medios financieros.

La economía española no es propiamente una economía gran capitalista. En eso y en la falsedad y carácter antinacional de la doctrina radica nuestra oposición rotunda al marxismo. Es pura vacuidad y pura retórica hablar al pueblo español laborioso, a los trabajadores, de explotación y de opresión. El problema del paro, como tantos otros, sirve también para demostrar la falsedad marxista. El equívoco y la frivolidad sobre que asientan los marxistas sus plataformas económicas y sociales.

No hay en puridad explotación ni opresión del pueblo que trabaja, pues lo que hay es precisamente que no trabaja, que se le tiene y retiene en situación aún más lamentable que la de ser explotado y oprimido. Se le tiene parado.

Nosotros hacemos frente al problema de los parados, señalando su más profundo origen y pidiendo con toda urgencia que se le aborde y resuelva. No es imposible conseguirlo. Ni difícil siquiera. Lo que quizá sea necesario es que desde el Poder se disciplinen y muevan los resortes coactivos contra las causas más directas del paro forzoso.

Y entre esas causas directas nosotros señalamos y destacamos la que consideramos más importante y primordial: *el paro de capitales. El estancamiento voluntario de medios financieros por sus poseedores.*

Pues la primera realidad con que se encuentra un observador de la situación económica y social de España es ésa. En muchísima mayor proporción que en parte alguna, aparecen los grandes capitales en España en pleno estancamiento, al margen de todo empleo industrial, al margen de cualesquiera tarea productiva, buscando como máximo riesgo los fondos públicos, el juego de *dobles* o las cuentas corrientes de los Bancos.

Hace bien pocos meses un joven aristócrata apareció acusado de estafar a una tía suya *dos millones* de pesetas que esa señora tenía con otros millones más en la cuenta corriente de un Banco. El ejemplo es sistemático y temible.

Y en tal situación, ya antigua desde luego en España, ocurrirá que los grandes Bancos constituyan soberbias catedrales en la calle de Alcalá, de Madrid, pero ocurrirá también que los trabajadores se convierten en parados, las industrias atraviesan crisis de consumo y la economía toda del país languidece y cae.

Parece, pues, urgente movilizar coactivamente los capitales españoles, ponerlos en trance de creación y de fecundidad social. Se estudian ahora remedios contra el paro. Se fijan cantidades fabulosas para obras públicas y edificios oficiales, pero nosotros decimos que todo eso es ineficaz y transitorio. Y además contraproducente para un Estado de poca base financiera y malísima coyuntura económica. Pues no se trata ni debe tratarse de pedir dinero a crédito a las grandes economías privadas. Pagarles millones y millones de cupón y recaer en la viciosa situación de origen. No. Más bien debe intentarse movilizar esos recursos, no como elementos de crédito al

Estado, sino como utillaje directo en la economía nacional. O en otro caso, el gran impuesto y la expropiación misma de los grandes capitales parados.

Nadie podrá explicarse cómo a todas horas se aplica a la propiedad agraria eso de la función social de la propiedad, y cómo a la vez nadie se acuerda de esos poderosos medios financieros que permanecen en la ociosidad, proclamando la estulticia y la cobardía de sus poseedores y burlándose de la miseria general del pueblo.

En nombre de la grandeza nacional española, en nombre del derecho al trabajo, que está para nosotros al mismo nivel que los derechos más altos, pedimos que se relacione el problema del paro forzoso de los trabajadores con el problema del paro voluntario de los capitales.

No somos marxistas. No nos mueve, por tanto, agresividad alguna rencorosa contra los patrimonios ni las economías privadas de los españoles que las poseen. Pero presentamos sobre bases reales y justas la cuestión del paro. Único medio de hacerle frente con eficacia. Y pedimos que se estrangule con rapidez ese problema.

Con voz sincera decimos a los supervivientes

Las J.O.N.S. se han esforzado desde el primer día en hablar con franqueza y sinceridad a todos. Nacieron, quizá, un poco a destiempo, un poco antes de lo que requerían los acontecimientos. Por eso hemos sido víctima de alguna vacilación, de alguna confusión, de alguna recaída retórica. Pero es evidente que nos hemos incorporado ahora al recto pulso de España, que hemos entrado en la etapa verdadera en que nuestra doctrina y nuestros gritos son los necesarios y los que pide la conciencia de *todo* el pueblo.

Después del derrumbamiento demoliberal, ya sin esperanzas; después del derrumbamiento marxista, ya desde abril de 1931, nosotros decimos a todos los supervivientes, a todos los que están libres de responsabilidad, a todos los que no agotaron ni el crédito popular ni su propia fe:

Hay que revisar las bases sobre las que habéis actuado. Hay que aprender la lección rotunda de los hechos. Hay que dar cara con valor y con fe a una rectificación de doctrina y a una rectificación de procedimientos. Nosotros, los jonsistas, nos sentimos pisando en terreno suficientemente firme para ofreceros una tienda de campaña. Vedla y examinadla de cerca. Ponedle vuestros reparos y entrad a verla desde dentro.

Nosotros decimos al grupo disidente de la C.N.T., a los treinta, al partido sindicalista que preside Angel Pestaña, a los posibles sectores marxistas que hayan aprendido la lección de octubre, a Joaquín Maurín y a sus camaradas del bloque obrero y campesino:

Romped todas las amarras con las ilusiones internacionalistas, con las ilusiones liberal-burguesas, con la libertad parlamentaria. Debéis saber que en el fondo ésas son las banderas de los privilegiados, de los grandes terratenientes y de los banqueros. Pues toda esta gente es internacional porque su dinero y sus negocios lo son. Es liberal, porque la libertad les permite edificar feudalmente sus grandes poderes contra el Estado Nacional del pueblo. Es parlamentarista, porque la mecánica electoral es materia blanda para los grandes resortes electorales que ellos manejan: la prensa, la radio, los mítines y la propaganda cara.

Cantando, pues, las delicias del internacionalismo, de la democracia, de las libertades, fortalecéis en realidad los poderes de los privilegiados, debilitáis las posiciones verdaderas de todo el pueblo y entregáis a éste indefenso en manos de los grandes poderes capitalistas, de los grandes terratenientes y de los banqueros. Frente a ese formidable peligro, nosotros os decimos nuestra consigna:

¡Hay que entrar en lo nacional! ¡Hay que luchar por España y por su salvación, único medio de luchar por la salvación de todo el pueblo!

Nosotros creemos esto con firmeza y esta creencia es en realidad lo que nos sostiene en pie. Queremos el concurso de todo el pueblo para que ponga sobre sus hombros la tarea de hacer de España una gran Patria libre y justa y así desalojaremos de esa tarea a la reacción, a los falsos patriotas de las grandes rentas y a todos los especuladores que hacen de España y de su servicio una trinchera para sus privilegios.

Ahí queda nuestra palabra, dirigida a todos los españoles, pero especialmente a los grupos antes aludidos y citados.

(«La Patria Libre», nº 3, 2 - Marzo - 1935)

El nacional-sindicalismo jonsista lucha contra la reacción y contra el marxismo

Contra la reacción, porque impide que el concurso popular salve a la Patria. Contra el marxismo, porque es antinacional y traiciona los intereses verdaderos de todo el pueblo

¿Las derechas a la vista?

Nosotros sabemos bien cuáles son las posibilidades de toda política que tiene que ser caracterizada con apelación a las masas. La derecha, la izquierda y, entre una y otra, el centro. Todo eso es inane. Denominaciones con vistas al toma y daca parlamentario, al tira y afloja demoliberal, y que causan verdadero asco a las juventudes y a las gentes de nuestros días.

* * *

Es evidente que nosotros, los jonsistas, somos «nacionales», es decir, estamos dentro de una línea de servicio a la gran Patria española, y que somos «sociales», es decir, estamos dentro de una línea de servicio a los intereses de todo el pueblo. Es, por tanto, amplísimo nuestro radio y estamos desde luego en la mejor de las cuestas para divisar cuanto haya de sincero, positivo y eficaz en las zonas políticas que nos rodean.

Los acontecimientos que se suceden en España van a hacer posible, quizá muy en breve, que pase el Poder a las derechas. Pues sus antagonistas, las izquierdas, están en absoluto, y muy merecidamente, desplazadas de la realidad política.

* * *

A primera vista pudiera parecer que las derechas, por su apelación constante a la exaltación patriótica y a la idea nacional, tenían o tienen con nosotros una ancha franja de coincidencia: las que proporciona un mismo fervor por los destinos nacionales. Y también a primera vista podía parecer que las izquierdas, por su constante apelación a la reivindicación social de las grandes masas, se encontraban asimismo con nosotros en una zona de justicia y de defensa de los intereses de todo el pueblo.

Pero hemos vivido recientemente una etapa de gobierno de izquierdas, e incluso bajo su signo fueron elaboradas las instituciones todas que hoy rigen. En ese período hemos comprobado nosotros, y con nosotros las anchas zonas populares que trabajan y sufren, que el predominio izquierdista no equivale a preocupación honda, sincera y eficaz por las angustias sociales de todo el pueblo.

Ahora apunta la posibilidad de una etapa, de un período, en el que las derechas van quizá a tomar las riendas del mando. Sospechamos que así como las izquierdas no fueron una garantía para las reivindicaciones populares más justas, ahora las derechas no lo sean tampoco para las reivindicaciones «nacionales» urgentísimas que hoy asoman su rostro en el panorama de la Patria.

Y es que dentro de poco las derechas, como antes las izquierdas, llegarán al Gobierno por votación normal de las desesperanzas populares. Como simples sustitutos, como gentes cuyo mérito más firme es haber señalado la decrepitud y degeneración de los otros.

Siempre «lo nacional» es base más segura que las cómodas y fáciles demagogias de los agitadores de izquierda. Teniendo eso en cuenta, cabe esperar de una etapa de las derechas algo si no muy eficaz y positivo, si por lo menos un poco más aceptable que el espectáculo voraz y depresivo de las izquierdas.

* * *

Repetimos que todo el pueblo se ha convencido de la pura ficción y del puro engaño que eran las preocupaciones sociales de las izquierdas. Y ahora, a la vista de la formación patriótica

deficientísima de ciertas zonas de las derechas, por ejemplo, la C.E.D.A., no es para estar muy seguro de que lo «nacional» alcance rango primerísimo en la posible etapa derechista.

Los jonsistas estaremos alerta. Vigilantes desde nuestra posición nacionalsindicalista, que nos obliga a no tolerar que se edifique por las derechas una situación «nacional» sin acordarse del pueblo, ni tampoco, como ya ocurrió, que el desenfreno de las izquierdas instale un tinglado social a extramuros del servicio a la Patria, que es y debe ser para nosotros el servicio más alto.

* * *

La defensa de la Patria y la defensa del pueblo son para nosotros inseparables. No hay fortaleza de nuestra Patria española si no hay a la vez sangre robusta en las venas de todo el pueblo. Y viceversa.

Somos los jonsistas la integración más justa, de esas dos formidables banderas. Es nuestra razón de ser, la primera y fundamental, y a base de ella no caben concesiones. Vamos a desenmascarar a las llamadas izquierdas, y al frente de ellas al marxismo, y vamos también a arrebatar de manos de las derechas la bandera nacional, reivindicando para todo el pueblo el derecho a que sean sus hombros robustísimos quienes sostengan el vivir de nuestra gran Patria española. Y sólo ante la irreparable y la permanente dejación de ese deber por parte de las más anchas capas populares cabría abandonar el campo.

Pero en esa posibilidad triste no puede creer nunca un jonsista. Las J.O.N.S. tienen fe en el pueblo español, creen en su capacidad de salvarse y creen en su vigor, en su patriotismo hondo y en su heroísmo. Si no creyeran todo eso los jonsistas, las J.O.N.S. no existirían. Morirían la muerte misma de la Patria.

(«La Patria Libre», nº 3, 2 - Marzo - 1935)

Vida jonsista. La reorganización del Partido en Cataluña

Nos produce verdadera emoción percibir cómo los grupos jonsistas más antiguos se reorganizan rápida y vigorosamente al calor de nuestra presencia. Es como un reencuentro, como un recobro de la fe y del entusiasmo de los primeros días.

Hoy destacamos aquí los trabajos que en los últimos quince días han realizado los jonsistas de Barcelona para poner de nuevo en pie la organización modelo que antes tenían. A raíz de la tristísima confusión con F.E., esos y otros camaradas se apartaron de las tareas activas del movimiento. Hoy vuelven a ellas y nos escriben dando noticia rápida de los resultados que van logrando. Se distinguen en la reorganización los mismos que en su día fueron los fundadores jonsistas. Los camaradas Cebriano, Poblador, Berenguer, Maluquer, Vegas y varios más igualmente entusiastas y activos.

Quizá fue en Cataluña donde de modo más palpable y notorio se advirtió con más prontitud el radical fracaso del falangismo. En año y medio de actuación, y a pesar de que los varios grupos orientados más o menos al nacional-sindicalismo le abrieron paso, no consiguió la victoria más mínima. No pasó de la categoría de «peña», de tertulia, y su propaganda en influjo en la vida política de Cataluña fue nula en absoluto.

Bien provistos de esa y de otras experiencias están hoy sin duda los camaradas que inician la reorganización jonsista en Barcelona. El momento es allí magnífico. Los catalanes de limpia estirpe española y todos los españoles no catalanes allí residentes esperan de seguro que surja una bandera amplia y justa donde enrolarse con entusiasmo. Esa bandera no puede ser otra que la de las yugadas flechas nacional-sindicalistas, la nuestra, bandera nacional y bandera social. Bandera de la Patria y del pueblo.

Las J.O.N.S. dedicarán la máxima atención a Cataluña y a su organización en ella. Es un deber. Mientras más difícil, más obligado. Y que cumpliremos como españoles en esta hora propicia que nos sale al paso.

Para ello no hay sino proseguir las tareas iniciadas allí por los camaradas ya citados. La unidad de España -nuestro primer signo- ha de ser unidad nacional y unidad social. Y sólo nosotros conjugaremos con éxito ambos designios.

(«La Patria Libre», nº 3, 2 - Marzo - 1935)

En presencia de la ruindad

En nuestro primer número expusimos el deseo de dar por terminado el tema de la ruptura con los dirigentes falangistas. No nos es posible. Y lo sentimos. Tenemos hoy que volver brevemente sobre el tema y denunciar a todos los camaradas el tipo ruin y miserable de pelea que nos ofrecen los tales elementos. Pretenden, al parecer, no dejarnos un día tranquilos, y desde luego acabar con LA PATRIA LIBRE y con las J.O.N.S. Claro que si no han tenido todavía éxito en nada, menos lo van a tener en su pugna con nosotros. De eso estamos seguros.

Pero no creemos ocioso decir públicamente a los camaradas jonsistas, y hasta los elementos sinceros y limpios de F.E... que Primo y su camarilla apelan a todo para perturbar nuestro camino nacional-sindicalista. Con su habilidad -nunca negada por nosotros- de rábula, nos han liado en varios procesos, demostrando una mala fe y una ruindad insuperables.

Y no hay día en que alguno de los dirigentes de las J.O.N.S. no sea provocado en la calle por alguno de los diez o doce rufianes asalariados de que dispone. Eso es suficiente para juzgarlo. No tiene ni el natural y obligado gesto de arreglar personalmente sus conflictos, que a él, y sólo a él, le afectan, puesto que con él, y sólo con él, han declarado públicamente su incompatibilidad política los jefes de las J.O.N.S.

Una vez más recomendamos a todos los camaradas que tengan calma frente a esas provocaciones. Que las afronten con serenidad y sólo las contesten cuando rebasen el límite de la dignidad humana.

(«La Patria Libre», nº 3, 2 - Marzo - 1935)

El hambre y la mendicidad

En algunos periódicos se ha intensificado estos días la campaña contra la mendicidad callejera. Nosotros no defenderemos nunca a la mendicidad profesional. Pero hacemos constar que es insignificante en relación con la espontánea, es decir, la que se hace no por vagancia, sino por verdadera y terrible necesidad. Mientras los españoles no tengamos garantizada «por lo menos» la subsistencia en su sentido más estricto (el comer), bien por un amplio plan de obras públicas que absorba a todos los trabajadores en paro forzoso, bien por un seguro de paro, ya por instituciones de socorro como comedores y refugios suficientes, no se podrá suprimir, en justicia, la mendicidad, porque será cerrar hasta la última salida al necesitado, al parado forzoso; será empujarle al suicidio o condenarle a una muerte terrible por hambre y por frío. Mientras esto pueda pasar, la mendicidad

debe ser permitida, aunque la visión atosigante y continua de la miseria desazone a los selectos y altere a las histéricas.

(«La Patria Libre», nº 3, 2 - Marzo - 1935)

La actitud de los antiguos camaradas

Publicamos a continuación la carta de un antiguo jonsista. Una más, entre las muchísimas de análogo tono que recibimos. Que sirva de ejemplo para los que especulan con la mentira. Estamos todos los que debemos estar, y con más afanes de victoria que nunca. Jamás entregaremos la fortaleza. Las J.O.N.S. están recobradas y en su sitio. Nadie lo dude.

(«La Patria Libre», nº 3, 2 de marzo de 1935, pág. 3. Entradilla)

Contra la hipocresía española. Estilo de pistolero

Copiamos de "Informaciones" el siguiente artículo de Giménez Caballero. Léanlo con atención nuestros camaradas jonsistas y advertirán cómo la pluma magnífica de Giménez Caballero coincide con nosotros en el retrato exactísimo que hace de la mermelada primorriverista. Retrato a base de alusiones maestras, de pinceladas rotundas. Léanlo, repetimos, todos los jonsistas, pues en este artículo aparecen confirmados nuestros juicios. Es decir, que, como Giménez Caballero escribe, Primo están fuera de lo español, rebosa hipocresía y vaciedad, es hombre falso, y actúa con tapujos y con policía mercenaria, etc. Pues no son menos exactas las frases donde aparece ese otro almidonado personaje falangista, Montes. Ved eso de no aparecer por la iglesia, y sin embargo canta a diario su catolicismo en los periódicos, eso de... etc., etc.

Cada día tenemos que esforzarnos menos en razonar nuestra ruptura con tales elementos. Se razona por sí sola, descorriendo la cortina y proyectando tal cual son ante la lista atónita de los camaradas.

(«La Patria Libre», nº 3, 2 de marzo de 1935, pág. 4. Entradilla)

NUMERO 4. 9 Marzo 1935.

Los jonsistas estamos incondicionalmente al servicio de España

Pero ponemos condiciones a los patriotas: hay que sacrificarse para hacer de España una Patria socialmente justa

La Patria española, garantía de Imperio y de Justicia

No tenemos noticia alguna de que antes que nosotros haya existido en España una bandera de carácter a la vez nacionalista y sindicalista, es decir, una actitud simultánea de patriotismo y de hondísima preocupación por la situación angustiosa de las grandes masas populares.

Abrimos, pues, vereda. Somos forjadores de nuestra propia bandera, y en este sentido nos vemos con frecuencia obligados a precisar y aclarar el alcance de nuestra misión.

Nuestro nacionalismo arranca de la convicción firme de que España, nuestra Patria, es un ser vivo en la Historia, a cuyo servicio estamos, y que constituye la justificación más alta de nuestra presencia misma como hombres. El ser españoles es para nosotros la primera realidad con que nos encontramos. Estamos incluso convencidos de que si no somos y sabemos ser plenamente españoles no alcanzaremos siquiera la categoría plena de hombres.

Siendo nacionalistas, sintiéndonos enraizados del modo más profundo a la existencia de España, se comprende que el servicio a la Patria, la tarea de contribuir a su máxima robustez y libertad, constituye para el nacional-sindicalismo jonsista el primero de sus dogmas.

Sabemos que España, su expresión, su cultura, su riqueza, su presente y su porvenir son cosas en riesgo, es decir, cosas sobre las que gravitan posibles dentelladas enemigas. Están muy a la vista los resultados de las pugnas antiguas en las que España fue unas veces victoriosa y otras vencida. Son innegables las perspectivas de derrota que hoy se nos ofrecen y se comprenderá cómo es lógica y obligada la actitud de estar en la trinchera nacional, en gesto primitivo de defensa. Servimos a España, defendemos a España de sus enemigos evidentes, y es ahí donde radica la expresión nacionalista de las J. O. N. S.

* * *

Esa posible ruptura de la unidad española -que es, y no nos cansaremos de decirlo, la primera unidad nacional propiamente moderna que se constituyó en Europa- justificaría por sí solo el proponerse como nosotros iniciar en España una política tenaz y rabiosamente ligada a la expresión nacional.

Y claro que nuestra actitud no puede ser sólo defensiva de lo nacional. Hemos nacido españoles y lo somos. Ya dijimos antes qué quiere decir esto para nosotros. Que mientras más plenamente lo seamos, es decir, mientras nuestra Patria sea más justa, más fuerte y más libre, alcanzaremos nosotros, los españoles, un mayor relieve, incluso humano. Seremos asimismo más dignos, más fuertes, más libres, y dispondremos también de más riqueza.

* * *

Sólo podremos salvarnos los españoles, es decir, sólo podremos tener qué comer y qué amar y qué soñar disponiendo de una gran Patria, salvándose, pues, España.

Ahora bien, esto que quizá sea y pueda ser admitido por la generalidad de los patriotas no es para nosotros lo único ni lo suficiente. Hay en nosotros junto a la preocupación nacional la preocupación social. Junto a España, los españoles. Y no a modo de dos cosas localizables y distintas a los efectos de nuestra doctrina política, sino ensambladas y fusionadas en un mismo ser. Pues eso es el nacionalsindicalismo. No a un lado un nacionalismo para la Patria y a otro un sindicalismo para el pueblo, sino un nacional-sindicalismo para el pueblo español y la Patria española juntos.

Puede ocurrir, sí, distinguir en una jerarquía de servicios cómo en efecto la Patria es lo primero y antes su interés nacional que el de cualquier sector o grupo. Pero cuando hablamos del pueblo nos referimos a TODO el pueblo, a su resultante histórica, a su aliento preponderante y profundo, que no

tiene nada que ver con los episodios callejeros de tal o cual jornada. La representación de lo que llamamos TODO el pueblo es lo que buscan y reclaman para sí las J.O.N.S.

* * *

No hay Patria española grande, no hay ni habrá Imperio, si no es a la vez garantía firme de justicia social para las grandes masas laboriosas. Cualquier actitud «nacional» que lo sea a secas y encomiende a grupos oligárquicos tradicionales la tarea de sostener la grandeza y el rango de la Patria, la declaramos falsamente patriótica, y desde luego extraña a nosotros.

Si se está en el servicio nacional, si se adopta una posición patriótica al servicio de España, ha de saberse que nosotros sólo la consideramos verdadera y auténtica si se basa y se funda en una idea de sacrificio.

* * *

Quien no se sacrifica de alguna manera no es ni puede ser nacionalista ni patriota. Quien no acepta la idea de justicia para las masas populares y se opone a que la Patria busque para sostenerse los hombros de TODO el pueblo no es ni puede ser patriota.

* * *

Entendemos así la idea nacional, que para nosotros se convierte también desde el primer minuto en idea social, en actitud nacional-sindicalista. Nuestra batalla jonsista une los dos frentes. Luchamos por España y por los españoles. Por la Patria y por el pueblo.

(«La Patria Libre», nº 4, 9 - Marzo - 1935)

Los fascismos de exportación

Siempre las J.O.N.S. han visto con recelo que se las incluyese y confundiese con esas organizaciones de aficionados que brotaron en el mundo a raíz del triunfo fascista en Italia y de la victoria nazi en Alemania.

Hay ya en varios países eso que podemos denominar exactamente fascismos de exportación. Es decir, grupos sin dimensión profunda, artificiosos, que importan el fenómeno fascista como quien importa un género de moda cualesquiera. A nadie se le ocurrirá adscribir a esos movimientos ninguna clase de reivindicación nacional profunda ni encomendarle tareas que no sean las de un puro mimetismo grotesco.

No tiene en realidad nada que ver con el hecho que pretenden imitar. Quedan localizados sus afanes a una pequeña vanidad del caudillejo de turno y a un poco de pintoresca exhibición en los países donde surgen. Nada más. Y así realmente tenía que suceder. Bien decía Mussolini que el fascismo no es materia exportable; aunque luego haya silenciado su juicio porque convienen mucho a Italia esos grupos internacionales de adoradores.

* * *

Quede bien claro que las J.O.N.S. no esperan nada de esos juegos, y que se declaran en absoluto ajenas a propósitos de esa índole. Quizá el período triste de su confusión con Falange Española -cuyas consecuencias padeceremos todavía algún tiempo- nos han hecho comprender mejor que otros esa inanidad radical de los fascismos de imitación.

Pero no es sólo la experiencia de aquí. Hay también la de otros países, la de Inglaterra, por ejemplo. Allí está Mosley con sus camisas, su partido fascista y sus sueños mussolinescos, como aquí Primo, con otro equipo de igual naturaleza.

Si examinamos con alguna atención las características de estos fascismos imitativos, veremos que coinciden en sus rasgos fundamentales.

l.° Tienen un caudillo, un Duce, aristócrata, millonario, que gasta sus cuartos en organizar el partido. Así, Mosley, el inglés, que es **sir**, multimillonario y extravagante. Así Primo, el español, que es marqués de Estella, millonario y extrafino. Así Starhemberg, el austriaco, que es príncipe, millonario y todo lo demás.

2.° Todos ellos son movimientos blandos, pastosos, algodonosos, de buenas formas, aspirantes a implantar un llamado Estado corporativo, es decir, carecen en absoluto de la dimensión combativa, del tono y el heroísmo de los fascismos cuya imitación buscan.

3.° Se caracterizan también por su tendencia notoria a desconocer toda angustia popular, pues se incuban en medios sociales de privilegio, y están ligados a todas las formas reaccionarias de la sociedad. Se construyen, por tanto, para ahogar toda clase de conquistas populares, y circunscriben sus afanes a edificar una jerarquía de castas.

* * *

Naturalmente, las J.O.N.S. tienen que ver en todas esas experiencias algo que le es totalmente extraño, incluso enemigo. El nacional-sindicalismo jonsista es todo lo contrario de eso. Es un movimiento surgido tras la angustia española, que busca el calor popular, que esgrime la bandera nacional de España sin necesidad alguna de apelaciones a otras patrias de otros, que es en resumen sincero y auténtico, imprescindible y necesario.

(«La Patria Libre», nº 4, 9 - Marzo - 1935)

En presencia de la ruindad

Lamentamos mucho tener siempre que utilizar esta palabra de *ruindad* para referirnos a la actitud de los dirigentes falangistas respecto a nosotros. Su proceder es en efecto rufianesco. Todas las semanas movilizan a sus afiliados para impedir la difusión de LA PATRIA LIBRE en las calles. Recibimos numerosas quejas de esos mismos afiliados falangistas, que nos expresan su repugnancia a cumplimentar esas órdenes, consideradas noblemente por ellos como ruínes. Y véase cómo su reiteración va a resultar nuestra mejor propaganda en sus propias filas. Porque, repetimos, aquellos camaradas terminan fatalmente reaccionando a favor de las J.O.N.S. y estarán casi todos con nosotros muy en breve.

He ahí la razón por la que no contestamos sus provocaciones, actitud que ellos de seguro y cretinamente toman por cobardía. Hay otra razón también: no queremos luchar sino en último extremo contra los afiliados falangistas que de buena fe y engañados por la ruindad de sus dirigentes nos provocan.

Pero sepan que la circulación y difusión de LA PATRIA LIBRE, órgano de las J.O.N.S., están aseguradas.

(«La Patria Libre», nº 4, 9 - Marzo - 1935)

Los Bancos españoles. Las J. O. N. S. siguen su campaña contra el capital parasitario.

Pedimos que se movilice en beneficio de los industriales modestos, del progreso económico de España y en beneficio de todo el pueblo

Las economías privadas más modestas están a la intemperie

España está clamando una intervención radical cerca de los poderes económicos.

Los partidos republicanos democráticos que unían a su ideología antinacional una enorme incapacidad socialeconómica -como el radical-socialista y sus adyacentes- no fueron capaces de desarrollar una política económica independiente de la política marxista y por ello ejecutaron su total suicidio, ya que perdieron la posibilidad de una base real de sustentación en la masa de los españoles de patrimonio modesto, en las filas de los pequeños industriales y labradores, que asistieron atónitos al espectáculo de ver cómo aquellos partidos llamados a defenderlos no oponían la menor resistencia a la política marxista, que aquí, como en todas partes, equivale a entregar las modestas fortunas y los pequeños negocios a la voracidad y a la rapacidad del parasitismo bancario. Claro que desde el punto de vista nacional esa incapacidad hay que agradecérsela a los partidos radical-socialistas españoles, pues en otro caso quizá hubieran logrado un predominio similar a sus congéneres los franceses. Preferimos la ruina de los españoles a la ruina de la Patria. Esos partidos ya pagaron con la muerte su mentecatez, fueron barridos por el pueblo en la primera ocasión electoral, pero las consecuencias de su incuria están ahí, y hay que desenmascararlos como enseñanza para el futuro.

Nosotros sostenemos que es preciso y urgente organizar la economía española de acuerdo con los intereses de todo el pueblo, y por eso denunciamos la anomalía bancaria, la perturbación que supone para todos los españoles que trabajan y luchan en torno a pequeños negocios, para todos los trabajadores manuales y todos los labradores el hecho de que los Bancos vivan al margen de su deber, absorbiendo capitales, reteniéndolos en forma de valores y abandonando casi en absoluto la movilización financiera para las industrias y hasta la elemental operación del descuento de letras.

Así acontece que se encuentran totalmente a la intemperie economías privadas más necesitadas de protección, siquiera una protección tan modesta como la de que exista un régimen racional y justo en el funcionamiento de los grandes Bancos. No hay posibilidad de desarrollo industrial sin base financiera ni posibilidad de vida para el comercio en un país donde los Bancos hacen ascos al descuento de letras.

Parece que quienes andamos en la empresa de hacer de España una gran Patria debemos desentrañar el secreto de esa terrible anomalía.

Y hoy vamos a descorrer levemente la cortina que impide a los españoles conocer el verdadero panorama de nuestros Bancos.

Los Bancos españoles no cumplen su función más necesaria: ayudar al comercio y favorecer las industrias

El panorama de la Banca española ofrece tales anomalías y son éstas causa tan directa de las perturbaciones socialeconómicas de nuestra Patria que cumplimos un deber desenmascarando sus lacras. En ello vamos a coincidir con un bosquejo inteligente que sobre este mismo tema ha publicado Ramos Oliveira, demostrando así que nosotros, nacionalsindicalistas, es decir, enemigos declarados del marxismo, no nos avergonzamos cuando ello ocurre de señalar alguna que otra coincidencia de índole social con los marxistas. Claro que el trabajo de Ramos Oliveira, a que nos referimos, pertenece ya a una especie de rectificación de las bases socialistas clásicas y busca y pretende interesar a las clases medias y pequeño burguesas. Por su sentido antinacional siempre consideraremos a los marxistas unos verdaderos traidores, y en este número ofrecemos una muestra de ello, por su aspecto social puede haber, aunque sea leve y estrecha, una zona coincidente con alguno de sus publicistas. Tal es, por ejemplo, la crítica bancaria a que nos referimos, que cae de lleno en nuestro campo.

* * *

Es sabido que el papel normal que corresponde a los Bancos consiste en hacer acopio de capitales, procedentes del ahorro, de las ganancias o de las fortunas privadas, y devolver esos capitales como medios financieros a los capitalistas que los dedican a la explotación industrial. Si examinamos el funcionamiento de la generalidad de los Bancos españoles y el destino que imprimen a los recursos financieros de que disponen, advertiremos inmediatamente cómo la definición anterior

es por completo inválida, es decir, que los Bancos españoles escatiman la utilización industrial de sus capitales, impidiendo todo posible desarrollo de la economía nacional e incrementando el paro forzoso de los trabajadores.

Acontece, pues, que los Bancos no realizan su estricta finalidad, es decir, no ayudan a la industria, no aplican sus enormes disponibilidades monetarias a la creación de riqueza nueva y por último no facilitan siquiera la vida comercial española con esa elemental misión bancaria que es el descuento de letras.

Abandonada en general por los Bancos, como decimos, su misión verdadera, caen de lleno sus funciones en el simple manejo de valores y en la tarea usuraria. Adviértase a este efecto el tipo oficial de descuento que rige en nuestra Banca. Es quizá el más alto del mundo, ofreciendo así el espectáculo paradójico de que en un país como España, donde hay abundancia de capitales parados, sea el dinero más caro que en ningún otro. El tipo de descuento es hoy del 5,50 por 100. Y hace sólo dos meses era del 6 por 100. No hay vida para la pequeña industria ni vida comercial posible con esa carestía del dinero, que es una plancha usuraria que agarrota las actividades económicas del país.

Añádase a esta carestía del dinero la realidad de que ni aun así hay movilización financiera a disposición de los pequeños industriales y comerciantes. Ningún Banco concede dinero a largo plazo y el descuento de letras, que sería el medio de proveer al comercio de recursos dinerarios, es como antes dijimos la operación para la que tienen más ascos los banqueros.

Los Bancos, en cambio, invierten sus voluminosos recursos en la compra de valores, convirtiéndose así de hecho en simples rentistas. Se da el caso de que uno de los Bancos más ligados a la vida económica de los industriales modestos invierte en la compra de valores el 56 por 100 de sus fondos, cuando ningún Banco europeo normal, es decir, dedicado a las tareas propiamente bancarias en un régimen capitalista, invierte más del 15 por 100 en ese mismo capítulo.

Quizá sea sólo un sector bien fácilmente localizable de la Banca bilbaína quien en el panorama tristísimo de la Banca española tiene en su haber una contribución valiosa al progreso industrial de España. Son, desde luego, Bancos ligados a la gran industria, y para los efectos de nuestra crítica, que destaca el desamparo en que los Bancos dejan a los pequeños industriales, no desdicen los juicios anteriores.

* * *

Consideramos urgente llevar al ánimo de todos los españoles, principalmente a las clases medias y a los obreros, la gran verdad de que el deficientísimo y monstruoso funcionamiento de nuestros Bancos es una de las causas más directas de su ruina.

Eso son hoy los Bancos.

El marxismo y los Bancos

Ya dijimos cómo el marxismo mundial favorece el que los grandes Bancos opriman y arruinen los pequeños patrimonios y cómo ayuda a los grandes poderes financieros a quebrar la línea de resistencia que le oponen los pequeños industriales y labradores. También en España, por experiencia cercana, conocemos ese servicio que el marxismo hace, consciente o inconscientemente, a la piratería bancaria. Dos años de predominio socialista no han tenido sino esa consecuencia: robustecer las posiciones de los grandes capitalistas en detrimento de la economía popular.

Esa política marxista les ha llevado en todo el mundo a formidables y merecidísimas catástrofes. Parece que se proponían acelerar el proceso -falsamente previsto por Marx- de descomposición del régimen de propiedad privada, ayudando a la rapacidad financiera a adueñarse de las economías medias para así proletarizar estas clases y desencadenar luego la dictadura proletaria contra aquellos mismos poderes que hubieran contribuido a forjar los socialistas.

Por fortuna, esa política ha fracasado rotundamente. Lo proclaman así no sólo las derrotas sufridas en Italia, Alemania, Austria y España, sino el hecho de que haya aparecido en el mundo una bandera nueva. La bandera fascista, que sustituye al marxismo en la adhesión de los sectores populares.

* * *

Hoy los marxistas, conscientes de su error y del calamitoso porvenir que les espera a sus residuos, quieren rectificar sus posiciones, tratando de incorporar los afanes sociales no ya sólo de los asalariados, sino también de las clases medias. Para ello se fijan, como nosotros, en el espectáculo que ofrece el capital financiero e inician una sombra de campañas para unir contra él a los obreros y a las clases medias en un mismo frente.

Hay que apresurarse a denunciar su artero propósito. Con ello los marxistas sólo pretenden arrebatar a la pequeña burguesía oprimida para sus cuarteles de clase, impidiéndola que levante una bandera eficaz, incluso para las propias clientelas marxistas.

No hay, pues, que conceder a los socialistas el más ligero crédito cuando pretendan presentarse como los liberadores, no ya de la clase obrera, sino de toda la población de pequeños industriales, funcionarios y labradores. No se olvide cómo ellos son en gran parte los responsables de la actual tiranía bancaria y cómo su política siempre ha beneficiado a la piratería internacional contra los intereses específicos de las modestas economías privadas.

(«La Patria Libre», nº 4, 9 - Marzo - 1935)

¡Hasta dónde llegan los intelectuales traidores que acampan en el marxismo!

Aunque parezca mentira, aunque resulte increíble, la revista marxista *Leviatán,* que dirige Araquistain, se sigue publicando sin interrupción, y no ha conocido trastorno editorial, a pesar de la revolución de octubre.

Pues bien, en su número de febrero, recién aparecido, se publican unos editoriales a propósito de Roberto Levillier y de sus conferencias, sobre la colonización de España en América, que producen una indignación irresistible en cualquier español de medianísima sensibilidad nacional.

Sólo un cerdo marxista puede escribir contra la obra de los conquistadores y colonizadores españoles de la forma que lo hace el editorialista de *Leviatán.* Sólo un traidor y un intelectual, repugnantemente envenenado de odio contra su propia Patria, puede emitir los juicios que allí se hacen, y con palabras españolas, en lenguaje español, redactar esa sarta de insidias sobre lo mejor y más invulnerable de nuestra Historia nacional.

Escribe el repulsivo editorialista que es justa y verdadera la leyenda negra que forjaron contra España las aviesas plumas de los enemigos, al fin y al cabo extranjeros, y, desde luego, añadimos nosotros, labor menos indigna que la de los supuestos hijos de españoles que la corean y aplauden.

Viene a escribirse en *Leviatán* que la mayor desgracia de América fue haber sido descubierta y colonizada por España, y que ello ha supuesto para la América hispana la peor de las desdichas. Y como no puede negar, porque está a la vista, la magnificencia y perfección de la legislación española de Indias, dice que «rara vez se cumplía».

En su venenosa posición antiespañola, escribe que cuando España colonizó a América era nuestra Patria «el país más feudal de Europa», cuando saben ya los alumnos de primer año de Bachillerato que el feudalismo no llegó nunca a tener en España, como régimen social, ni la centésima parte de arraigo que en los países propiamente feudales de Europa.

Hasta ignorantes son estos hediondos traidores, y hasta a la mentira apelan para enjuiciar y negar la obra de su propio país.

Dense prisa, dense prisa a eyacular su mercancía, porque pueden aproximarse horas en que se limpie rotundamente nuestro suelo de seres tan desaprensivos, inmorales y traidores.

(«La Patria Libre», nº 4, 9 - Marzo - 1935)

Una conferencia en el Círculo Mercantil

Gil Robles sostuvo su decisión de mantenerse en la órbita de las instituciones liberal-parlamentarias y de renunciar totalmente a la empresa de crear un Estado nuevo

¿Qué dicen de ello los pretendidos y pretenciosos jóvenes de la J. A. P.?

Oímos hace varios días a Gil Robles en la tribuna del Círculo de la Unión Mercantil. Comprendemos su actual situación de hombre que no puede echar a volar palabras irresponsables. Claro que ello no puede importarnos para nuestros juicios, porque él mismo, muy voluntariamente y a su gusto, se ha forjado su papel político, que consiste en colaborar con el Gobierno Lerroux y ser un candidato a la jefatura de un Gobierno, dentro naturalmente de las actuales instituciones.

Creemos, por tanto, que no ha sido con ocasión de esta conferencia cuando se le puede atribuir una renuncia o abandono de la supuesta tarea de hacer de España «lo que a él le parezca», como hinchada y desorbitadamente dijo en cierta ocasión *ABC,* sino que desde el momento mismo en que inició su colaboración en situación de inferioridad con los radicales dejó vacío el puesto de aspirante a todo aquello y pasó a ocupar los más cómodos sillones de un partido parlamentario más.

El público que oyó a Gil Robles, formado de una parte por sus incondicionales cedistas y de otra por ese sector de industriales y comerciantes madrileños de pocas complicaciones políticas y afanosos de «cierto orden y buen gobierno», acogió, desde luego, con notorio agrado las declaraciones gilrroblistas en que éste renunciaba a la mano de doña Leonor.

Gil Robles expresó su opinión de que el régimen liberal-parlamentario no necesita sustitución urgente, sino más bien algunas «sanas y razonables modificaciones».

Gil Robles anunció que la salvación de España es muy posible dentro de los actuales moldes constitucionales, ya que además en breve será asimismo objeto la Constitución de modificaciones «razonables y sanas».

Gil Robles se revolvió contra quienes apetecen para España una disciplina única, creyendo mucho más ventajosa, mucho más «sana y razonable» una situación de partidos, de grupos y de zalagardas.

Todo esto nos parece normal y, desde luego, creemos que demuestra Gil Robles talento sumo adecuando sus empresas a lo que realmente él y sus masas pueden llevar a cabo. La C.E.D.A. es el partido liberal conservador de la República. El partido de las clases burguesas, con un poco de catolicismo, un poco de patriotismo y mucha tranquilidad. Claro que con las enseñanzas de todos los sucesos últimos desde abril, y, por tanto, buscando y pretendiendo la adhesión popular, en cuyas zonas más candorosas e inconscientes no creemos deje de tener cierto éxito.

Ahora bien, dentro de esa fenomenología normal a que adscribimos los trabajos de Gil Robles, que desempeñará, sin duda, con talento un Gobierno de rotación parlamentaria cualquiera, surgen esos grupos de J.A.P., de *japoneses* como les llaman por ahí, que a pesar de la elocuencia y claridad con que Gil Robles se pronuncia de acuerdo con lo que antes hemos dicho, siguen confiriendo a este hombre no sabemos qué misiones cesáreas e imperiales. No comprendemos qué género de candidez o ensueño circunda a esos jóvenes, y hasta a los propagandistas social-católicos del truncado Frente del Trabajo, para referirse a cada paso con gran arrobo al JEFE, y endosarle toda clase de atributos y empresas, con milicias, saludos y totalitarismos retumbantes.

Y eso lo hacen los japoneses, aunque parezca mentira, sin miedo a la herejía estatólatra y demás monsergas que lanzan a la cara de los fascistas, gente para ellos demoniaca y de condenación segura.

(«La Patria Libre», nº 4, 9 - Marzo - 1935)

La farsa partidista

Pensar que algunos creen que los partidos políticos son algo necesario, útil y arraigado en el pueblo, nos parece cosa imposible.

Pocas cosas habrá tan desacreditadas ante el pueblo como los partidos políticos. Las gentes, conscientes de sus deberes ciudadanos, suelen votar en masa... y, sin embargo, la mayoría está sin encuadrar en las filas de los partidos. Es más, se da el espectáculo diario de ver a la mayoría del pueblo asistir como espectador a las maniobras de los partidos políticos y sus jefes con la indiferencia o curiosidad del que es ajeno completamente a la farsa.

Ahora no deja de llamarnos la atención cómo en período preelectoral los partidos que habíanse combatido con fiereza y saña se cortejan, se sonríen, disculpan y buscan afanosamente puntos de coincidencia poniendo abundante vaselina en sus relaciones. Muy bien. Unión de derechas y unión de izquierdas. ¿Qué es lo que se pretende? En definitiva, disfrazar los partidos, envolverlos bien, para que el pueblo no sienta las náuseas de tener que votar a un partido en su desnudez. Para que el pueblo al votar se haga ilusiones de que no vota a partidos de los que ya está harto.

Y los partidos, todos juntitos, formando una bola pasan por la prueba electoral. Y una vez seguros tantos o cuantos diputados... inmediatamente a dividirse, vuelta a la vida partidista... ¡Es tan delicioso discutir, tener ministros, producir crisis! ¡Ah! y en seguida a aclamar: «Los partidos políticos son necesarios porque el pueblo los exige y porque sin ellos no puede vivir.»

(«La Patria Libre», nº 4, 9 - Marzo - 1935)

Castilla

Todos miramos con fe al pueblo castellano. Todos creemos que de la vieja Castilla ha de venir la salvación DEFINITIVA, el resurgimiento total de España.

Pero no se vaya Castilla a dormir arrullada por los elogios de los que en ella confían y la cantan continuamente. Que si de su entraña no sale de que *forzosamente* nos coloque en pleno triunfo y en plena vigencia nuestros valores.

(«La Patria Libre», nº 4, 9 de marzo de 1935, pág. 2)

J.O.N.S. de Madrid

La Junta Local a todos los camaradas Jonsistas

Camaradas: Habéis dado una magnífica prueba de fe jonsista al cumplir con exceso nuestra consigna de febrero.

¡Ni una sola sanción hemos tenido que aplicar! ¡Ciento treinta y ocho grupos constituidos en un mes escaso!

Ha sido un triunfo claro, concreto y conseguido en las más desfavorables circunstancias... ¡Camaradas! Que no se apague vuestro entusiasmo; seguid trabajando como hasta ahora y cumplid la

CONSIGNA DEL MES DE MARZO ¡¡SOLIDARIDAD!!

No basta con pertenecer a los grupos jonsistas. Es preciso además que exista entre nosotros una solidaridad a toda prueba. ¡Que cada camarada sienta en su propio corazón el dolor de los demás y procure remediarlo en la medida de sus posibles!

Únicamente así demostraremos a los humildes, a los desgraciados, a los perseguidos (¡Españoles todos!) que el nacional-sindicalismo no es una falacia más, sino una austera profesión de fe, un afán insuperable de redención, de justicia, de noble patriotismo...!

Por tanto procede:

Primero. Cada camarada que cuente con la posibilidad de proporcionar auxilios (ropas, artículos alimenticios, etcétera), deberá ofrecerlos a nuestro Comité femenino, que se ocupará de repartirlo entre los camaradas necesitados.

Segundo. Los camaradas que conozcan la existencia de alguna vacante de trabajo, de cualquier clase que sea, deberán ponerlo en conocimiento de la Junta Local hasta que quede organizada la sección correspondiente.

Tercero. La Junta Local precisa conocer todos los casos de injusticias o arbitrariedades, de cualquier índole, que se cometan con nuestros camaradas, así como las amenazas o castigos que les sean impuestos por organizaciones rivales, para proceder en consecuencia.

Cuarto. Todos los camaradas deberán estar siempre dispuestos a prestar su ayuda incondicional a quien estuviere en trance de necesitarlo. ¡Ningún camarada nuestro podrá ser abandonado por la organización!

Una vez más queremos hacer presente nuestro deseo de desarrollarnos dentro de la máxima cordialidad. Jamás deberá surgir de un jonsista la menor provocación contra nadie. Ahora bien; defenderemos nuestro derecho con coraje y seremos inflexibles con quienes se atraviesen en nuestro camino.

La Junta Local de Madrid. Marzo de 1935

(«La Patria Libre», nº 4, 9 de marzo de 1935, pág. 2]

Apólogo. El mendigo y las moscas

El periódico madrileño "El Sol", viejo reducto de una época ya agostada, y entre cuyas más preclaras ilusiones se contaba la de gobernar a los pueblos por los turnos democráticos, realiza de cuando en cuando, campañas contra la pobretería del medio ambiente español. Estamos conformes con mucho de lo que en ellas se dice. Pero, desde luego, disentimos en lo fundamental. El abono de turno al poder nos parece una cosa perniciosa para el destino de los pueblos. Por ello, y como apostilla a su campaña mendicante, vamos nosotros a contarle un breve apólogo, justo y certero, y que tal vez le hará meditar.

* * *

Corría el año de gracia de mil quinientos veintisiete, que contemplaba el esplendor de Barbarroja el magnífico. Buda y Belgrado se habían entregado a tan sublime pacha, que no reconocía por superior en el mundo más que a la Sublime Puerta otomana. Los dominios de ésta, y su poder, amenazaban a Roma y a la cristiandad.

Mas la vida es pródiga en paradojas. A la vez que el Sultán mahometano era tan rico, que no podía serlo más, en los confines de su Imperio un hombre se moría de pobreza y abandono.

Estaba tumbado a la orilla del camino, que más bien deberíamos llamar huella, recostado contra el tronco de una higuera, imposibilitado de levantarse o moverse. Su aspecto era tan repulsivo que no inspiraba lástima ni compasión por sus dolores, sino por verlo abandonado de la muerte, que no quería hacerse cargo de tan lúgubre pingajo.

Era un cuerpo purulento, lleno de costras y postillas, escuálido hasta la carencia absoluta de carnes; todo aquello era una enorme llaga, por la cual se paseaba un alma lánguida, que con voz mortecina imploraba de los caminantes piedad.

Salmodiaba en lenta y monorrítmica letanía, la enumeración de sus dolores y desgracias, entre los cuales hacía siempre destacar, el terrible dolor de las moscas que abrevaban en sus llagas.

—Tened compasión y lástima de este miserable pecador comido de las moscas, ayudadme, por Alá —decía.

Todos los caminantes, procuraban conducir el trote borriquero de sus jumentos por la orilla opuesta de la ocupada por tan hedionda humanidad sin negarle por esto, algún otro denario. Hasta que un buen día, acertó a pasar por allí un alma buena, que apiadada de él detuvo su borrico, se apeó y muy solícito, después de besarle y llamarle hermano, comenzó a espantarle las moscas.

Nunca lo hubiera hecho. Como una turbonada de arena levantada por el simoun, irguióse aquel esqueleto viviente y como si sus brazos fuesen ramas de olivo agitadas por el huracán, golpeó al caminante, a la que con voz tonante le decía:

—Imbécil, ¿por qué me espantas las moscas? No te das cuenta, perro, que esas ya estaban hartas. Renegado maldito, ahora vendrán otras más hambrientas que esas y me comerán.

(«La Patria Libre», nº 4, 9 de marzo de 1935, pág. 3)

Notas internacionales. Alemania y el camino de la expansión polaca

Consideramos interesante traducir de la edición berlinesa del "Voelkischer Beobachter" los juicios que hace sobre este tema. No se olvide que se trata de un órgano hitlerista:

(«La Patria Libre», nº 4, 9 de marzo de 1935, pág. 4. Entradilla)

NUMERO 5. 16 Marzo 1935.

El desplazamiento de las masas

Los trabajadores españoles, traicionados por el marxismo, desilusionados de la revolución bolchevique y necesitados de defensa, deben fijar su atención en el Nacional-Sindicalismo Jonsista

Las J.O.N.S. han contraído al nacer un solemne compromiso: el de no hacer nada sin el concurso y la ayuda del pueblo laborioso. Nuestras metas han sido fijadas teniendo siempre en cuenta los intereses de las zonas españolas más extensas, y parece, por tanto, lógico que recabemos su entrada directa en las organizaciones jonsistas.

Nosotros tendemos la vista hacia el panorama social de la Patria, y encontramos en todas partes gentes y núcleos que reclaman con urgencia una bandera intrépida y justa.

Eso nos ocurre contemplando el campo español. La vida agobiante y difícil de todos los labradores, de todos los campesinos.

Nos ocurre asimismo examinando el sector numeroso de los pequeños industriales y comerciantes, que se debaten despedazados por los grandes poderes económicos y el descenso vertical de la capacidad de consumo entre las masas.

Y, por último, el mismo fenómeno, agravado y envenenado hasta el supremo límite por la insurrección marxista de octubre, aparece en todo el ancho y enorme sector social que forman los trabajadores, las grandes masas de asalariados, que han visto derrumbarse sus ilusiones últimas y se encuentran hoy en la desorientación mayor y más trágica.

En una situación así, las J.O.N.S. aspiran a ser esa bandera intrépida y justa a que antes nos hemos referido.

Y por eso decimos a todos los trabajadores:

Hay que tener el valor de una rectificación. Si no queréis que os aplasten los poderes más reaccionarios de la sociedad, debéis someter a revisión las bases de la doctrina antigua y abandonar las tácticas y los dirigentes que han fracasado.

Nosotros sabemos que los trabajadores, todos los asalariados, tienen una batalla común que dar con otros sectores de españoles igualmente numerosos y en situación crítica. Cuando el marxismo dice a los trabajadores que sólo se fijen en batallas de clase, y no consideran como suyas otras conquistas, los engaña y traiciona del modo más miserable.

Los trabajadores tienen que luchar al lado de todos los labradores y campesinos, al lado de todos los modestos industriales, funcionarios, y no para conseguir victorias políticas demoliberales o liberal-burguesas, según predicó falazmente el socialismo en 1931, sino para establecer en España un Estado de justicia; para hacer de España la Patria auténtica de todo el pueblo.

Hay una tarea común: esa de hacer de España la gran Patria histórica que siempre ha sido, la garantía suprema y segura de que no habrá en ella explotaciones sociales ni injusticias.

Y hay también un enemigo común: el que forman los especuladores, acaparadores y prestamistas, que agarrotan las economías y los patrimonios modestos.

Parece que es llegado el momento de que los trabajadores españoles más avisados e inteligentes inicien con vigor la nueva era. ¡¡¡Sobre todo, ruptura decidida y valiente con el marxismo!!! El marxismo español debe quedar definitivamente enterrado en la sepultura de sus propias traiciones, de sus ineptitudes y de sus errores.

El nacional-sindicalismo jonsista es el auténtico guía de las masas desorientadas. Venimos precisamente a ser para los trabajadores la nueva esperanza tras de la desilusión, la tristeza y la derrota. Tenemos también otra característica: la de ser profundos patriotas; la de haber descubierto que la redención de todo el pueblo está ligada a la conquista plena de una Patria fuerte, libre y enérgica.

¡Con nosotros, pues, los trabajadores! A nacionalizar la banca parasitaria; a nacionalizar los transportes; a impedir la acción de la piratería especuladora, y a exterminar a los grandes acaparadores de productos.

El nacional-sindicalismo jonsista unirá, repetimos, en un único frente a todos los labradores, pequeños industriales, funcionarios, y a todos los obreros. Es decir, unificará la acción y la eficacia de todos los españoles que trabajan, sufren y padecen.

(«La Patria Libre», nº 5, 16 - Marzo - 1935)

¿Qué son las Juntas? Problemas de organización

En el número segundo de LA PATRIA LIBRE publicamos una entrevista con el dirigente de las J.O.N.S. Ramiro Ledesma Ramos. Nos expuso este camarada que su preocupación mayor en orden al funcionamiento interno del Partido lo constituía el problema de la creación viva y eficaz de las JUNTAS.

Se trata de dotar al movimiento jonsista de organismos que recojan la vitalidad de sus masas, aprovechando todas sus energías y equipándolo para la gran empresa de conducir y dirigir políticamente a zonas extensas de españoles.

Es sabido que la tarea más delicada y difícil que se presenta a los dirigentes políticos que tratan de movilizar grandes masas es la de resolver las dificultades de organización. No basta esgrimir la verdad ni siquiera propagarla con emoción y talento. Hace falta también, y sobre todo, que sepan hacer cara a esa otra fundamental exigencia que es la necesidad de «organizar» de una manera ágil, disciplinada y eficaz a sus multitudes.

Pues bien, de este orden último es el problema de la organización de las JUNTAS. Sabemos que los camaradas dirigentes trabajan hoy en la elaboración rápida de las instrucciones oficiales que debe tener en cuenta el Partido para dar vida a los nuevos organismos. Se trata en realidad de dar un sentido a la denominación misma de las J.O.N.S., ligándola de un modo profundo al carácter y al espíritu verdaderos del movimiento. Las JUNTAS vendrían a ser entre nosotros organismos de eficacia e importancia similar a la de los Fascios italianos, los Soviets rusos y hasta las tradicionales Hermandades hispanas. Claro que esa alusión la hacemos muy por lo alto, sólo a los efectos de que se comprenda la máxima importancia que las J.O.N.S. van a adscribir y señalar a las JUNTAS.

Oficialmente podemos anunciar que no transcurrirán muchos días sin que la Junta Central Ejecutiva de las J.O.N.S. publique una amplia circular sobre estos extremos, perfilando claramente el carácter de las JUNTAS, localizando su finalidad, precisando su funcionamiento y resolviendo en una palabra todas las dudas y dificultades que puedan presentarse en las secciones locales encargadas de llevar a la práctica la nueva organización.

Adelantamos aquí varias de las ideas que van a presidir la creación y la organización de las JUNTAS, y que nos han sido facilitadas oficiosamente para que se publiquen en LA PATRIA LIBRE.

Primero. Las JUNTAS serán propiamente los órganos de ensanchamiento y crecimiento de las J.O.N.S., es decir, los órganos encargados de acoger a los nuevos afiliados y militantes en su primer contacto con el jonsismo.

Las JUNTAS son el movimiento jonsista de masas, los organismos que encuadran el sector mayoritario y más pasivo políticamente de las J.O.N.S. Pues al lado, y sin que desde luego se oponga a la vida de las JUNTAS, funcionarán secciones especiales más ágilmente ligadas a los mandos y más cercanas a los Comités que constituyan la jerarquía jonsista.

Ahora bien, todos los camaradas pertenecerán a las JUNTAS, desde los dirigentes más destacados hasta los que permanezcan en el puesto más oscuro.

Segundo. Una JUNTA es, pues, un organismo de vida propia, con su Triunvirato dirigente, sus funciones, su misión y su funcionamiento en muchos aspectos democráticos, es decir, con intervención directa de los camaradas que la integren.

Buscan así las J.O.N.S. que haya espontaneidad y facilidad en su creación y que tenga la base jonsista libertad suficiente para ampliar su radio de acción e influencia entre las masas.

Todas las JUNTAS que se constituyan y funcionen en una localidad o provincia estarán desde luego perfectamente controladas por el mando local o provincial del Partido, esto es, por la jerarquía responsable jonsista.

Tercero. Las JUNTAS estarán integradas por un número variable de camaradas. No inferior a 50 ni superior a la cifra de 500 militantes.

Organizarán en su seno las tareas de difusión y penetración de la propaganda jonsista en las zonas indiferentes de la población donde estén constituidas.

El Triunvirato dirigente de cada JUNTA tendrá cuidado especial de que la base no desvirtúe el carácter de estos organismos y se mantenga en la disciplina y en el afecto a la jerarquía jonsista.

Las JUNTAS, constituidas como hemos dicho, con un cierto sentido democrático, celebrarán reuniones, donde todos los camaradas expondrán sus iniciativas, criticarán la marcha de la JUNTA respectiva (nunca estas críticas se referirán al Partido en general, sino propia y específicamente a la JUNTA misma) y examinarán las tareas de ayuda mutua, deportes y cuanto constituya la actividad de su JUNTA.

Cuarto. Las JUNTAS organizarán en su seno servicios de solidaridad y de ayuda mutua entre todos los camaradas que la formen, siendo el hecho de pertenecer a la misma JUNTA un lazo especial de camaradería. Tenderán a una cierta emulación con las demás JUNTAS, al objeto de ver cuál tiene mejor organizados sus servicios de solidaridad, sus equipos deportivos, sus tareas de propaganda, su contribución a las secciones especiales de protección.

Los mandos locales y provinciales vigilarán los trabajos de las JUNTAS y a ellos corresponde el contacto oficial directo de la jerarquía jonsista con las JUNTAS, resolviendo sus dudas y orientando en todo momento sus funciones. Asimismo cuidarán esos mandos directos de las JUNTAS de su aspecto administrativo, cotización especial o única, etc.

Quinto. Hay un aspecto importante a destacar en la vida de las JUNTAS. Contribuirán con un cupo obligatorio mínimo a las secciones especiales encargadas de la protección. Es decir, cada JUNTA obligatoriamente dará a la milicia un número mínimo de camaradas. Y estará a su cargo cuanto se relacione con su buen equipo y demás gastos que se originen. Ese cupo será probablemente el del 10 por 100 de los militantes que integran la JUNTA.

Sexto. Las JUNTAS serán formadas en las grandes ciudades por sectores o barriadas, al objeto de que sea fácil y frecuente el contacto de todos los camaradas. Para distinguir las JUNTAS entre sí, éstas adoptarán bien un número de orden, bien un nombre, que puede ser el del barrio o uno extraído de la Historia nacional y de los grandes hombres o hechos de nuestra raza.

Séptimo. La posible libertad y funcionamiento democrático de las JUNTAS se entenderá siempre para las tareas que le son propias, sin que en modo alguno sirvan para rebasar las fronteras mismas de cada JUNTA. Vigilar estos límites de su funcionamiento será una de las más delicadas misiones de los mandos locales y provinciales de las J.O.N.S.

(«La Patria Libre», nº 5, 16 - Marzo - 1935)

La comunidad española de todo el pueblo

Los jonsistas queremos la unidad nacional, la unidad social y la unidad política de España.
Por eso luchamos contra los separatismos, contra el marxismo y contra los partidos

Los jonsistas buscamos con afán el medio de unificar la conciencia de todo el pueblo. Sabemos que operan en España fuerzas y poderes que tienden criminalmente a romper esa unidad y a destruir así la base más firme de nuestra Patria española.

Nada más absurdo que la tarea de dividir a los españoles por motivos episódicos, artificiosos y vanos. Nosotros, en cambio, creemos en la necesidad de conquistar para todos los españoles la conciencia de su unidad moral, es decir, la conciencia de sentirse partícipes de una auténtica y verdadera comunidad española.

Sabemos nosotros que sólo así subsistirá la Patria, y que sólo así subsistirá vivo y poderoso el aliento de los españoles.

Reconocemos hoy, pues, por enemigos a todos cuantos impiden la victoria y el desarrollo de ese espíritu de comunidad nacional a que aspiramos. Y también los que traten de edificarla únicamente sobre bases ya reconocidas como fracasadas o, por lo menos, insuficientes para sustentar y garantizar el vigor de nuestra raza.

Queremos que los españoles recobren la confianza en su propio carácter de españoles. El ser español es una gran cosa, y si alguien o muchos no ven esto claro, y no perciben en su alrededor grandeza alguna, ha de saber que ello se debe a la anormal y hasta criminal situación en que hoy estamos, sin conciencia de la comunidad nacional, sin apelación profunda y diaria a eso que somos antes que cualquiera otra cosa: españoles.

Sólo así va a ser posible, no ya la reconstrucción de España y la salvación de los españoles, sino la existencia misma de España como Patria libre, y la de los españoles como pueblo independiente.

Hay fuerzas disgregadoras corrosivas que viven y luchan por destruir el sentimiento de comunidad nacional, y ellas son los principales enemigos de España y del bienestar de los españoles. Ahí está el marxismo, que destruye la unidad social de España e impide el triunfo de la convivencia justa. Ahí están los nacionalismos periféricos, negando no sólo la unidad profunda y nacional de todos los españoles, sino propagando sus afanes de edificar contra España unas supuestas patrias traidoras y balcanizar nuestra magnífica Península.

Todo eso tiene que desaparecer si ha de restaurarse en la conciencia de todo el pueblo el sentimiento de comunidad nacional española. La empresa es de formidable volumen, y si los jonsistas la colocan sobre sus hombros, es porque les guía y orienta una confianza ciega en que el pueblo, todo el pueblo, dejará muy pronto de ser de tal modo hostigado y maltratado por esas fuerzas enemigas de su unidad social, nacional y moral, que movilizará el vigor suficiente para salvarse.

Es cuestión de vida o muerte para España y para los españoles la comunidad nacional de todo el pueblo

La masa general del pueblo está desvinculada de un servicio fervoroso a su Patria española precisamente porque está roto ese sentimiento de comunidad nacional a que nos venimos refiriendo.

Cuando los jonsistas nos preguntamos cómo es posible que el pueblo español haya sido arrastrado a la situación presente y cómo después de demostrar su vigor y su fuerza ante el mundo se resigna a ser engañado miserablemente por minúsculos grupos de farsantes y de traidores, localizamos las causas en la ausencia de espíritu fuerte de comunidad entre los españoles.

Pero ese espíritu no es una ilusión nuestra. Ha existido siempre en España, y hoy lo sentimos como una necesidad nosotros y con nosotros la masa popular no pervertida.

Y nosotros sabemos que el pueblo español, ese pueblo laborioso que merece un destino muy diferente al que le proporcionan los errores y las traiciones de las minorías directoras, es el primero en sufrir las consecuencias de que él, *todo el pueblo*, todos los españoles, no aparezcan hoy en un mismo frente de comunidad nacional.

Pues el pueblo queda así indefenso, derrotado, víctima siempre de los más fuertes, y ocurrirá que en las crisis económicas, en las situaciones de desventura, sea él quien padezca más que nadie las dificultades y los dolores.

Ello no es tolerable. Nosotros queremos que todos los españoles se consideren igualmente obligados a una línea de sacrificio por la Patria, a soportar por igual sus catástrofes y sus triunfos.

Nos parece monstruoso, absolutamente fuera de toda justicia, que en momentos de crisis, de angustia, de dificultades, haya núcleos extensos a quienes no alcance una participación en ellas.

No puede pensarse como normal un tal desvinculamiento y ruptura entre la vida de España y la de los españoles. Repetimos que si España atraviesa horas difíciles y negras, ningún español debe atraversarlas luminosas y brillantes.

Precisamente, el panorama del gran capitalismo ofrece con frecuencia un espectáculo así. Una Patria en ruinas, económicamente deshecha, y al lado unos magnates de la economía que no sólo no tienen motivo alguno de preocupación, sino que quizá especulan con esas mismas ruinas nacionales.

Lucharemos sin tregua porque los españoles recobren vigorosamente su sentido de comunidad en el seno de la Patria.

Y buscaremos la colaboración de todo el pueblo para desentrañar las causas de su ruina, localizar los grupos enemigos que corroen su vitalidad y desenmascarar las ideas traidoras que han dejado a España sin jugo.

(«La Patria Libre», nº 5, 16 - Marzo - 1935)

Todo nuestro aplauso a la fortificación de las Baleares

Las J. O. N. S. presentan ante todo el pueblo la necesidad de que España organice con firmeza su defensa. Sólo una España fuerte puede asegurar la paz en el Mediterráneo y evitar la guerra

¿España en peligro?

Sólo tenemos elogios para el propósito del Gobierno de organizar fuertemente la defensa de las Baleares. La independencia y la libertad de España reclaman su rapidísima ejecución

Mientras más fuertes más libres. Esto que seguramente es siempre verdadero obtiene su mejor y más plena vigencia en la vida internacional. Un pueblo indefenso y débil no tiene libertad para determinar y fijar su propia actitud con relación a otros. Será siempre satélite de los demás, es decir, carecerá realmente de independencia.

No creemos que haya español alguno que acepte fácilmente para España un puesto de satélite, de pueblo protegido, a merced de los vientos y sin posibilidad de decidir por sí misma la línea internacional que le convenga. Parece, por tanto, que si se exceptúa a la patulea traidora y profesional del pacifismo, todos los españoles considerarán de verdadera necesidad la fortificación de las Baleares.

Es posible que se aproximen borrascas mundiales, conflictos duros, que pongan de nuevo a prueba el vigor y la moral de los grandes pueblos. El «statu quo» internacional está lleno y poblado de contradicciones. Hay varios problemas encendidos que serán difícilmente resueltos dentro del orden internacional que hoy rige. Hay en el Mediterráneo un equilibrio peligroso a base de dos grandes potencias archiarmadas y desde luego rivales a los efectos de las decisiones históricas. Hay la posibilidad del frente germano-polaco con ramificaciones japonesas, a la vez que una nueva amistad militar ruso-francesa.

Y nosotros decimos a los españoles, a la conciencia vigilante de todo el pueblo:

Todo el pueblo debe interesarse porque España sea una Patria fuerte, con el vigor armado que haga falta para hacer frente a los enemigos internacionales. Pues todo el pueblo padecería en sus entrañas las desdichas que proporcionaría a España y a los españoles una situación indefensa.

Siendo débiles no podríamos ni ser neutrales en los conflictos. Y véase cómo incluso los pacifistas deben postular en España una política de vigorización militar, aunque sea para mantener nuestro propio derecho a la paz y al aislamiento.

Mientras menos fuerte sea España más probable será su intervención forzada en los conflictos internacionales que surjan alrededor del Mediterráneo.

No es, pues, dudosa la ruta. El gobierno la inicia con su plan de fortificación de las Baleares y nosotros lo aplaudimos.

(«La Patria Libre», nº 5, 16 - Marzo - 1935)

Vida jonsista. El «caso» Valladodid

Acerca de la actitud de los camaradas de Valladolid circulan por el Partido informes y noticias en absoluto tendenciosas. Nos interesa mucho aclarar cuanto afecta a esa sección, y en nuestro próximo número publicaremos una información detallada, con todos los datos apetecibles, no sólo de su posición actual, es decir, posterior a la ruptura de las J.O.N.S. con F.E., sino también haciendo historia.

Desde luego, adelantamos que tendrá interés la información, porque nadie mejor que nosotros puede hablar de ello, ya que desde el primer día hemos entrecruzado los esfuerzos con aquellos camaradas, hemos asistido a su crecimiento y hemos padecido los posibles errores.

Decimos ya, sin embargo, aquí que el «caso» Valladolid no es singular ni único. Idénticos fenómenos a los allí surgidos a raíz de la ruptura con Falange Española y Primo de Rivera se han dado en otros puntos, pero nos interesa destacarlos con relación a Valladolid, porque allí pueden percibirse en su exacto sentido y allí tienen un relieve más visible.

También adelantamos que las J.O.N.S. tienen muy poco que lamentar respecto al espíritu actual de la sección de Valladolid. Han secundado entusiásticamente nuestra actitud desde el primer día algunos de los mejores y más calificados dirigentes, desde luego los de perfil jonsista más responsable, como hemos de probar. Y se han opuesto asimismo a nosotros quienes lógicamente debían hacerlo. Ha habido actitudes claras, confusas y enemigas. De todas hablaremos.

(«La Patria Libre», nº 5, 16 - Marzo - 1935)

Victoria falangista (!! ¡¡)

Ofrecimos en nuestro primer número destacar con justicia los hechos victoriosos que fuesen capaces de efectuar y organizar los dirigentes de Falange Española. Ya se nos ofrece hoy ocasión de celebrar uno, y no pequeño. Se trata de una victoria falangista contra nosotros. Nada menos. Y nos rendimos ante su grandeza, ante el prodigio de heroísmo derrochado y ante la magnitud formidable del triunfo.

He aquí los hechos:

El domingo pasado salieron a la calle cuarenta y dos camaradas jonsistas que se distribuyeron por Madrid para vocear y vender *LA PATRIA LIBRE.* Teníamos noticia de que las terribles escuadras falangistas estaban preparadas para impedir la venta de nuestro periódico. Los jonsistas, repetimos, se distribuyeron por Madrid y quedó UNO SOLO en cada puesto de venta. Transcurrió una hora sin el menor incidente, a pesar de que los grupos falangistas pasaban y repasaban junto a nuestros camaradas. Bien es cierto que éstos habían sido previamente seleccionados entre los más robustos del Partido.

En vista de que no pasaba nada, a pesar de los informes, el Comité encargado de la venta quiso poner a prueba los propósitos falangistas. E hizo lo siguiente: Colocó en la Cibeles, esquina al Banco de España, dos voceadores profesionales, dos chiquillos de diez y de doce años, de los que se dedican a la venta de los periódicos diarios. Y ocurrió nada menos que esto: A los cinco minutos, los mismos grupos falangistas que habían estado pasando por delante de nuestros camaradas adultos sin permitirse el más mínimo gesto de disgusto, se lanzaron sobre los dos niños -repetimos que uno tiene diez años y otro doce- ¡¡¡y les arrebataron trece ejemplares!!!

He ahí sencillamente narrada la gran victoria falangista. Digna de Alejandro, de César, de Aníbal, de Napoleón.

Estamos francamente anonadados.

(«La Patria Libre», nº 5, 16 - Marzo - 1935)

Los prestigios falangistas ¿Eugenio Montes?

Es sabido que Primo de Rivera para hacer frente a los estragos que le ocasionó la ruptura jonsista, se dedicó a extender por el partido la mayor insidia que podía esgrimir contra las J.O.N.S.: la de que él, ¡¡¡Primo de Rivera!!!, representaba al nacional-sindicalismo, y nosotros, ¡¡¡nosotros!!!, éramos los derechistas. Sólo el decir eso y extender eso en su partido con la pretensión de que lo creyesen, era la peor injuria que podía hacer a sus militantes, ya que equivalía a creerlos y considerarlos unos tontos, unos cretinos absolutos. Pues nadie que conociese la actuación de Primo de Rivera y la de nosotros, los jonsistas, podía ser tan ingenuamente crédulo como para admitir una falsedad así.

Claro que a los pocos días, Primo de Rivera organizó una cena oficiosamente falangista a Eugenio Montes y lo presentó como uno de los suyos, como uno de los teóricos y creadores de su doctrina.

Oir nosotros que Primo se consideraba nacional-sindicalista y que a la vez presentaba a Eugenio Montes como uno de los más identificados con él, nos produjo una risa triste, porque de una parte nos regocijaba su actitud en el alambre, pero de otra, sentíamos en lo más profundo la tristeza de presenciar qué armas y procedimientos se esgrimían para engañar a un sector de la juventud española.

¡Con que Montes es un tremendo revolucionario! ¡¡¡Un nacional-sindicalista!!! ¿No habéis leído su teoría de que el pueblo no tiene otra cosa que hacer sino parir hijos?

¿Pues no es Eugenio Montes un intelectual festejado y exhibido por el *ABC*, por *Acción Española* y demás sectores monárquicos de España, que ven en él con razón y lógicamente un hombre de su propia doctrina, tantas veces cantada por él mismo, e identificado con ellos en todas sus metas y aspiraciones políticas?

¿Qué comedia o qué farsa organizó, por tanto, Primo de Rivera, presentando a Montes como un nacional-sindicalista terrible y haciendo desfilar ante él los pocos camaradas sinceros nacional-sindicalistas que le quedan?

Y es que Primo de Rivera, que después de nuestra ruptura debió lógicamente marcharse a su bufete, despojado como quedó de doctrina, de bandera y de hombres, es ahora en la política española una contradicción viviente, una pura farsa, una comedia.

(«La Patria Libre», nº 5, 16 - Marzo - 1935)

¿Otra victoria?

Nos enteramos que en Salamanca, donde no hay J.O.N.S. organizadas, unos señoritos de bigotito y rarísimos andares, mandado por Bravete, el jefe a las órdenes del señor marqués, rompieron también unos ejemplares de LA PATRIA LIBRE. Esto se comprende. Los señoritos odian a nuestro periódico, defensor de "todo el pueblo". Y los señoritos falangistas de Salamanca, con Bravete a la cabeza, defienden a los grandes terratenientes, a los ganaderos, a todo ese sector reaccionario, vago y orgiástico que acampa en Salamanca, como por desgracia también en otros puntos de España. No nos quieren a nosotros, a los jonsistas, y odian a nuestro periódico. Se comprende, se comprende. Su caudillo es el marqués, el señorito millonario.

(«La Patria Libre», nº 5, 16 de marzo de 1935, pág. 2)

¡¡A extender y propagar las J.O.N.S.!!

Las J.O.N.S. son ya unas iniciales populares, tras de la que adivinan las gentes una bandera justa y magnífica. Hay, pues, que extender las J.O.N.S.

Nada es hoy, sin duda, más sencillo. No hay protocolo difícil que impida el acceso a las J.O.N.S. Nuestras Juntas se ofrecen a los españoles limpios y animosos con todas las facilidades.

Somos, además, una bandera política flexible y amplia. Ello facilita indudablemente la captación de militantes numerosos. Interesa el Nacional-Sindicalismo de las J.O.N.S. a la inmensa mayoría de los españoles, a los estudiantes, a los trabajadores, a los funcionarios modestos, a los pequeños industriales y comerciantes, a todos los patriotas y a todos los que apetezcan para España horas de paz, de fuerza y de esplendor.

¡¡A fundar, pues, las J.O.N.S. donde todavía no estén funcionando!! Repetimos que ello es fácil y sencillo. Basta que haya en una ciudad de España un grupo pequeño, ¡incluso un solo camarada!, para que se ponga a trabajar activamente.

Según la oportunidad, el clima social y, sobre todo, según el entusiasmo que ese pequeño grupo despliegue, así los resultados jonsistas serán espléndidos o estrechos. Pero aún en este caso último, no deben los camaradas de cada grupo local perder la esperanza. Sigan luchando. Piensen que si en su ciudad o en su comarca los resultados son modestos, hay, en cambio, otros puntos de España donde la bandera jonsista arrastra masas ardorosas, y que en sus mismas zonas conseguirán, algún día, el triunfo.

¡¡A crear J.O.N.S.!! ¡¡A extenderlas y propagarlas por toda España!!

(«La Patria Libre», nº 5, 16 de marzo de 1935, pág. 2]

La Rusia Soviética prepara la futura guerra mundial.

El Ejército Rojo es uno de los más potentes. Así lo atestiguan diversos observadores. En breve, terminará el primer período de la reconstrucción económica de Rusia, y Stalin, el dictador de los planes Quinquenales, cederá el puesto a Vorochilov, el dictador y organizador de la guerra

El fenómeno ruso amenaza cada día más la paz del mundo. Los bolcheviques han hecho en todos los países una propaganda formidable a favor de la paz y contra la guerra. Para ello se servían de los partidos comunistas, grupos, como se sabe, al servicio directo de la causa "nacional" rusa. Pero, mientras tanto, organizaban un enorme ejército, daban fin a los planes de reconstrucción industrial y estudiaban en la esfera terrestre los puntos vulnerables que ofrecía el mundo. Es decir, se preparaban y preparan para la guerra, sabiendo que su posición interior es insostenible a no ser en atmósfera permanente de batalla.

Todos los síntomas que ofrece la actividad diplomática de los soviets se perfila rectamente hacia un final guerrero. Su acuerdo con Francia, su política en el Extremo Oriente y, por último y sobre todo, el formidable aparato militar de que disponen.

Pensar que Rusia, el pueblo ruso, va a seguir años y años ilusionado por los planes quinquenales, trabajando forzosamente sin alegrías para edificar regímenes sociales aún desconocidos y tolerando una dictadura burocrática, es sueño. Eso lo saben bien Stalin y el grupo que hoy rige los destinos rusos. Y preparan la etapa que ha de sucederles, a base de entregar el poder el ejército rojo, rectificar la ruta política que hoy siguen y hacer la guerra de expansión revolucionaria que no lograron desencadenar en su día Lenín y Trotsky.

Nosotros denunciamos ésto ante el pueblo español para prevenirle y aconsejarle que vaya viendo en la Rusia bolchevique, no un país que quiere la paz, sino un país organizado, frío y arteramente para la guerra mundial.

Publicamos a continuación los juicios que observadores diversos hacen sobre las características y eficacia actual del gran Ejército rojo:

(«La Patria Libre», nº 5, 16 de marzo de 1935, pág. 4. Entradilla)

NUMERO 6. 23 Marzo 1935.

¡Vista al sindicalismo nacional de las J. O. N. S.!

Sometemos a crítica el movimiento en que hasta ahora hemos participado, denunciando sus jerarquías incapaces, su programa deficiente y sus tácticas erróneas.

La ruta Nacional-Sindicalista

Nos mostramos partidarios de revisar las bases y las orientaciones sobre las que nos hemos apoyado nosotros y nuestros afines. Hay que dar paso a un nacional-sindicalismo vigoroso y pujante.

Lo peor que puede ocurrir a una organización política es entrar en una zona de inercia. Ello equivale a perder el contacto con los entusiasmos calientes, a abandonar la pretensión de dirigir los acontecimientos y dejarse en cambio llevar por ellos a la deriva. Esa zona de inercia es zona de sombra y, sobre todo, para los partidos dinámicos, para las organizaciones totalitarias y ambiciosas como la nuestra, penetrar en ella es síntoma inexorable de muerte.

Quienes nos movemos en las organizaciones nacional-sindicalistas, y sobre todo nosotros, los de las J.O.N.S., como los primeros fundadores de aquéllas, sentimos la necesidad de impedir que nuestra bandera sea fácilmente arriada. Por eso ahora, en presencia de la realidad española, en presencia de las enseñanzas y experiencias de nuestra actuación de dos años y, por último, en presencia también del panorama interno que puso al descubierto la ruptura conocida entre las J.O.N.S. y Falange Española, nosotros decimos con emoción y sinceridad a todos los españoles interesados en el triunfo del nacional-sindicalismo.

El camino seguido hasta aquí parece deficiente. Resulta quizá estrecho y hay en él excesivas encrucijadas, es decir, excesivas vacilaciones.

La proyección diaria y permanente sobre la realidad de España, que debió ser una de las preocupaciones primeras, ha faltado casi en absoluto. Los dos años últimos han sido bien pródigos en episodios hondamente destacados y visibles y, sin embargo, la disciplina nacional-sindicalista, el movimiento en que nosotros y nuestros afines hemos estado enrolados, no ha obtenido de ellos las consecuencias fecundas que podían esperarse.

Parece que todo lo referente a las jerarquías, a la técnica de organización, a la agilidad y flexibilidad tácticas del movimiento ha adolecido también de grandes errores.

Únase a todo esto que las circunstancias españolas, las condiciones que hoy aparecen como rectoras del ambiente y de la realidad de nuestra Patria, han sufrido asimismo modificaciones profundas. Y si convenimos en que el movimiento no desarrolló la eficacia debida cuando esas condiciones y circunstancias eran más normales y más próximas a las que él se encontró al nacer, es lógico que ahora, distintas y diferentes en absoluto, encallase con más facilidad.

* * *

Hemos señalado las posibles críticas al movimiento que hasta hace poco ha sido el que incluía a todos los nacional-sindicalistas españoles. Podemos resumirlas así: 1) Jugo programático deficiente. 2) Aislamiento de la realidad nacional y como consecuencia imposibilidad de obtener de ella los necesarios triunfos. Y 3) Jerarquías torpes, técnicas mediocres de organización y tácticas erróneas.

Quien creyere que nuestra ruptura con Falange Española obedecía a mero capricho y que carecía de dimensiones profundas padece una equivocación notoria. Nosotros, los jonsistas, hemos observado las limitaciones dichas, hemos visto con claridad que era llegada la hora de cambios radicales en la orientación, en la táctica y en los dirigentes y, como nada de eso podía lograrse allí, hemos dado de nuevo vida a las J.O.N.S. La cosa es clara, sencilla y limpia, pues las J.O.N.S. y sus hombres aparecen más desprovistos de responsabilidad.

* * *

Afirmamos, pues, que los nacional-sindicalistas tenemos que revisar nuestros principios, tenemos que revisar nuestras tácticas y tenemos que conseguir eficacias nuevas.

Y ello en orden a estos tres propósitos:

1) Convertir nuestra bandera en la bandera de todo el pueblo, sin ligazón especial a las zonas privilegiadas de la sociedad. Tenemos que esforzarnos por interesar en nuestras tareas a esas enormes masas de españoles que son hoy víctima de la agitación antinacional, de los grandes poderes económicos y de la desidia liberal-burguesa. Las flechas yugadas del jonsismo tienen que ser un emblema de liberación y de justicia para todo el pueblo.

2) Hay que conseguir victorias decisivas contra las organizaciones marxistas, considerando su propaganda entre las masas laboriosas como una verdadera propaganda de traición contra los intereses más altos del pueblo y de la Patria. Hay asimismo que combatir con idéntico afán las tareas desmembradoras de los separatismos, pues en una hora internacional como la presente constituyen notorios servicios a los planes del extranjero, que desea una España balcanizada, dividida y débil para poner las energías y el trabajo de nuestro pueblo a disposición de su piratería financiera.

3) El nacional-sindicalismo tiene que proyectar sobre todos los españoles las firmes ventajas de su régimen. Tiene que demostrar que sólo mediante una red de Sindicatos nacionales, es decir, de organismos que se muevan en una órbita de servicio a los intereses del pueblo y de la Patria, puede darse fin al paro forzoso, pueden iniciarse las bases de una reconstrucción industrial, pueden mejorar sus condiciones de vida los labradores y campesinos y, por último, puede darse eficazmente la batalla a esa inmensa legión de acaparadores, de especuladores e intermediarios que tiene hoy esclavizada y sometida a la inmensa mayoría del pueblo.

* * *

Las modificaciones que se observan en el ambiente político y económico de España obligan asimismo a revisar las tácticas. Lo que hace ocho meses hubiera quizá sido un acierto puede hoy ser un error carísimo. Las gentes van perdiendo su fe en las instituciones liberal-parlamentarias. Reclaman un orden nuevo y lo reclaman quizá con más urgencia de lo que parece. Hay sobre nosotros el peligro de que otros, que carecen de nuestra fe nacional, que ignoran y desconocen las angustias populares verdaderas, que esgrimen unas ideas forzosamente ingratas para muchos, se apoderen de esa reclamación y la hagan suya.

¿Qué hacer, pues? Es evidente que no resulta fácil exponer aquí las líneas fundamentales de la nueva táctica que propugnamos. Compréndanlo nuestros lectores y nuestros camaradas.

Fe absoluta en las J.O.N.S., en sus nuevos organismos deliberantes y en su secretario general, el camarada Ramiro Ledesma Ramos, que tiene hoy en sus manos la orientación política.

(«La Patria Libre», nº 6, 23 - Marzo - 1935)

La unidad jonsista

Primo de Rivera, único culpable de la desunión jonsista, es la dificultad. Quienes contribuyan a sostenerlo son notorios enemigos de la unidad y sirven los intereses de la masonería y del marxismo, a los que favorece la existencia de unas J.O.N.S. fraccionadas, divididas y resquebrajadas.

La cuña que intenta dividir y resquebrajar las J.O.N.S. es Primo de Rivera, que sabiéndose fracasado, incapaz y sin condiciones, se afana por vanidad en sostener una jefatura imposible.

Hay que afrontar el problema de cara, sin perder detalle. Primo, con malas artes, con insidias, con falsedades calumniosas, ha conseguido retener en sus filas a algunos jonsistas. A ellos nos dirigimos. Y también a los que viendo el espectáculo lo interpretan de un modo erróneo.

Primo ha logrado eso de dos maneras. Una, la que hemos dicho: lanzando cieno sobre los dirigentes de las J.O.N.S., acusándolos cínicamente de todas las lacras que sin duda él conoce bien

por padecerlas. Otra, especulando con la bandera de la unidad. Es decir, pretendiendo que él es quien representa la eficacia de un movimiento compacto y unido.

Nosotros sentimos la necesidad de salir al paso de esas dos ilícitas posiciones primorriveristas. Sobre la primera ya hemos dicho en números anteriores lo que podemos decir: que nos produce asco, ASCO, tener que desmentir esas patrañas. Los ataques que los dirigentes falangistas han lanzado a los de las J.O.N.S. son propios, dijimos y repetimos, de seres rufianescos, de seres residuales, que viven a extramuros de toda solvencia moral y de todo propósito limpio.

Hoy vamos a abordar aquí la segunda trinchera, esa por la que Primo se dice y cree campeón de la unidad del movimiento. Nada más erróneo y falso.

Primo de Rivera es el único culpable de la ruptura, de la desunión de las J.O.N.S. El representa el obstáculo, la dificultad, puesto que él es quien por móviles exclusivamente personales, por vanidad femenina, por amor propio absurdo, no abandona un puesto para el que se sabe sin capacidad ni condiciones.

La unidad la representamos nosotros. La unidad jonsista, claro, que es la única que nos interesa. El falangismo no existe, y si existe nos importa poco. Primo, fundador del falangismo, lo ha liquidado porque sabe que es una vía falsa, un camino ineficaz y mostrenco. Pero se olvidó de liquidarse a sí mismo, de marcharse también a casa, de desaparecer de la escena política, como es evidente han ido desapareciendo uno a uno los falangistas.

Pero no debe ignorarse la verdad: Primo vive de las migajas jonsistas. Vive políticamente de los núcleos Jonsistas más invaliosos o más tímidos, que no nos siguieron a nosotros desde el primer día de la ruptura.

Ya no es problema la ruptura o no con Falange Española. De F.E. no queda más que Primo de Rivera, y, si acaso, unos pocos fieles. Lo demás que hay aún con él es jonsismo, los camaradas nuestros más lentos o más tímidos que todavía no lo han abandonado por inercia, pero que naturalmente ven con emoción y con esperanza la aurora jonsista que nosotros representamos.

Primo es, repetimos, el culpable de la desunión de las J.O.N.S. Sabedlo, camaradas. En cuanto no quede un solo jonsista con Primo de Rivera, la unidad de las J.O.N.S. es un hecho, y el robustecimiento de nuestro Partido enorme, porque nos consta que hay extensos sectores populares que esperan el momento en que la denominación jonsista aparezca absolutamente desvinculada de Primo para sumarse a las J.O.N.S.

¡Hay que dejar a Primo reducido a sus efectivos de Falange Española! ¡Ni un solo jonsista con él, alimentando la desunión y resquebrajando nuestro frente! ¡Que los únicos jonsistas que queden con Primo sean los que lo sean sólo de nombre y los que tengan en su pecho encerrada la traición!

Se atreve aún Primo a negar la escisión de las J.O.N.S. Proclama que la unidad de las J.O.N.S. con Falange Española es irrevocable. Y ha tenido el cinismo de decirlo el 3 de marzo último en Valladolid, desde el escenario del teatro Calderón. Negaba la realidad de nosotros, de las J.O.N.S., que han pisoteado su jefatura. ¿Pero no recordaba que en aquel mismo teatro, justamente un año antes, el 4 de marzo de 1934, se había celebrado un mitin en el que hablaron cinco oradores, y de los cinco, TRES -Ramiro Ledesma, Gutierrez Palma y Bedoya- están abiertamente en las J.O.N.S., contra él, y UNO -Onésimo Redondo- lo está también en espíritu, según comprobará quien le hable de cerca? ¿No verá eso Primo al hablar y decir que no había escisión? ¿Y no lo veían, asimismo, todos los que oían sus palabras?

Primo no es la unidad. Primo representa la debilidad, la división. Por lo tanto, quien desee y apetezca la debilidad y la división jonsista que siga con Primo, que lo sostenga y ayude.

Fíjense todos en que sólo hablamos y nos referimos a la unidad jonsista. El falangismo se lo dejamos voluntariamente entero a Primo de Rivera. Para que, nuevo Albiñana, siga creyéndose también salvador en potencia de todas las Españas.

(«La Patria Libre», nº 6, 23 - Marzo - 1935)

Vida jonsista. El «caso» Valladolid. I

Ofrecimos en nuestro número último una información detallada acerca de la situación actual de la sección de Valladolid. Lo estratégico de esta ciudad, en medio de Castilla y de cara a todo el norte de España, confiere a cuanto en ella ocurra un especial relieve, y por eso traemos y destacamos aquí sus peripecias. En Valladolid se celebró asimismo el único mitin de masas convocado por la bandera de las flechas yugadas, y fue también un grupo de esa ciudad quien se adhirió de los primeros al frente jonsista fundado por Ledesma Ramos.

Y, ahora, hagamos un poco de historia. Es sabido que las J.O.N.S. surgieron a consecuencia de las campañas nacional-sindicalistas de LA CONQUISTA DEL ESTADO, publicación aparecida en 1931 y muerta a mano airada por las persecuciones policiacas a que la sometió Galarza. El grupo redactor de LA CONQUISTA DEL ESTADO fundó entonces las J.O.N.S., al objeto de no diseminarse y proseguir con eficacia sus tareas. Eligieron como emblema y símbolo del movimiento las flechas y el yugo, entonces ignorados por las gentes -recordamos curiosamente que en carta oficial al Partido comunicó O. Redondo Ortega la extrañeza que mostraban en Valladolid ante tal emblema, a pesar de ser esta ciudad la que lo posee con profusión en muchos de sus muros históricos-, y se dispusieron con entusiasmo a la propaganda.

Por los días mismos de LA CONQUISTA DEL ESTADO comenzó a publicarse en Valladolid un semanario, *Libertad,* que aunque situado francamente entonces en una zona ultraderechista, destacaba en sus páginas una inquietud nacional nueva, un tanto distinta de la que suele percibirse en esos medios. Saludaron, además, con simpatía nuestra presencia, la de LA CONQUISTA DEL ESTADO, y desde entonces se iniciaron las relaciones políticas que luego un poco más tarde, en las J.O.N.S., adquirieron el rango de camaradería bien conocido de todos.

El grupo de Valladolid, que entró en relación con los fundadores jonsistas, estaba dirigido por Onésimo Redondo. Este camarada ha sido realmente quien dio a la sección de Valladolid todo su carácter, y quien logró hacer pronto de ella un núcleo de entusiasmo y actividad. Pero esa primera etapa jonsista de Valladolid está llena de desviaciones con relación al sentido verdadero de las J.O.N.S., desviaciones obligadas, si se tiene en cuenta que Onésimo tuvo por primeros colaboradores a muchachos todos ellos «luises», y él mismo estaba formado en la escuela de Ángel Herrera, y en la política *sana y razonable* que éste y *El Debate* representan. No hay más que ver el tono y el espíritu propio de las J.O.N.S. para darse cuenta que si con algo son éstas incompatibles, es tanto casi como con el marxismo y los sectores francamente antinacionales, con ese existir antiheroico, ese burocratismo algodonoso y esa indiferencia ante la angustia española que constituyen los ingredientes de toda la edificación Herrera-Gil Robles-*Debate.*

Onésimo luchó, repetimos, con esas limitaciones y a esas y a otras sobrepuso quizá su temperamento y su absoluta sinceridad. Pues Onésimo Redondo, y aquí radica su cualidad mejor, tiene una purísima emoción española y siente como nadie la más honda preocupación y la más profunda angustia por los afanes de todo el pueblo. Se hizo cada día más partidario de la estridencia fecunda de la política caliente y del nacional-sindicalismo. Quizá esto no se percibía con la claridad debida, y de ahí el hecho cierto de que a veces los sectores jonsistas más ortodoxos miraban con algún recelo las tareas de Valladolid. Pero, en fin, no es el propósito de esta información seguir las peripecias de orden ideológico, sino más bien los episodios que aclaren la situación de hoy con relación a la ruptura actual del movimiento.

Recuerdan seguramente todos los jonsistas el desarrollo de las J.O.N.S. en los primeros dos años, cuando hicieron que penetrase en las Universidades españolas la emoción nacional de sus juventudes, y cuando tuvieron las primeras peleas con los marxistas. Asimismo la publicación firme durante todo un año de la revista mensual, el florecimiento de semanarios juveniles jonsistas por toda España. Y, claro, también las persecuciones. El Gobierno Azaña encarceló cinco veces a Ledesma. Etcétera, etc. Debido asimismo a esta persecución, Valladolid quedó un poco retrasado porque Onésimo, que no se olvide, era el alma y vida de la sección, vivió emigrado un año en Portugal, y todavía los dos camaradas más valiosos, los que luego han demostrado más vigor jonsista y más talento -Gutiérrez Palma, magnífico agitador obrero, y Javier M. de Bedoya, propagandista formidable, de pluma tensa y eficacísima- no habían alcanzado en aquella fecha la granazón que hoy tienen.

Transcurren los meses finales del año 1933, ya Onésimo, de nuevo al frente de la sección de Valladolid, y reapareciendo con ese motivo el semanario *Libertad.* Es en esas fechas cuando surge Falange Española, con Primo de Rivera y Ruiz de Alda como dirigentes, el hecho más perjudicial para el triunfo nacionalsindicalista que pudo darse en España. Somos muchos y cada día más los que hoy ven esto claro. Pero prosigamos la línea narrativa.

Al aparecer Falange Española, las J.O.N.S. se encontraron con el siguiente fenómeno: decreció entre los españoles la expectación en torno a ellas, para fijarse en el perfil y en las características de esa agrupación nueva. Ello, unido a la presencia del hijo de Primo de Rivera que proporcionó a F.E. la difusión en poquísimas semanas. Bien conocido es el papanatismo de nosotros los españoles. Ahora bien, decreció la expectación ante las J.O.N.S., pero no decidió ni vaciló lo más mínimo la cohesión de los jonsistas. Esto debe destacarse.

Esa atmósfera, ese hecho que se percibía en torno a las J.O.N.S., y que, desde luego, iba a ser fugacísimo y transitorio, fue lo que puso a los jonsistas en el trance de su tristísima confusión con F.E. y con Primo de Rivera. Fue éste un error de tal magnitud que muchas veces le hemos oído al camarada Ramiro Ledesma sus dudas sobre si después de cometida una equivocación táctica de esa naturaleza no debía recaer sobre los culpables la sanción íntima de considerarse ya sin moral para la acción jonsista. Claro que este camarada y todos los jonsistas nos hemos sobrepuesto al derrotismo de esas dudas y hoy lucha y luchamos por retorcer el pescuezo a las consecuencias lamentables de la confusión triste.

En una reunión de jonsistas caracterizados, convocada en Madrid por Ramiro Ledesma y a la que acudieron Redondo y Bedoya como representantes de Valladolid, se acordó la unificación táctica de esfuerzos con F.E. Esos dos camaradas, como Ledesma y como todos, mostraron la violencia que ello significaba para el jonsismo y que si se disponían a favorecer tal acuerdo lo era sólo en la creencia de que quizá nos iba a ser posible aprovechar la expectación pública ante F.E. para destacar más ante el pueblo la posición jonsista. Todos, y los de Valladolid los primeros, coincidíamos en ir con repugnancia a la prueba, porque temíamos que la ventaja de lanzar con más prisa el jonsismo uniéndolo a Falange iba a ser contrapesada lamentablemente con la presencia real de Primo de Rivera bajo las flechas yugadas de las J.O.N.S. Y es que Primo, el «hijo» de Primo de Rivera, tenía, claro es, popularidad, pero pronto nos dimos cuenta de que era una popularidad negativa, esto es, que era impopularidad.

De Valladolid era de donde llegaban con más apremio las lamentaciones. Todo eran allí críticas sobre la actuación efectivamente deplorable que Primo desarrollaba en el Parlamento y fuera de él. Todo eran quejas y gestos de repulsa hacia el falangismo primorriverista. En el periódico *Libertad,* en las cartas, en las conversaciones con nosotros, en todas partes, los camaradas de Valladolid, con Onésimo al frente, se reían del pobre caudillejo fracasado y consideraban el daño inmenso que nos proporcionaba mantenerlo a la cabeza del Partido.

Se llegó a más en Valladolid. Primo envió un artículo al semanario *Libertad* que se echó al cesto de los papeles, considerándolo impublicable. Era ya Primo el jefe, el caudillo, y se encontró sin fuerzas para castigar esa tremenda tomadura de pelo, incorrección o como quiera llamarse. A tal extremo estaban las cosas en Valladolid y en tal situación de desahuciado se encontraba Primo.

Así llegamos a mediados de enero de este año. Primo llevaba cuatro meses al frente del movimiento de un modo absoluto. Su jefatura era catastrófica. A pesar de la coyuntura magnífica de los meses posteriores a octubre, el movimiento decrecía y se hundía sin remedio.

Viene entonces Onésimo a Madrid y asistió a una Junta del Partido, en la que Primo puso de manifiesto aún más que otras veces su radical incompetencia y su carencia absoluta de consignas. Después de esa reunión celebraron los jonsistas -Ledesma, Redondo y Sotomayor- una entrevista en el café Fuyma, en la que examinaron la situación crítica del Partido y consideraron la necesidad de salvar del naufragio la bandera jonsista, rompiendo con Primo de Rivera y haciéndolo así público a los pocos días.

¿Qué pasó, sin embargo, en Valladolid a raíz de la ruptura? Esta es la pregunta y, precisamente, el objeto de este trabajo es darle contestación cumplida. La dejamos para el próximo número de LA PATRIA LIBRE, porque es aún mucho lo que tenemos que decir y hoy va ya esto un poco largo.

(«La Patria Libre», nº 6, 23 - Marzo - 1935)

El Estado de «todo el pueblo»

Mítines y más mítines, todas las semanas, de todas las ideologías. Y todos llenos y repletos. La masa acude ávida de soluciones, consciente de su responsabilidad, a escuchar y a influir en la marcha de la comunidad nacional. Es el pueblo tratando de labrar su propio destino, empujando a sus «líderes», intentando comprender los problemas que les afectan, y acomodándose a una posición u otra para facilitar su solución.

¡Que intente alguno impedir al pueblo que actúe como dueño de sus propios destinos! No podrá. Sólo intelectuales como Eugenio Montes, «pensadores» mercenarios, pueden lamentarse de que el pueblo no es ya analfabeto. Es tarde para los selectos que aspiran a hacer y deshacer sin contar para nada con el pueblo.

Es que el pueblo se da cuenta cada vez más de que todos los agrupados en un mismo Estado tenemos los mismos intereses. Y que el bienestar general depende del esfuerzo, el sacrificio y la comprensión de todos. Y que el Estado no es más que la «comunidad organizada» formada por la integración de cada uno en una «unión vital».

Del Estado minoritario y artificial se pasó con la Revolución Francesa al Estado Nacional. Todavía el Estado podía ser de clases o minorías y dejar a extensas zonas populares desorbitadas y ajenas a su ritmo y acción, aunque ya no era, ni podía ser artificioso, pues se asentaba solamente sobre la realidad natural de una nación, es decir, sobre los límites de una comunidad de historia, lengua y destino. Pero ahora, dentro del Estado Nacional, se marcha hacia el Estado integrado, alentado y SOSTENIDO por «todo» el pueblo. Todo el pueblo unido en una misma «comunidad organizada» caminando, abriéndose paso, consiguiendo el pan de cada día y asegurándose el del porvenir a fuerza de actividad y de sacrificio, o sea, a fuerza de unidad de visión de los problemas y de unidad de voluntad, sobre la base real, indiscutida, de una unidad de intereses. Así pues, todos los españoles en un mismo frente. Sin guerras civiles y suicidas de clases y partidos. Sin separatismos de ninguna clase. Todos compenetrados en una misma comunidad: en un Estado Nacional y Popular; «de» todo el pueblo y «para» todo el pueblo.

(«La Patria Libre», nº 6, 23 - Marzo - 1935)

Ante el problema del trigo

Ofrecemos un camino para estabilizar su precio, para beneficiar a los labradores y al interés público, para acabar con la ignominia de los acaparadores y especuladores que arruinan el campo español y explotan a todo el pueblo

El Sindicato Nacional del Trigo

En torno al problema del trigo se han levantado en España diversas banderas. Nos atrevemos a decir que ninguna ha surgido al calor del único interés legítimo en estas grandes cuestiones: el interés general de España, el interés de todo el pueblo. Aquí se perciben con más claridad las deficiencias de una economía anárquica, a merced de las audacias criminales de los especuladores que siempre envuelven y mezclan su interés al de los verdaderamente perjudicados por su parasitismo. Acontece, en efecto, ahora que entre las lamentaciones y quejas por el precio variable e ínfimo del trigo, por su difícil venta y colocación en el mercado, se oyen las voces no ya de los

labradores verdaderos, de los campesinos que cultivan con esfuerzo el trigo en sus tierras, sino de los acaparadores, de los intermediarios, que con el trigo en sus paneras, comprado sabe Dios a qué precio, claman luego por su venta a tipos altos.

En la irregularidad de la compraventa del trigo es donde se advierten, repetimos, los radicales defectos de la actual ordenación económica. Pues es un producto que se presta como ningún otro a la más perfecta regulación de su mercado, sobre todo en un país como España donde normalmente la producción y el consumo casi se nivelan de un modo natural.

La primera necesidad es estabilizar su precio de un modo firme. Esta es, además, la mejor garantía para los labradores, pues si hay varios precios, si hay en el año fluctuación de precios, téngase la seguridad de que siempre se las arreglarán los intermediarios para que siempre los productores les vendan el trigo en la coyuntura del precio más bajo. Nada más sencillo que lograr matemáticamente la estabilidad del precio del trigo. Se trata de un producto de consumición puede decirse que fija, poco sensible a los precios. Es decir, en España y en todas partes se consumirá poco más o menos la misma cantidad de trigo sea cualesquiera su precio. Es un artículo de primerísima necesidad y su consumo invariable depende sólo de cifras demográficas, de la cuantía de la población, que naturalmente no cambia ni se modifica en horas.

Las tasas, la fijación de precios mínimos y demás medidas normales de la economía liberal carecen de toda eficacia. Son fácilmente burladas y todos los beneficios que pudieran extraerse de ellas no recaen nunca sobre los labradores ni sobre todo el pueblo, sino sólo sobre los grandes caimanes que tienen montado y organizado el negocio de acaparar y especular con el trigo.

Nosotros proponemos una solución nada excesivamente revolucionaria. Sensata, que concuerda incluso con las elaboraciones de economistas y teóricos ajenos a nuestra disciplina nacional-sindicalista, si bien no del todo lejos de nosotros.

Se dirige a lograr lo que nosotros consideramos eje cardinal del problema del trigo: estabilizar su precio, impedir la acción de los intermediarios. Vedla:

La solución está en suprimir la concurrencia entre los productores asegurándoles a todos un precio de compra igual y que sólo dependa de la calidad de los productos.

Para ello sería preciso que el Sindicato nacional del trigo, entidad nunca controlada por intereses particulares, creado con la colaboración de todos los interesados y del Poder público, pudiese efectuar la compra de la totalidad de la recolección a un precio estable. Ahora bien, este organismo sólo podría conseguir esa estabilización en todo momento a base de las tres condiciones siguientes:

1.ª El Sindicato tendría el monopolio de las exportaciones y de las importaciones.

2.ª Le sería delegado el monopolio de compras.

3.ª Monopolizaría asimismo las ventas del trigo.

En lo que concierne al precio de compra no tendría por sí solo atribuciones para fijarlo. El precio había de ser fijado periódicamente por el Gobierno, que se inspiraría en una sola finalidad de interés nacional: la de nivelar en lo posible la producción y el consumo. Para evitar tanto el ser tributarios del extranjero como la anomalía de la sobreproducción. Si el precio que se fije es equitativo y justo, logrará evidentemente alcanzar la producción necesaria si es inferior y disminuirla en caso de sobreproducción perturbadora.

Lo que pretendemos es que una vez fijado el precio de compra, pueda el Sindicato mantenerlo durante un largo período sin necesidad de sacrificios económicos del Estado.

Hemos dicho que un precio justo lograría el equilibrio entre la producción y el consumo, pero naturalmente en la práctica el equilibrio *exacto* no podría alcanzarse, debido, por ejemplo, a que las circunstancias atmosféricas que influyen en la cuantía de las cosechas no son previsibles. Examinemos, pues, cuál sería el funcionamiento del Sindicato en los casos diversos que pueden presentarse:

1.° En caso de recolección deficitaria.

2.° En caso de que la recolección equivalga aproximadamente al consumo.

3.° En caso de sobreproducción.

Si la recolección es deficitaria, el Sindicato compraría la totalidad de la misma al curso fijado, o a los diversos precios, ya que desde luego convendría una discriminación severa de la calidad del cereal.

El Sindicato importaría las cantidades necesarias para colmar el déficit, y naturalmente las pagaría a los precios vigentes en los grandes mercados cerealistas donde las adquiriese. En este caso, el precio de venta a los harineros podría ser inferior al precio de compra a los productores nacionales, porque las compras en el extranjero tendrán la consecuencia de rebajar el precio medio por quintal.

Semejante eventualidad es, por otra parte, apetecible, porque en caso de recolección deficitaria el precio único de compra sería, naturalmente, más elevado. Además, el Sindicato, que habría comprado, por ejemplo, a los labradores españoles a 100 pesetas y cuya media de compra al extranjero fuese de 90, no vendría obligado a revenderlo a los harineros también a 90. Podría señalar 95 pesetas, y constituir así una reserva de previsión, bien para entregar al Estado como compensación a los derechos de aduanas, bien para gastos de gestión.

En regla general, como se ve, para el caso de recolección deficitaria, el trigo puede venderse a los harineros a precio aún más bajo que el fijado para la compra a los labradores nacionales.

* * *

Si la recolección es aproximadamente la misma que el consumo, el Sindicato compraría a los productores al precio fijado. Y el precio de venta a los harineros sería aumentado tan sólo en los gastos de gestión.

Y resultando, pues, que en este caso de recolección niveladora, los precios de venta del Sindicato nacional no diferirían mucho de los de compra a los labradores.

* * *

Si hay exceso de producción, el Sindicato compraría, asimismo, al precio marcado -que en este caso no sería muy alto- la totalidad de la recolección.

El excedente sería, en parte, exportado a los precios vigentes en los grandes mercados cerealistas. Otra parte podría ser retenida, inventariándola según los precios mundiales del trigo. Las diferentes operaciones producirían una pérdida variable según la importancia de la recolección.

El Sindicato podría cubrirse de esta pérdida contable vendiendo el trigo a los harineros o a otros consumidores a precios más altos que el de compra.

La diferencia entre el precio de compra y el de venta variaría, naturalmente, según la importancia de los excedentes. De otra parte, si el precio de compra debe ser lo más estable posible, el Sindicato para equilibrar sus operaciones puede modificar con más frecuencia sus precios de venta, y practicar, también, con más rigor la diferenciación de la calidad de los trigos. (Queremos decir con esto, que puede señalar precios de compra más bajos para los trigos de peor calidad o susceptibles de originar una sobreproducción: en tal caso, la diferencia entre los precios de venta de las diversas calidades, no tendría por fuerza que ser la misma que la señalada en los de compra.)

Nos encontramos, pues, que en el caso de recolección excesiva, los precios de venta del Sindicato nacional tendrían que ser superiores a los de compra, a fin de que fuese posible cargar con cantidades superiores a las que se precisan.

* * *

Hemos visto que en las tres hipótesis señaladas el curso que se fijase sería, desde luego, efectivo, y podría mantenerse sólo con las operaciones del Sindicato.

Para efectuar con éxito sus operaciones, el Sindicato tiene necesidad de que se le otorgue el monopolio de las exportaciones y de las importaciones de trigo, a fin de que manteniendo estable el precio de compra pueda equilibrar en todo momento la importancia de sus *stocks* y las necesidades del consumo.

El Sindicato necesita el monopolio de compras porque sólo la existencia de un comprador único permite la fijación de un precio único. Además, no se olvide que en este caso ese comprador único estaría sólo guiado por el interés nacional. No pretende comprar a un precio bajo o alto, sino al precio equitativo y justo que le es impuesto.

El Sindicato tiene también necesidad del monopolio de ventas, pues es mediante la diferencia entre el precio de compra y el de venta como logra realizar el equilibrio financiero de sus operaciones. Y es, asimismo, gracias al doble monopolio de compras y ventas como se hace posible arbitrar la gradación de precios por calidades. Y no se olvide que este arbitrio lo hemos señalado como eficaz contra la sobreproducción.

En realidad, en la situación actual, un exceso en la recolección representa una producción perturbadora para el equilibrio del mercado que debe tenerse en cuenta. Y es a la masa general de los agricultores a quien, en su propio interés, se la obliga hoy a soportar esta carga, ya que así puede evitar una grave caída de los precios. El Sindicato nacional, en cambio, autorizado para vender más caro que él haya comprado, reparte por igual esa carga entre todos los interesados por el trigo, es decir, labradores, harineros y público consumidor, puesto que gracias al Sindicato la totalidad de lo que haya sido pagado por los consumidores vuelve a los productores, disminuida sólo en los gastos de gestión.

He aquí, sencilla y brevemente expuesto, un plan de estabilización del precio del trigo y de remedio a las irregularidades actuales.

El Sindicato que postulamos, no hay que decir que lo entendemos en absoluto libre de toda injerencia de intereses particulares y privados.

En nuestro próximo número quizá respondamos a las objeciones que pueden sernos hechas.

(«La Patria Libre», nº 6, 23 - Marzo - 1935)

La izquierda catalana y la derecha vasca

Los movimientos separatistas no abandonan sus propósitos anti-españoles. Pero ante el cambio de situación se repliegan y cambian de tono, de táctica, y hasta relegan algunos de los principios básicos a un prudente, aunque momentáneo, olvido. Ya no están en el poder las izquierdas anti-nacionales que les toleraban, cuando no fomentaban, su campaña disgregadora. La insurrección catalana se ahogó en agua de borrajas ante un puñado de soldados españoles.

Sin concesiones de los políticos de Madrid, los partidos separatistas se asfixian. Y a pesar de la propaganda que con constancia y con derroche han hecho durante tres años, sus recursos revolucionarios son nulos.

Sin embargo, es tal la pequeñez de sus dirigentes, y tan profundo el odio a España que los partidos separatistas tienen, que no abandonarán su finalidad criminal de dividir a España. Todo es cuestión de esperar tiempos mejores: el problema es sólo de oportunidad.

Así, pues, ahora los catalanes sacan a relucir su izquierdismo. Es el gancho que lanzan para agarrarse a tierra firme. De nuevo harán oír en Cataluña sus gritos demo-liberales. Como en los últimos momentos de la insurrección, al verse perdidos, dicen que ellos luchan por defender la República española contra las fuerzas reaccionarias. Mas ya sabemos que son ellos... los separatistas... «aunque se vistan de seda». Alerta, y todos contra ellos.

Del mismo modo, el separatismo vasco, más cobarde y burgués que el catalán, que a pesar de su seudo-catolicismo programático no había tenido reparos en coquetear con las izquierdas y en seguir a Prieto en la algarada de los Ayuntamientos del pasado verano, y en estar aliados con las fuerzas de la revolución de octubre, ahora sacarán su bagaje derechista para presentarse ante los gobiernos que a base de la C.E.D.A. se formen, como una fuerza de derecha vasca simplemente. Ellos juegan con su catolicismo, como el separatismo catalán con su izquierdismo, a modo de disfraz con que operar en esta situación actual, para ellos desventajosa. Pero en cuanto puedan volverán a su labor franca de ataque a España y de exaltación de Euzkadi.

La maniobra es ingenua. Está demasiado clara. La verdad es que los separatismos quieren conservar sus posiciones. Y en estos momentos les conviene destacar lo adjetivo para velar lo sustantivo. Porque la realidad es ésta: la izquierda catalana es separatista, y la derecha vasca también lo es en su mayoría. Luego su separatismo es lo esencial y lo que a nosotros nos interesa. Llámense izquierdas, llámense derechas, ellos son separatistas y, por tales, les debemos perseguir incansablemente, y el Gobierno no debe tolerarlos creyendo en el confusionismo que ellos mismos crean para sus indignos fines.

(«La Patria Libre», nº 6, 23 - Marzo - 1935)

¿Los cristianos-sociales?

Parece inminente la organización de un nuevo Partido. Lo dirigirá el Sr. Jiménez Fernández a base de los elementos socialmente más avanzados de la C.E.D.A.

Esto sería un percance decisivo para el señor Gil Robles

Comprenderán fácilmente nuestros lectores, y desde luego todos los camaradas jonsistas, que la noticia no tiene para nosotros otro interés que ése, el de ser una noticia. No nos afecta en grado distinto a aquel en que afecte a todos los españoles. Es para nosotros un acontecimiento, un fenómeno político que hay que registrar, tener en cuenta y nada más. Nuestras diferencias con la C.E.D.A. son esenciales, no de matiz, y por eso que deje o no paso a una cosa más o menos avanzada social y políticamente, no cambia ni modifica nuestro juicio.

Pero el hecho, la noticia, tiene importancia. Y grande. Sería en primer término un ensayo curioso de esa cosa ya tan ensayada en Europa de partido católicosocial. Y un ensayo además con un detalle que no suele existir en los ensayos: el de que ese partido apenas surgido en la vida pública, apenas bautizado y en marcha, conseguiría lo que acostumbra a ser la culminación y aspiración suprema de todos los partidos: el Poder.

Así, sin más. El Poder. Naturalmente esto que decimos se encuentra hoy en la etapa gestora, de iniciación, de incubación. No parece descabellado el propósito. Y menos aún desprovisto de panoramas atrayentes. Se conseguiría proporcionar a un típico sector de las derechas un puesto al que se creen con derecho por sus continuados sacrificios y por su fuerza parlamentaria. Y como ello recaería, no en el agitador número uno, sino precisamente en uno de los colaboradores de más popularidad social, nadie espera que tuviese aspecto alguno de provocación ni molestia esencial para nadie. Claro que eso es sin duda el secreto más secreto. Habilísimo. Bien orientado.

Y véase cómo y por cuánto tendremos en España una organización de eso que muchos llaman bolchevismo blanco, y que desde luego nosotros no creemos que merezca apelación tan terrible. Pero volvamos a repetir el gran interés que todo esto tiene. El fenómeno puede ser fecundísimo. Y quien sepa mirar, ver y oir advertiría ya curiosísimos episodios de la cinta, que ya está proyectándose en cierto modo por los teatros de provincias.

Obsérvense bien las huellas. Síganse los discursos del señor Jiménez Fernández. Cada día más firme y contundente en su afán de esgrimir una bandera social y popular del mejor cuño. Y percíbanse también otros discursos, otras declaraciones que, contra lo que muchos esperarían, son siempre coincidentes. No hay voz alguna en la C.E.D.A. que deje vislumbrar la alarma ni la disconformidad más mínima.

Y claro que nosotros y muchos saben bien que no hay muchas veces mejor medio de oponerse a una cosa que aplaudirla, y suele naturalmente ocurrir que un medio muy eficaz para lograr que otro que está con uno no se diferencie ni en timbre de voz ni en color de traje es el de hablar con su propio timbre y vestir su propio paño.

Nada más se nos ocurre. Los alambristas en los circos también descansan.

(«La Patria Libre», nº 6, 23 - Marzo - 1935)

La perplejidad de Europa

La inminencia de un nuevo orden europeo. La ordenación elaborada en Versalles ha muerto
Las J.O.N.S. plantean a todos los españoles la necesidad de una política internacional vigorosa

Alemania se toma la justicia por su mano

¿Podía hacer cosa diferente? Hitler era ya una contradicción viviente en una Alemania sin libertad nacional. Su decisión es lógica, justa y obligada. ¿Lo comprenderá así Europa?

A las veinticuatro horas de aprobar el Parlamento francés la ley militar de los dos años, responde Alemania retorciendo el cuello al Tratado de Versalles. La cosa estaba ya tan madura y quedaba ya tan poca sangre en las venas de ese Tratado histórico, que no creemos haya nadie que solicite censura alguna terrible para la contravención de Hitler, prácticamente ahora en el orden internacional del más puro y limpio estilo de acción directa.

Asistimos, pues -desde luego, nada atónitos-, a los últimos suspiros de lo que en el Tratado de Versalles había de más ambicioso y de más relieve: el propósito de impedir el desarrollo libre de Alemania. Claro que quien aborde la situación actual de Europa con la pretensión de que el Tratado de Versalles sea borrado de la Historia, no sabe ni lo que es la Historia ni lo que edificó el famoso cónclave diplomático de Versalles.

Lo más importante y verdadero que hay, a la vista de Europa y a la vista del acto de Alemania, cabe destacar, es que Europa ha perdido la estabilidad y el orden que, justo o injusto, artificioso o real, venía rigiendo desde la terminación de la Gran Guerra.

En realidad la decisión de Hitler no debía significar apenas nada en orden a la posible gravedad del momento europeo, porque la igualdad de derechos, el rearme de Alemania y el recobro pleno de esta nación, son hechos y conquistas suficientemente maduras en el panorama político y diplomático de Europa.

Por tanto, lo que merece ser destacado no es el acto de Hitler como tal, es decir, como acto fuera del orden internacional vigente, sino lo que su ejecución deja al descubierto, los problemas graves y concretos que supone para Europa la ruptura, terminación y ocaso del orden establecido en Versalles. Con terminología nacional, de fronteras adentro, puede decirse que Europa ha quedado sin Constitución, esto es, en período revolucionario y constituyente.

Hitler al frente de Alemania hacía imposible todo escamoteo de su libertad nacional. Ni Ginebra, ni Versalles, ni toda la diplomacia del mundo junta podía ya retrasar un solo día el reconocimiento de la libertad internacional de Alemania. Quebrantados y disueltos los partidos que dieron vida a la legalidad de Weimar, a la aceptación y resignación de Alemania, y triunfantes los enemigos de toda esa etapa, los exaltadores y glorificadores de su destino nacional, podía ya creerse desventura peligrosa negar a Alemania la igualdad de derechos y el rearme.

No hay que olvidar que ya desde el primer día la aceptación del Tratado de Versalles constituyó para los alemanes, incluso para los más despojados de espíritu nacional, como los socialistas, un trago dificilísimo y tremendo. En un libro suyo, Noske, que asistió desde un Ministerio socialdemócrata al cumplimiento de las primeras cláusulas del Tratado, declara con emoción que no podría volver la risa franca a los labios de quienes estaban en el trance gubernamental de hacerlas ejecutar y obedecer al pueblo alemán.

¿Cómo Podía imaginarse que Hitler, contando con la adhesión unánime de todo el pueblo alemán, y en presencia del programa europeo, continuase resignado y paciente? La torpeza de las

demás potencias ha proporcionado a Hitler la ocasión de que una de las victorias lógicamente más fáciles, y que muy bien pudo haber sido concedida en un debilísimo forcejeo diplomático, represente para él un gesto formidable de audacia y de intrepidez, hondamente agradecido por la totalidad del pueblo alemán.

* * *

Alemania veía cómo sus vecinos más poderosos entonaban arias a la paz del mundo y buscaban afanosos el desarme, mientras fortificaban de un modo extraordinario sus territorios, aumentaban la potencia militar de sus ejércitos y establecían alianzas con vistas a una política internacional de dominación.

Alemania veía eso. A Francia gastando cifras pavorosas en su presupuesto de guerra, aumentando a dos años la duración del servicio en filas. A Rusia, según demostramos en el número anterior de LA PATRIA LIBRE, provista de medios militares formidables, motorizando sus unidades y triplicando la aviación, la artillería y los tanques. Y no sólo eso, sino también a las dos potencias en situación cordial, juntas y al parecer de pleno acuerdo.

Esa es Europa, la que hoy tenemos delante de nosotros. Parece que su situación actual es la más propicia para que en España comiencen a oirse alegatos en pro de una vigorización internacional de nuestra Patria. Nosotros, los jonsistas que redactamos LA PATRIA LIBRE, hemos de hacer todo lo posible, siguiendo naturalmente las consignas del Partido, para plantear en España con toda prisa la perentoriedad de una posición internacional lo más firme y clara que se pueda.

AHÍ ESTÁ EUROPA, REPETIMOS. AHÍ ESTÁ EL MUNDO. LA RUTA ESPAÑOLA ES SENCILLÍSIMA DE FIJAR. BASTAN DOS O TRES AXIOMAS, UNAS CUANTAS MIRADAS ATENTAS A LOS MAPAS MUNDIALES, ALGÚN CONOCIMIENTO DE NUESTRA ECONOMÍA Y, SOBRE TODO, SOBRE TODO Y SOBRE TODO, UNA AUTÉNTICA Y PROFUNDA EMOCIÓN NACIONAL, UNA FIDELIDAD INEXORABLE A LOS PROPÓSITOS AMBICIOSOS Y LEGÍTIMOS DE QUE, POR FIN, COMIENCE A LLEGAR NUESTRA HORA, LA HORA DE ESPAÑA EN EL MUNDO.

(«La Patria Libre», nº 6, 23 - Marzo - 1935)

La orientación jonsista de la vida Universitaria

El movimiento nacional estudiantil, representado por el Sindicato Español Universitario, necesita indefectiblemente pasar por dos etapas en su construcción y desarrollo. El querer prescindir de una de ellas es tanto como asfixiar el movimiento, por privarle de factores esenciales para ser el órgano del resurgimiento nacional universitario.

Primero, una etapa ofensiva, de conquista, de llamamiento a los sectores escolares, de lucha, de introducción en la Universidad, de captación y sindicalización de las masas estudiantiles.

Segundo, de compenetración e interpretación de los problemas escolares, de representación, de verdadera labor profesional, colaboración con el profesorado, etc. Pero siempre sobre la base de haber conquistado la Universidad antes.

¡¡Compañeros del S.E.U.!! Vuestros dirigentes han olvidado, que todavía no ha sido vencida la primera etapa. Sus falsas tareas profesionales significan traición, ineptitud y cobardía.

* * *

Camaradas:

Recordad que en el próximo Consejo Nacional podréis deponer a los jefes que han traicionado el movimiento nacional-sindicalista. Examinar la actuación de cada dirigente. Sopesar la responsabilidad de cada uno. Que los mandos que sean aclamados representen auténticamente el S.E.U. ¡¡Que no sea burlada nuestra representación!!

COMENTAMOS SOBRE LAS ELECCIONES PARA LA JUNTA DE DEPORTES DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA.

El S.E.U. pacta con la F.U.E. Prepara una candidatura mixta.

Después rectifica y acuerda unirse a los Estudiantes Católicos y a los Tradicionalistas. Nombre a los delegados respectivos. El "pastel" parece marchar bien.

A última hora, con estrategia "genial", forma candidatura única.

El fracaso es rotundo. 50 votos. Poco más que la F.U.E.

La táctica, o es intransigentemente doctrinal o es oportunista.

En el primer caso: ¿Por qué pacta con la F.U.E., irreconciliable enemiga? ¿Por qué la posición final no es fijada en el primer momento?

Si es oportunista: ¿Por qué no presentó la candidatura junto a los otros sectores derechistas, ya que así se aseguraba, puestos en la Junta?

Ni mantiene principios doctrinales ni oportunistas.

Nuestra enhorabuena a la inteligente maniobra de los que dirigieron la política del S.E.U.

* * *

En LA PATRIA LIBRE vigilamos y criticamos la labor del S.E.U., y dentro de él, trabajamos por lograr una rectificación en la orientación política.

Si no lo hacemos abiertamente, es porque conocemos las intenciones de los jefecillos, de expulsar a los grupos jonsistas, que quieren un S.E.U. libre de camarillas y sucia política de pasillo.

* * *

Camaradas Jefes de facultad o escuela:

Siendo la Cámara Sindical el órgano asesor que propone y aconseja las acciones a realizar por la Jefatura local y las respectivas secciones del S.E.U., y siendo su principal misión la de exponer las necesidades y los problemas profesionales de vuestras respectivas facultades, es preciso que trasforméis el carácter, de tertulia de café, de dicha Cámara, de coro de opereta que escucha los floridos y empalagosos informes de su mando, en el verdadero órgano estudiantil, portavoz de las necesidades y reivindicaciones escolares, auténticos representantes del movimiento nacional-sindicalista, que sepa exponer las faltas y defectos de la organización, corrigiendo la táctica blanda y cobarde de sus dirigentes.

...¡¡¡Exigid la transformación del funcionamiento interno de la Cámara Sindical!!!

Funcionando como hasta ahora, sois monigotes burocráticos, juguetes de los manejos de unos jefes desaprensivos e ineptos.

¡¡¡Por la verdadera representación y jefatura de la facultad!!!

CONSIGNA DEL DÍA.

Grupo Jonsista de Derecho. Seguirá reuniéndose, los mismos días que la semana anterior, en el sitio acostumbrado. Las liquidaciones de LA PATRIA LIBRE serán entregadas al camarada delegado de su Junta de Barriada.

(«La Patria Libre», nº 6, 23 de marzo de 1935, pág. 2)

Resonancias europeas del acercamiento Germano-polaco

En el último número de LA PATRIA LIBRE traducimos del periódico hitleriano de Berlín, "Voelkischer Beobachter", unos comentarios acerca de la expansión polaca. Se defendía allí la política de acercamiento entre Alemania y Polonia, que constituye hoy en Europa uno de los episodios más visibles. En Francia son acogidos esos intentos con algún nerviosismo, y lo prueban así los párrafos siguientes, que copiamos de "Le Temps", con motivo de la publicación en Polonia de un fuerte alegato favorable a la amistad con Alemania.

(«La Patria Libre», nº 6, 23 de marzo de 1935, pág. 2. Entradilla)

Gran concentración (¡¡!!) Falangista

Nos creemos obligados a comunicar a nuestros lectores la interesante noticia de que el sábado último, día 16, tuvo lugar en Corrales un gran acto de propaganda falangista, seguido de gran concentración y desfile. Hablaron los más calificados jefes, líderes y caudillos de la Falange. Es decir, el caudillo nacional e internacional, el jefe de la Confederación obrera, el prohombre regional, etc., etc.

La Falange tuvo un formidable éxito.

NOTA. Por si nuestros lectores necesitan estos dados, diremos que Corrales es un pueblo de la provincia de Zamora, partido judicial de ídem, de 500 habitantes; produce vino, cereales y tiene buen clima. Estación de ferrocarril, teléfono, etc.

Y es, amigos lectores, que para seguir el rastro de los éxitos falangistas hay que aprobar diez cursos de geografía.

(«La Patria Libre», nº 6, 23 de marzo de 1935, pág. 3)

NUMERO 7. 30 Marzo 1935.

La lucha por la unidad

Hay que declarar cerrada la etapa desmembradora.

La primera victoria de España debe consistir en la reafirmación de su unidad. Sin ella está en peligro la Patria española y la dignidad de todo el pueblo

Unidad

La lucha por la unidad de España tiene un carácter doble: uno, la defensa de la trinchera última, del reducto postrero que nos queda a los españoles como garantía de que la Patria existe. Otro, la necesidad de hacer de esa trinchera y de ese reducto un plan ofensivo de reconquista nacional.

España sin unidad no existe. Y sin la unidad de España, los españoles, todo el pueblo, caerán en la degradación moral más triste y en la ruina económica más negra.

Porque no hay ni puede haber tragedia comparable a la de un pueblo que asiste a la desaparición histórica de su propia Patria. Y porque la balcanización de España supondría la esclavitud política y económica del pueblo por los vecinos más fuertes.

Repitamos, pues, el angustioso panorama que traería consigo la derrota de la unidad y que pudo ya cernirse sobre España y sobre los españoles si hubiere triunfado en octubre la insurrección criminal de Companys:

DEGRADACIÓN MORAL Y ESCLAVITUD ECONÓMICA DE TODO EL PUEBLO.

Siempre hemos tenido la sospecha de que la inspiración más profunda y el aliento más claro que impulsaban en España a los sostenedores y propagadores de los regionalismos separatistas -el catalán y el vasco- había que fijarlos y localizarlos en el extranjero, es decir, que tenían una explicación internacional.

Pues ahí está ahora el momento europeo, bien repleto de incitaciones y promesas. Creemos que no debe olvidar España uno de los ingredientes más fundamentales de su política internacional: el de defender su unidad contra las asechanzas de aquellos a quienes evidentemente conviene la balcanización española.

La lucha por la unidad constituye hoy la bandera política más urgente y honda. La quiere y aplaude todo el pueblo y aseguran su victoria, tanto esa unanimidad popular como el saberla ya después de todo triunfante en otras ocasiones históricas igualmente graves. Pues no se olvide que en tiempos de Felipe IV, cuando cada jornada suponía para España una derrota en su imperio y un desgajamiento territorial, hubo también peligro para la unidad de España. Pues bien, a pesar de haberse desencadenado el proceso disgregador del imperio y de separarse Portugal, hubo un límite emocionante: la unidad de España triunfó de la revuelta separatista en Cataluña, donde hubo ya ignominiosamente virreyes franceses.

Nuestra fe en el triunfo de la unidad de España es absoluta, aun sabiéndola hoy todavía en riesgo, no aplastados sus enemigos ni deshechos los fuertes poderes interesados en que el proceso disgregador continúe.

Es más. Tales calidades de victoria damos a la bandera de la unidad que estamos seguros de que quien sepa y logre unir a ella con vigor cualesquiera otro ideal político lo verá asimismo victorioso. ¿Cómo vamos, pues, nosotros, el nacional-sindicalismo jonsista, a renunciar a desplegarla con el mayor aliento?

(«La Patria Libre», nº 7, 30 - Marzo - 1935)

"LA PATRIA LIBRE" interrumpe su publicación en Madrid para reanudarla brevísimamente en Barcelona

Lo comunicamos reciamente a nuestros lectores y a todos los camaradas jonsistas. Hemos tomado la decisión firme de llevar a Barcelona LA PATRIA LIBRE y de centrar en Cataluña la actividad de las J.O.N.S. Las razones son visibles y claras. Se encuentran principalmente en la característica esencial que nos distingue: la eficacia de nuestra acción, el deseo vivísimo de no perder ni un segundo de tiempo de espaldas a la tremenda y angustiosa realidad de España.

Rápidamente diremos a nuestros lectores unas frases explicativas y justificativas de este propósito de LA PATRIA LIBRE, al que tenemos la voluntad más profunda de conferir una significación histórica.

Por qué dejamos Madrid

Hace mucho tiempo que tenemos la sospecha de que por circunstancias muy varias la realidad madrileña, su ambiente social, las características especiales de su población, la vida relativamente fácil de su burocracia, su carencia absoluta de alma vigorosa, etc., era la menos apropiada para cobijar y lanzar desde ella la voz de España.

Madrid y España son dos cosas diferentes. El valor histórico más importante que quizá ha realizado, el de mantener un poco coherente y unida la vida española, está asimismo en quiebra y somos muchos los que comenzamos ya a pensar si en adelante, en vez de cumplir esa misión de unidad, no irá resultando Madrid el liquidador definitivo de la unidad española.

Por lo pronto, bien reciente está el hecho de sus catorce diputados constituyentes votando el Estatuto de Cataluña y también lo ajena que permaneció su sensibilidad a través de las jornadas disgregadoras de aquel Parlamento. Su única protesta no fue una protesta capital, nacional, surgida por motivaciones propias de su carácter, rector y director de España. Fue la protesta de unos comerciantes en la plaza de toros, que manifestaban el temor de arruinarse si se concedía el Estatuto separatista.

Madrid está en poder de las grandes burocracias de los partidos, inconmovible naturalmente en sus rangos de privilegio y acorchada y cerrada su atención a voces y consignas que no sean las más cómodas y fáciles.

Madrid, además, es la concentración del éxodo provincial, las buenas gentes de las provincias que buscan en él la comodidad ciudadana y la vida tranquila de los destinos públicos.

Madrid amenaza con ahogar en indiferencia todo lo que en él surja con afanes de superar sus propias murallas. Y así, todo lo que aquí triunfe y salga a las provincias son productos marchitos, aislados de la congoja nacional, cercenados en su más fecunda esencia.

Cuando hace años se iniciaba en nosotros la inquietud por fundar y dar vida en España al movimiento nacional-sindicalista, nuestro primer deseo era poder verlo arrancar del seno de una provincia, nacer en cualquier parte de España, menos en Madrid. Confesamos que la primera contrariedad nuestra fue vernos obligados a bautizarlo, alimentarlo y propagarlo desde aquí, desde Madrid.

Y es que las provincias, aparte de que en casi todas ellas falta vigor interno, capacidad nacional de resonancia, viven del papanatismo madrileño, aceptan con tranquilo ademán que desde Madrid se les exporte día a día la mercancía más averiada.

LA PATRIA LIBRE, pues, tiene pocas cosas que hacer en Madrid. No quiere ser *voz madrileña.* Renuncia voluntariamente a ese carácter. Y va a Barcelona, donde por un gran manojo de razones espera ser, mejor que en cualquier otra parte, útil a las dos rutas que nos importan: la unidad de España y el triunfo del nacional-sindicalismo jonsista.

¿Por qué elegimos Barcelona?

Una vez decididos a situar nuestro esfuerzo en las provincias, la elección de Barcelona no tenía para nosotros duda posible. Barcelona es hoy el lugar de España más indicado para ir a él con estos

dos nortes: la emoción nacional de una Patria única y la preocupación social por el destino de las grandes masas laboriosas.

Pues es allí, en Barcelona, donde se incuban y nacen los sistemas ideológicos contrarios a la unidad donde han logrado movilizar multitudes, donde de otra parte existe una atmósfera preñadísima de agudeza para toda bandera de porte social auténtico que se despliegue con talento.

Hoy en Barcelona se dan las condiciones más adecuadas para nosotros. Es, además, nuestra presencia allí una garantía de decisión, de firmeza y eficacia tal que confiamos mucho nos proporcionará en seguida el auxilio, la colaboración y la camaradería de cuantos grupos y gentes hay ya allí preocupados por batallas similares a las nuestras.

La presencia de LA PATRIA LIBRE, órgano de las J.O.N.S., en Barcelona supone que no hurtamos la cara al riesgo y que vamos con decisión allí donde nuestra bandera de las flechas yugadas es más precisa y más útil.

Queremos dar a nuestra marcha la máxima trascendencia que podamos. Nos disponemos a unir allí con más fe que nunca el designio nacional, es decir, la fidelidad y el servicio a la Patria de todos los españoles, con el designio social, es decir, la necesidad de que intervengan las masas laboriosas en la vigorización y conquista de su propia Patria, nutriéndola de dignidad y de justicia.

Esperamos encontrar en Barcelona, primero: la atención suficiente para que nuestra voz sea oída y después la adhesión en grado necesario para consolidarla y llevarla a la victoria.

Claro que la actividad en Barcelona de LA PATRIA LIBRE va unida a la difusión y propaganda de las J.O.N.S. Nos proponemos lograr para las J.O.N.S. fuerza y prestigio entre las masas de Cataluña. Nuestra marcha a Barcelona, a los casi tres meses de ruptura con Falange Española, nos evitará choques inútiles con esta organización y que una vez reconocida por nosotros que la mayoría del Partido prefiere aquella disciplina no deseamos nada.

En Cataluña, dedicados a un esfuerzo nacional-sindicalista, se nos aclarará el futuro de este pleito interior de Partido, se nos aclarará también el futuro inmediato del destino español y el de nuestra personal intervención en él.

¡VIVA EL NACIONAL-SINDICALISMO REVOLUCIONARIO!

(«La Patria Libre», nº 7, 30 - Marzo - 1935)

Nuestra posición definitiva. En presencia del falangismo

Ante la campaña injusta y durísima que en el seno del falangismo hizo Primo de Rivera contra nosotros, no tuvimos otro remedio que redactar por nuestra parte frases igualmente duras.

Hoy declaramos finalizada nuestra posible y lícita protesta en ese sentido. No volveremos a ocuparnos de un modo sistemático de Primo de Rivera ni del falangismo, por grandes que sean las injusticias que contra nosotros cometan.

Deseamos dedicar nuestro afán a las batallas para las que de verdad hemos nacido. No nos va a molestar nada la presencia de cualesquiera otros, que desde planos diferentes ensayan o pretendan victorias supuestamente análogas a las que nosotros buscamos.

LA PATRIA LIBRE, órgano de las J.O.N.S., no acompaña, pues, a nadie por sendas de injusticia ni de escándalo. Ténganlo todos por seguro. Si ello es preciso, encomendaremos nuestra defensa, no a réplicas de perfil escandaloso, sino a la persistencia en una conducta honrada y limpia.

Estamos seguros de desplegar y de haber desplegado ya tal honradez en nuestro periódico que sólo quienes se acerquen a él con ánimo perverso pueden recusar nuestra palabra. Hacemos esta declaración atónitos ante unas líneas que aparecen en *Arriba,* el órgano de Falange, y que alcanzan tal calidad injuriosa que nos reafirma en la decisión de no seguir por ese camino a quien las haya redactado.

Además, hemos advertido que algunos grupos de F.E., que en todo momento, aunque quedaron en la disciplina de Primo de Rivera, nos han hecho llegar su deseo de considerarnos siempre camaradas, sentían hondo disgusto en presencia de una campaña como aquella a que nos hemos visto obligados. El juicio de esos camaradas nos merece la atención y el respeto más profundo. Y procuraremos seguirlo en lo posible. Aunque ahora sea allí donde quizá predomine la táctica contraria.

Así somos. Sabemos muy bien las tareas que nos corresponden. Ellas tienen que constituir y ser el norte primordial de nuestra acción. Nadie nos hable, pues, de otros pleitos, siempre minúsculos ante la magnitud del gran pleito nacional y social que tenemos ante la vista.

(«La Patria Libre», nº 7, 30 - Marzo - 1935)

Jesús Hernández

El pasado día 23 hizo un año de la muerte de este joven camarada. Era el jonsista más joven y le recordamos en aquellos meses primeros de las J.O.N.S. cuando teníamos nuestro domicilio en la calle de los Caños y era el jonsismo una aurora lenta y difícil. Jesús Hernández pasaba innumerables horas en las oficinas del Partido y laboraba con magnífica ingenuidad en toda clase de tareas.

Murió de un tiro, un mes después de la tristísima confusión con F.E. Podemos considerarlo una víctima de esa confusión triste. Pues ella hizo posible que ese camarada niño tuviera en sus manos inexpertas de muchacho de quince años un aparato que en las J.O.N.S. nunca hubiéramos cometido la ligereza de darle. Y al pobre camarada le ocurrió fatalmente lo que era de temer le ocurriese: se le disparó mortalmente la pistola.

¡Pobre camarada Jesús Hernández! ¡El jonsista más joven que asistía con su propia aurora de niño a la aurora triunfal de las J.O.N.S.!

¡Recuerdo permanente a tu memoria, camarada!

(«La Patria Libre», nº 7, 30 - Marzo - 1935)

¡Guerra al hambre y la miseria!

Difícilmente hay país alguno donde se advierta un fenómeno social y económico idéntico al de España. Pues se trata nada menos que de esto: una población reducida en un territorio situado en una zona mundial de privilegio, una economía sencilla sin complicaciones catastróficas ni crisis y, como consecuencia absurda, 700.000 obreros parados y un nivel de vida deficientísimo en todo el pueblo.

No somos nosotros de los que cantan a ciegas irresponsables alabanzas a todo lo que España tiene. Conocemos las limitaciones y hasta la pobreza natural absoluta de una gran parte de su suelo. Sabemos lo difícil que es aprovechar su posición marítima como fuente de una vida comercial próspera cuando el «hinterland» de esas costas es en realidad de exiguas proporciones para alimentar un intercambio robusto. Sabemos eso y todo lo que haya que saber para justificar fríamente lo difícil que resulta garantizar a los españoles un bienestar mínimo.

Pero nosotros decimos:

La parte más grave y más negra del actual momento social-económico no tiene sus orígenes en esa realidad posiblemente cierta que nosotros mismos hemos expuesto. Radica en la ausencia absoluta de un esfuerzo coherente y firme por dar a España y a su economía una dirección lógica.

Hace años que viene circulando retóricamente eso de la economía dirigida. Pero hasta ahora todos los que la han utilizado no han dirigido nada. Y eso es, sin embargo, lo que España y su economía precisan con la urgencia máxima: una dirección, un plan. Y sabiendo que dirigir la economía no consiste sólo en dictar decretos, pues eso es igualmente propio de una economía liberal, que ya sabemos no es una economía libre, sino simplemente una economía mal dirigida.

Pero en España necesitamos no sólo una dirección económica, un plan económico. Eso no basta. Se necesita y requiere a la vez una dirección política, un plan histórico para la vigorización nacional de España y la elevación material de los españoles.

Parece innegable que la realidad nacional se nutre de malestar, incertidumbre y falta de rumbo. Nosotros quisiéramos llevar a la conciencia de todo el pueblo un afán voluntarioso de salvación y una perspectiva exacta que le permitiese advertir la angustia de su problema.

Pues hay una verdad evidente: la desazón económica alcanza a zonas enormes de españoles y urge oponerle diques rápidos.

Nosotros aseguramos que había de ser relativamente fácil borrar de España toda posibilidad de ruina y de miseria. Bastaría que la dirección de la economía pasase de las manos ineptas y egoístas de un sector nacional a otras más robustas y fieles a los intereses de todo el pueblo.

Si en España se decidiese con vigor una batalla contra el hambre y la vida económicamente angustiosa de la mayoría del pueblo estamos seguros de que con sólo sus preparativos se lograría el éxito. Es sencillísimo hacer que en España vivan, no ya 20 millones de españoles, sino 40 millones. Las posibilidades económicas de España no esperan para duplicarse sino la existencia de una voluntad efectiva de lograrlo.

Repetimos que la ruina de las industrias, la crisis general del campo y los 700.000 obreros parados son en España un absurdo monstruoso.

(«La Patria Libre», nº 7, 30 - Marzo - 1935)

El Sindicato Nacional del Trigo

Nuestra respuesta a las objeciones que se nos hacen al plan para la estabilización del precio del trigo

Saben nuestros lectores que en el último número de LA PATRIA LIBRE expusimos con toda claridad un plan para lograr la estabilización del precio del trigo, excluyendo en absoluto la acción de los intermediarios y especuladores. Se trataba de crear el Sindicato Nacional del Trigo, al objeto de introducir métodos coherentes en la economía cerealista española, hoy por completo anarquizada en detrimento de los labradores y del interés público, y en beneficio exclusivo de la piratería intermediaria.

El plan que exponíamos no lo consideramos, naturalmente, exento de objeciones. Puede ser objeto de críticas. Se nos han hecho varias, a las que desde luego nos resulta fácil dar satisfactoria respuesta. Así lo hacemos a continuación, recomendando a la vez a nuestros críticos un mejor examen del plan y de sus consecuencias.

Alguien nos indica que su funcionamiento equivale a un impuesto indirecto contra los productores.

Otros sostienen que desde el momento en que existe un monopolio a favor de un organismo, sea el que sea, se da un golpe intolerable a la libertad de transacciones.

Otros insisten en el carácter teórico del plan, y que debido a las grandes probabilidades de fraude y a las dificultades de organización no podría sin duda funcionar en la práctica.

* * *

En presencia de estas críticas, nosotros decimos:

La diferencia eventual entre los precios de compra y los de venta no tiene en modo alguno carácter de impuesto. Sería en todo caso el más indirecto de los impuestos, porque el productor no tendría que desprenderse de nada, no tendría que temer medida alguna vejatoria por parte del fisco. A los labradores no tendría que preocuparles más que una cosa: que el precio señalado para las compras del Sindicato fuese rentable.

Si el Sindicato se ve luego obligado a vender más caro es porque ha adquirido la totalidad de la recolección. Repetimos que la diferencia entre los precios de compra y los de venta no representa ni un impuesto ni un beneficio. Los importes, por el contrario, en su totalidad están destinados a los productores del trigo.

* * *

Respecto a que se trate de un nuevo organismo más del Estado y que represente un intolerable ataque a la libertad de transacciones, no lo creemos así. Habrá que precisar los conceptos.

Sería, en efecto, el Sindicato un signo de *estatismo,* pero de un carácter absolutamente nuevo, que no gravaría en nada el presupuesto del Estado. El Sindicato Nacional del Trigo aseguraría por sí mismo el equilibrio de sus ingresos y de sus gastos. No sobrevendrían pérdidas para el Estado, porque si su gestión es nacional no puede haber pérdidas de ninguna clase. No se olvide que el Sindicato que propugnamos entra más que en un sistema de estatismo en uno de corporaciones. La corporación no fija el precio, sino que una vez fijado por los poderes públicos en nombre del interés general, asegura el respeto a ese precio en beneficio de los intereses particulares de sus miembros. El interés general exige un precio justo y el interés particular de la corporación que este precio sea efectivo y que beneficie a todos.

Si hay en efecto un ataque a la libertad de comercio es en un solo punto: no hay libertad para malvender o vender a intermediarios, no hay libertad para especular y hay siempre, por el contrario, para todos los labradores la certidumbre de que venderán todo el trigo al precio convenido.

Pero una vez admitida esta restricción, una vez que el productor se someta a esta sencilla disciplina, conserva todas sus libertades. Puede sembrar a su gusto, puede elegir la variedad de simientes que le convengan. Su economía, pues, será perfectamente libre. El único regulador de sus iniciativas será, como en el sistema liberal más ortodoxo, el precio a que ha de vender el trigo. Y el precio será un regulador tanto más sincero mientras más estable. Y no será la recolección la que influya sobre el precio, incidencia llena de incertidumbres, sino que es mediante el precio como se influirá en la recolección, intervención más fija y segura, porque quien siembre no estará así nunca tentado por la esperanza de que sobrevenga un alza problemática y milagrosa.

* * *

Las críticas más serias que se nos envían afectan al posible funcionamiento del Sindicato. Reconocemos que se advierten desde luego dificultades numerosas para su puesta en práctica, es decir, para pasar de la concepción teórica a la plena realidad del plan.

Pero a esas dificultades puede intentarse hacerles frente.

¿Cuál sería la personalidad jurídica del Sindicato Nacional del Trigo y cómo funcionaría? Habría secciones regionales y locales. El labrador podría vender directamente su trigo al harinero, y en tal caso habría que señalar una tasa a percibir en provecho del Sindicato. Existe asimismo problema en el establecimiento de los precios relativos a las diversas calidades de trigo. También en la salvaguardia contra el fraude, ya que hay una diferencia entre el precio de compra y el de venta. ¿Serían sometidos los harineros a un severo control o, por el contrario, debería recaer la vigilancia sobre los labradores?

Naturalmente que un Sindicato al que se le iban a señalar poderes tan complejos, tan extensos, había de ser de un funcionamiento muy delicado. Se le presentaría un manojo de problemas de organización cuya solución no resultaría fácil para una sola persona. Y además a las dificultades obligadas de orden práctico, había que añadir sin duda las que iban a crear los intereses particulares heridos, y que intentarían sabotear y desacreditar al Sindicato.

El Sindicato Nacional, que representaría al conjunto de los cultivadores, habría de tener el mayor interés *como corporación* en que el fraude no comprometiera el éxito de la empresa. Poco a poco, la técnica de funcionamiento del Sindicato, que al principio sería rudimentaria, iría cobrando robustez. Con auxilio de la experiencia se simplificarían las operaciones, se perfeccionaría el sistema de los diversos precios según las calidades y, desde luego, se encontrarían los labradores con la gran ventaja de que a su preocupación por el buen o mal tiempo no tendrían que añadir otra tan profunda como ésa, la preocupación por los precios del trigo en el mercado.

Creemos que en nuestro plan hay entre otras una visible ventaja, y es la supresión de los intermediarios. Continuarían si acaso en una esfera de acción limitadísima. Esto es, no serían ya sino los mandatarios de otros, a los efectos de evitar pérdidas de tiempo y de agrupar a los productores más pequeños. Pero desparecerían sin ninguna duda los grandes beneficios especulativos nacidos del agio y de las maniobras escandalosas de los acaparadores.

(«La Patria Libre», nº 7, 30 - Marzo - 1935)

Vida Universitaria. Los estudiantes y la guerra

La Universidad acaso sea uno de los lugares en donde más propaganda antiguerrera se realiza, por ese pequeño sector de pseudo-estudiantes marxistas, que miran con particular simpatía la campaña pacifista que prefieren a los repetidos tópicos de "la salvación del proletariado", el antifascismo furioso y "la espeluznante exterminación de la burguesía". Es este sector el que más se impacienta y más se agria en su campaña contra la guerra, a la que acompaña las propagandas contra el Ejército y el Estado.

Hace unos días —y esto parece que lo ignoran las terribilísimas escuadras falangistas— fue repartido y vendido por los claustros universitarios un periodicucho clandestino —cieno, estupidez y cobardía— que afirmaba con descaro, que era preciso alzarse con las armas en la mano, en una nueva tentativa revolucionaria, para así evitar —decían ellos— una nueva conflagración europea. Luego continuaba atacando cínicamente al Ejército, cuya disolución exigía, y acababa pidiendo fueran entregados los armamentos de guerra al pueblo, para así evitar otra matanza internacional.

Creemos que estos estudiantes proceden de la Universidad de Oviedo.

Podemos creer innecesario cuanto comentario pudiéramos hacer de semejante reptil "órgano de los estudiantes antifascistas".

Lo interesante es la enorme atención que ponen en la masa universitaria, los propagadores de ideas subversivas. El leit-motiv está en que saben que el sector universitario de una nación puede influir en la marcha de los acontecimientos políticos de ésta, y, por ello precisamente, tratan de inocular el espíritu antiguerrero y substituirlo por la forma revolucionaria, al servicio de un imperialismo rojo.

Los estudiantes responden distintamente a la ignominiosa campaña.

Unos quedan indiferentes, creen que la guerra está muy lejos, que con su intervención privada no van a conseguir nada positivo. Algunos, muy pocos, reaccionan contra ella. La mayoría se confiesan pacifistas y no saben contestar lo más intencionados alegados de los estudiantes rojos.

La posición del estudiante "fascista", como la de los liberales, católicos, populistas, es idéntico.

Para ellos tal problema está desligado de la Universidad. No ven posibilidades guerreras futuras. No son capaces de examinar y entender la política internacional.

Por eso, porque los estudiantes en general no se preocupan, el militante jonsista tiene un deber en la Universidad urgente, imperioso, doctrinal. Hay que contestar con nuestra posición dura, enérgica, eficaz, a las vergonzosas propagandas marxistas y pacifistas.

El Nacionalsindicalismo, especialmente los estudiantes jonsistas, no pedimos ni queremos la guerra.

No somos partidarios de utilizarla como política económica frente a las demás naciones.

Siendo España una potencia DÉBIL ante los demás Estados, renunciamos a la guerra, ¡pero a la guerra ofensiva...! ¡DE NINGÚN MODO A LA DEFENSIVA!

Mientras que quede un español en pie, defenderá siempre el territorio nacional. De haber una guerra los intereses de España en el Mediterráneo correrían peligro.

Y esto es lo que hay que exaltar; precisamente lo contrario que intentan los pacifistas.

El estudiante español siempre estará dispuesto a la defensa de su Patria.

Como lo estuvo.

Como ahora no lo está gracias a la generación del 98 y al pacifismo.

Es preciso que el estudiante jonsista sepa hacer vibrar el nervio de la raza, en las masas escolares.

Que no se repita en España el vergonzoso ejemplo de las propagandas pacifistas en las escuelas francesas.

Nuestra consigna definitiva es: ¡ABAJO LA GUERRA!, pero ¡VIVA ESPAÑA!

Recordamos que en las actuales circunstancias España está imposibilitada físicamente de toda intervención guerrera.

Mañana, ¿quién sabe? Por eso nuestra consigna es circunstancial.

(«La Patria Libre», nº 7, 30 de marzo de 1935, pág. 2)